

# La independencia del Perú: ¿guerra colonial o guerra civil?

Una aproximación desde la teoría de las Relaciones Internacionales

Hugo Pereyra Plasencia



# La independencia del Perú: ¿guerra colonial o guerra civil?

Una aproximación desde la teoría  
de las Relaciones Internacionales

Hugo Pereyra Plasencia

CEXECI  
2014

**Edita:** CEXECI  
Centro Extremeño de Estudios  
y Cooperación con Iberoamérica  
[www.cexeci.org](http://www.cexeci.org)

Colección Pensamiento Iberoamericano, 7  
Director de la colección: Joaquín Texeira Quirós

© Hugo Pereyra Plasencia

**Ilustración de portada:** *Batalla de Ayacucho*. Óleo de Martín Tovar y Tovar

**Diseño de la colección:** Guadalupe López y José Luis Forte

**ISBN:** 978-84-941290-9-4

**Depósito Legal:** BA-579-2014

**Imprime:** Solugrap. Badajoz

“The Prince is an artist in ‘power politics’, using without scruple and remorse such measure of force or fraud as may enable him to extend and secure his conquests. A realist who sees life through plain glass...”

*H.A.L. Fisher, sobre el libro El Príncipe,  
de Nicolás Maquiavelo.*

“A Simón Bolívar le ofrecieron importantes lecciones los textos centrales de esta tradición: *El Príncipe* y *El Contrato Social*. No cabe duda de que atendió a la aceptación maquiavélica de la necesidad de la violencia preventiva y el disimulo, cuyo valor político había sido demostrado por los jacobinos en su Terror revolucionario. Pero lo que más atrajo su atención fue la insistencia en el papel del legislador, el gobernante y fundador de un Estado nuevo. ¿Por qué había triunfado Licurgo en Esparta y fracasado Solón en Atenas? ¿Cómo explicar la duradera influencia de Moisés? Aquí, la dificultad estaba en encontrar los medios de dotar a una nueva república con la legitimidad ya consagrada de las monarquías antiguas. Por esta razón, Maquiavelo elogió al profeta armado, y Rousseau insistió en que el legislador debía emular a Moisés y envolver sus leyes en un aura numinosa. Y todo esto no era cuestión de teoría, pues la carrera de Napoleón Bonaparte ofrecía una aplicación práctica de estos principios. Sólo un año antes de jurar la liberación de su Patria, Bolívar había presenciado el gran espectáculo de la coronación de un emperador francés en París, acontecimiento que inflamó su imaginación, pues después declarararía que la perspectiva de hacer que las propias gloriosas hazañas fuesen admiradas por un millón de personas constituía ‘el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre’. Aunque el título de Napoleón le parecie-

se una charada 'gótica', Bolívar confesaría después que lo admiraba como 'el primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio'."

*David Brading, Orbe indiano*

"En medio de la comida se encaró a mí el *Libertador* diciendo: 'mis enemigos me calumnian muchísimo y, entre otras falsedades, dicen que uso cubiertos de oro', y enseñándome el cuchillo que estaba usando a la sazón, que era bien ordinario y estaba bastante desgastado, añadió sonriéndose: '¿tiene esto traza de oro? Dicen que quiero fundar un imperio en el Perú o agregar el Perú a Colombia, para establecer un gobierno absoluto poniéndome yo a la cabeza pero todo es falso y me hacen un gran agravio. Si el corazón no me engaña (esto lo dijo llevando la mano al pecho) más bien seguiré los pasos de Washington y preferiré tener una muerte como la suya, que ser monarca de toda la tierra, y esto lo saben bien todos los que me conocen. Mi única ambición es la gloria de Colombia y ver a mi patria colocada en la línea de las naciones ilustradas'."

*Hiram Paulding, A Sketch of Bolivar in his Camp.*

"La parole a été donnée à l'homme pour déguiser sa pensée."

*Talleyrand*

*A mis queridos hijos  
Viviana, Diana y Hugo*



# ÍNDICE

1. Una apreciación panorámica.....	11
2. Planteamiento del problema .....	25
3. La versión de los vencidos.....	33
4. La distorsión historiográfica decimonónica .....	37
5. La peculiaridad del Perú dentro de Sudamérica .....	43
6. La contrarrevolución encabezada por el virrey José Fernando de Abascal (1809-1815).....	57
7. Conspiraciones y alzamientos en el interior del Perú (1811-1815) .....	65
8. Apogeo y fin de la pax realista (1816-1820) .....	73
9. La guerra civil de los años 1820-1824.....	81
9.1 La Expedición Libertadora y la proclamación de la Independencia del Perú .....	81
9.2 José de San Martín, Protector del Perú.....	84
9.3 Bernardo Monteagudo y la represión y exilio de la aristocracia virreinal .....	90
9.4 Simón Bolívar y la revolución patriota en el Norte. La entrevista de Guayaquil .....	94
9.5 Concepción de la Gran Colombia como un nuevo poder en América del Sur .....	96
9.6 Apetencias de las autoridades de la Gran Colombia sobre la región amazónica peruana.....	103

9.7	La campaña de Junín y Ayacucho.....	106
9.8	Algunos comentarios sobre la guerra civil de 1820-1824 ...	132
10.	Comentarios Finales .....	143
10.1	¿Qué hubiera ocurrido si las fuerzas realistas del virrey José de La Serna hubieran derrotado al ejército patriota de Sucre en la batalla de Ayacucho? .....	143
10.2	¿Cuáles hubieran sido los escenarios ideales de la Independencia del Perú? .....	145
10.3	¿Tenía el bando realista peruano de la guerra civil de 1820-1824 mucho, o al menos algo, de razón? .....	149
	Bibliografía .....	163
	Cronología de la independencia del Perú en el contexto sudamericano y mundial .....	169

## 1.

### UNA APRECIACIÓN PANORÁMICA

Según la percepción común de los peruanos de hoy, forjada en la tradición y en la educación formal, todo el largo proceso de la Independencia fue una guerra colonial en la que una metrópoli (España) peleó contra una colonia rebelde (el Perú) que luchaba por su libertad. Además –siempre de acuerdo con la imagen clásica– esta colonia venció en la guerra con la ayuda decisiva aportada por fuerzas militares de nuevos estados (ex-territorios coloniales) cercanos (las Provincias Unidas, Chile y la Gran Colombia), recién independizados de la misma metrópoli opresora, en una alianza común que buscaba la libertad y una ulterior integración armónica –política y territorial– en el marco de la hermandad continental. En su formulación más simple, transportando de forma arbitraria al remoto pasado lo que existe en el presente, esta versión asume que estos nuevos actores estatales americanos, y el propio Perú, eran en las primeras décadas del siglo XIX entidades constituidas en todos los casos por poblaciones con identidades nacionales perfiladas ocupando espacios que dibujaban, ya desde entonces, fronteras definidas.

La realidad fue mucho más compleja que este estereotipo. En el marco de los sucesos de 1808, en particular de

la invasión francesa de España, del fortalecimiento de los sectores liberales, de la prisión de Fernando VII y del retorno de este monarca al poder en 1814, distintas áreas de la América del Sur pasaron por un proceso que, iniciado en el *fidelismo* a la Corona con tendencias autonomistas de diverso grado, pasó a una abierta posición separatista que condujo, entre 1809 y 1819, al sofocamiento –por parte de las autoridades realistas de Lima– de la rebelión en el Sur del Perú, en Charcas y en Quito, y a la aparición de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile en el Sur, y de la Gran Colombia en el Norte. Hacia 1819, dos campos estaban delimitados. Por una parte, el Virreinato del Perú, fiel a la Monarquía, que ocupaba por entonces, debido a las circunstancias de la guerra, no sólo los ámbitos de las audiencias de Lima y del Cusco (que habían constituido su territorio antes de las alteraciones de 1808), sino también los de las audiencias de Charcas y de Quito. Por otra parte, estaban las tres entidades independientes ya mencionadas que acosaban desde su periferia al viejo Virreinato, localizado en el centro de la cara del Pacífico de Sudamérica. Estas tres entidades nacionales americanas eran conscientes de que su viabilidad como estados-nación dependía de la destrucción del poder realista en el último Virreinato. Luego de la supresión del gigantesco movimiento del Sur peruano, entre 1814 y 1815, el Virreinato del Perú terminó erigiéndose en un bastión que fue visto al principio como inexpugnable por los americanos rebeldes. Cabe destacar que la represión no fue realizada por fuerzas enviadas desde España sino, en lo esencial, por tropas realistas peruanas. Desde estas fases iniciales, podemos hablar de una guerra civil dentro del Perú. Ese fue el contexto, primero, de la intervención en el Perú de las fuerzas del Sur lideradas por José de San Martín desde 1820 y, después, a partir de

1823, de tropas de la Gran Colombia encabezadas por Simón Bolívar. Si, antes de 1820, la represión absolutista desatada por el Rey Fernando VII había despertado simpatías por la Independencia en algunos sectores del Perú, el comportamiento y las actitudes de las tropas y líderes de las fuerzas expedicionarias americanas que comenzaron a actuar en este territorio generaron, en forma clara desde 1822, un sentimiento de rechazo tanto aristocrático como popular frente al caos y al empobrecimiento generalizados y, sobre todo, con relación al peligro del establecimiento de una dominación permanente que reemplazara la de España. En efecto, los ejércitos americanos operaban como fuerzas de ocupación y tenían, además, diferentes rasgos culturales. Este fue el origen del notable fortalecimiento del bando realista en el Perú entre 1822 y 1824, que estuvo cercano a ganar la guerra frente a los grancolombianos y que se nutrió sólo de recursos locales, sin asistencia de una España debilitada por las guerras europeas. En un plano más específico a nivel de las elites, la mayor parte de los grupos dirigentes peruanos terminaron por convencerse de que lo que Bolívar buscaba en verdad no era sólo garantizar la independencia de la Gran Colombia con la destrucción del poder realista en el Perú sino, en el corto y largo plazo, el establecimiento de un orden americano posterior, con un Perú disminuido en su territorio e incluso satelizado por el nuevo *hegemón* colombiano.

En 1824, luego de la batalla de Ayacucho, y al revés de lo que dice el estereotipo, el escenario territorial de la América hispánica era todo menos definido. En esos confusos y trágicos días caracterizados por la incertidumbre, el bandolerismo, el desorden administrativo y la miseria, nada estaba dicho sobre el destino del Alto Perú, territorio que terminó convirtiéndose en una nueva República

en 1825. El desierto de Atacama era por entonces una tierra marginal, pobre y poco poblada, que Bolívar decidió incorporar manu militari, poco después, al nuevo país que llevó su nombre. La Argentina no existía: lo que había en el territorio que hoy ocupa esa República eran provincias independientes –controladas por caudillos locales– que eran muchas veces hostiles entre sí, donde destacaba el espacio dominado por el puerto de Buenos Aires. Pese a la pobreza y a las dificultades iniciales del tiempo de su nacimiento, Chile se había reafirmado como estado y buscaba su reconocimiento internacional. En 1829, un Perú por fin independizado de la dominación grancolombiana estuvo a punto de recuperar el puerto de Guayaquil, de centenaria vinculación con Lima, usurpado por Bolívar en 1822. A partir de 1830, tres nuevos estados brotaron de las convulsiones internas de la Gran Colombia, dándose así fin al proyecto más querido de Bolívar, que se mostró a final de cuentas como utópico y forzado por el autoritarismo de su inspirador. Por último, la posesión de los territorios selváticos donde nace el río Amazonas no llegó a definirse como tal, en un plano diplomático y formal (al margen de la ocupación efectiva), sino hasta el siglo XX. En general, en los inicios de la vida republicana, los territorios de los nuevos estados de la América hispánica semejaban más una arcilla fresca, todavía modelable, que una firme roca tallada por los siglos. Para continuar con la metáfora, es evidente que la visión tradicional de Bolívar como “alfarero de Repúblicas” puede apreciarse ahora bajo una nueva luz.

Veamos el cuadro panorámico con un poco más de detalle, partiendo de la situación del Virreinato del Perú en las postrimerías de la dominación española. En conjunto, desde que llegaron a América las primeras noticias de las alteraciones de la Península en 1808, la elite criolla

y la de origen peninsular conservaron su fidelidad a la Monarquía. El proceso de la Independencia fue mucho más complejo en el Perú que en los espacios de Bogotá o de Buenos Aires. Ello se explica porque las instituciones españolas y la lealtad al Monarca se encontraban más arraigadas en el Perú que en las localidades de los dos jóvenes virreinos sudamericanos de la Nueva Granada y del Río de la Plata. También se entiende por la solidaridad que se había establecido entre los españoles y criollos del Perú ante el peligro de un rebrote del gigantesco levantamiento de Túpac Amaru II, que tuvo lugar entre 1780 y 1781. Pese a la relativa decadencia y al empequeñecimiento físico que sufrió el Virreinato en el siglo XVIII como consecuencia de las Reformas Borbónicas, debe tenerse en cuenta que existía una peculiaridad peruana que se remontaba al tiempo de los reyes Austrias, desde el siglo XVI, cuando el poder de Lima irradiaba sobre buena parte de Sudamérica. Al margen de estas consideraciones, en el interior del Perú indio, mestizo y provinciano se produjeron, desde 1811, levantamientos sociales y políticos autonomistas y probablemente separatistas contra el Consejo de Regencia de la Península, que estuvieron relacionados con los avances de las fuerzas insurgentes de Buenos Aires hacia el Alto Perú. El más importante de estos levantamientos peruanos se desarrolló, como se ha dicho, entre 1814 y 1815, con un fuerte ingrediente de protesta social y en el contexto de la exaltación de las libertades prometidas por la Constitución de Cádiz de 1812. Iniciado en el Cusco, el movimiento estuvo localizado en un vasto territorio que abarcó el Sur del Perú y gran parte del Alto Perú, espacios entonces muy relacionados. Fue protagonizado por los hermanos Angulo y por el brigadier indio Mateo Pumacahua. Cabe recordar que, hacia la segunda mitad de 1815, el virrey José Fernando de

Abascal, a la cabeza del Perú realista, culminaba una exitosa ofensiva contra las fuerzas rioplatenses, que concluyó con la expulsión de éstas del Alto Perú luego de la batalla de Sipe Sipe. Ella tuvo lugar justo el mismo año en que se llevaba a cabo el ahogamiento en sangre de la rebelión peruana de los Angulo y del brigadier Pumacahua. Suprimidos los brotes iniciales de rebelión en el Perú (en un contexto generalizado de retroceso de la revolución en Sudamérica desde 1816 debido a la represión absolutista ordenada desde España luego del retorno de Fernando VII), el viejo Virreinato peruano se mantuvo, según ya se ha referido, como un bastión realista aparentemente inexpugnable hasta la llegada de la Expedición Libertadora chileno-rioplatense en 1820. El sincero liberalismo de José de San Martín no pudo paliar la dureza de la intervención militar chileno-rioplatense en el Perú. Para 1822, si no antes, estaba ya muy difundida la percepción, tanto a nivel de elite como de clases populares, de que las fuerzas libertadoras eran “extranjeras”, y que se comportaban como tropas de ocupación. De hecho, el nacionalismo peruano no nació de la oposición a España, sino de la desconfianza frente a los libertadores de otras partes de América, que habían llegado a sus costas desde 1820, a diferencia de lo que ocurrió en otros espacios donde la oposición a “lo español” fue esencial para dar inicio a la construcción de la nacionalidad. Ello explica que sólo año y medio después de la llegada de San Martín al Perú la causa patriota se encontrara tan desprestigiada y que el bando realista se hubiera fortalecido en lo esencial en la Sierra Sur del país, donde una nueva capital, la ciudad del Cusco (la misma que había sido escenario del levantamiento de los Angulo en 1814), se erigió desde 1822 como nueva sede de gobierno del virrey José de La Serna. Contribuyó a esta percepción la convicción genera-

lizada de que el país se sumía en el caos, así como también el desenlace de la revolución en el Norte, encabezada por Simón Bolívar, cuyo primer resultado para el Perú fue el despojo, en 1822, del importante puerto de Guayaquil, asociado de manera secular a Lima y al ámbito peruano en general.

Este trabajo buscará precisar la composición y la visión de los dos bandos peruanos que terminaron de perfilarse hacia 1824, luego de un complejo proceso: por una parte, el grupo peruano que se apoyó en las fuerzas de Bolívar para lograr la Independencia política; y, por otra, el bando peruano que terminó sintiéndose (o se sintió siempre) mucho más afín, política y culturalmente, a los españoles que a los “extranjeros” grancolombianos, y que pensó que los intereses peruanos –sobre todo económicos y territoriales– estaban mejor garantizados dentro de la Monarquía. Esta distinción no nos debe impedir considerar la complejidad del proceso inmediatamente previo. Por ejemplo, el hecho de que muchos de los peruanos que entre 1820 y 1822 (en tiempos de la intervención chileno-rioplatense) siguieron con interés el planeamiento monárquico independentista de San Martín, hayan optado posteriormente, entre 1823 y 1824 (en la etapa bolivariana), por pasarse al bando realista del virrey La Serna.

En este marco, haciendo un razonamiento contra fáctico, se propone una reflexión sobre cuál pudo ser un posible desenlace, en 1824, en el caso de una victoria del ejército realista peruano contra las fuerzas grancolombianas apoyadas por los separatistas peruanos, dentro del escenario general de la formación de los nuevos países sudamericanos. Una segunda reflexión se refiere a cuáles pudieron ser los escenarios ideales de la Independencia del Perú. Una tercera persigue determinar si el bando realista peruano que combatió entre 1820-1824 tuvo o no razo-

nes sólidas para luchar contra Bolívar y sus fuerzas gran-colombianas. Sobre el particular, un esclarecimiento de lo que en verdad ocurrió en el ámbito de las relaciones interestatales entre las incipientes naciones sudamericanas luego de la batalla de Ayacucho, entre 1825 y 1830, podría resultar muy iluminador para esclarecer todo este tema, que ha sido poco tratado por los historiadores hispanoamericanos. Por último, además de ubicar al público dentro de los grandes rasgos del proceso de la Independencia del Perú, el trabajo tiene también, en su parte inicial, una breve discusión sobre las raíces del llamado “antiespañolismo” en el Perú, que se ubica en la historiografía peruana de mediados del siglo XIX.

En el plano teórico, como lo anuncia el subtítulo, este trabajo es un intento de entender el proceso de la Independencia del Perú a la luz del paradigma *realista* de las Relaciones Internacionales. Este viejo paradigma académico parte de la siguiente suposición: las relaciones internacionales, que son en esencia conflictivas, tienen como actores a estados que velan por sus intereses buscando su propia seguridad ante la ausencia de un poder superior que regule la convivencia entre ellos. Desde este punto de vista, lo que priman en las relaciones interestatales –en la mente de los operadores políticos que se encuentran al frente de cada Estado– son los valores de poder y de seguridad así como la búsqueda de equilibrios, en una permanente alternancia entre la guerra y la paz<sup>1</sup>. La aplicación del paradigma a este estudio resulta coherente dado que la Independencia de las naciones de la América española fue un proceso que se dio (y se explica)

---

<sup>1</sup> ARENAL, Celestino del. *Introducción a las Relaciones Internacionales*. Madrid, Tecnos, 2010, Cuarta Edición, pp. 25-38.

sobre todo en el plano regional y mundial, aun considerando la especificidad e importancia que tuvieron los aspectos internos en cada uno de los nacientes estados, así como los ideales de sus grandes protagonistas. No está de más destacar que la historia de la Independencia de la América hispánica ha sido muchas veces estudiada en función de estos ideales, que fueron nobles y elevados, pero también –las más de las veces– poco prácticos y hasta utópicos. No fue infrecuente que, proclamado el ideal, el protagonista de la época terminara actuando de manera opuesta a lo que había dicho. También hay que considerar los casos en que estos ideales fueron utilizados de manera consciente para encubrir propósitos y para distraer, en el contexto de maniobras e intrigas políticas. Los enfoques basados en los ideales de los próceres y de los protagonistas de la Independencia suelen maquillar, o relegar, *el crucial plano del poder*, que es donde los procesos se mueven y orientan en un sentido objetivo. Por buena que sea la capacidad erudita del historiador, o su disposición a generalizar, un enfoque inadecuado, que no considere el factor del poder, termina oscureciendo la observación de los procesos bajo estudio.

Con relación a la compleja imbricación entre aspectos internos y externos del proceso de la Independencia, hacemos nuestra la afirmación de François-Xavier Guerra, quien ha sostenido que la revolución liberal de España y el proceso de la Independencia hispano americana han sido estudiados “como si se tratara de dos fenómenos independientes”, cuando en verdad son rupturas que tienen una poderosa relación recíproca: “se trata de hecho de un proceso único que comienza con la irrupción de la Modernidad en una Monarquía del Antiguo Régimen, y va a desembocar en la desintegración de ese conjunto político en múltiples Estados soberanos, uno de

los cuales será la España actual”. Para Guerra, la explicación de esta visión –que ha contribuido a distorsionar la visión global de proceso– radica en el hecho de que los historiadores del siglo XIX, españoles y americanos, reconstruyeron el pasado teniendo como referencia a sus propios nuevos estados-nación, emergidos luego del quiebre de la Monarquía. En el caso de los historiadores americanos, su objetivo fue muy claro: buscaron, como detallaremos más adelante, la legitimación de la emancipación de sus respectivos países.<sup>2</sup> El resultado han sido monolíticas versiones nacionales hispanoamericanas sobre la Independencia, casi siempre sesgadas e incluso contradictorias entre sí.

El presente nos da un ejemplo para comprender esta situación. Si comparamos la historiografía soviética concebida en el tiempo anterior a la desaparición de la URSS en 1991, con las versiones de la historia de los estados-nación que brotaron de su disolución, observamos diferencias radicales y hasta abismales. El tono de los modernos historiadores ucranianos o georgianos es de afirmación, incluso de cuestionamiento y de oposición, frente al viejo poder de Moscú. No cabe duda de que, en el ámbito historiográfico, las analogías entre el fin de la Monarquía española y el colapso de la Unión Soviética son bastante claras.

Uno de los supuestos teóricos de este trabajo es que la Independencia del Perú fue producto de la interrelación entre la vida “interna” del Virreinato y de la República naciente, y la influencia de una gran cantidad de factores externos. Cabe el comentario de que resulta difícil encon-

---

<sup>2</sup> François - Xavier Guerra. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispanicas*. México: Editorial MAPFRE/Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 11 y s.

trar aspectos “internos” en estado puro. Casos así pueden ser observados cuando hay situaciones de aislamiento milenario, como ocurrió con las civilizaciones precolombinas americanas que fueron conquistadas en el siglo XVI. Pero este no fue en absoluto el caso del Perú virreinal o independiente, cuya misma matriz social, económica y cultural había sido acuñada durante siglos por tradiciones materiales e inmateriales locales y venidas de fuera. Hecho este comentario, entenderemos en este trabajo como “factores externos” aquellos originados en la trayectoria política, social y económica de España (como fue el caso de la invasión francesa y de la insólita vacancia de la Monarquía en 1808) y también, aquéllos otros referidos a la vida internacional no hispánica, como pueden ser los aspectos económicos, culturales e ideológicos de la época (caso de las presiones comerciales británicas y del ejemplo de las revoluciones francesa y estadounidense), o los asuntos políticos globales (como las presiones ejercidas sobre España por parte de otras potencias para el reconocimiento de la Independencia de las naciones sudamericanas).

Para concluir estas precisiones teóricas, debe decirse que este trabajo es, a la vez, narrativo y analítico. En otras palabras, se detiene por momentos para analizar puntos concretos pero, en conjunto, hace sentir el compás de una narración política, con un criterio cronológico y con gran énfasis en la identificación de los personajes y en el establecimiento de las circunstancias en que ellos actuaron y de sus puntos de vista. Viene al caso señalar que pocos trabajos han abordado este plano tan importante, que consiste en introducirse en el corazón de los valores, certidumbres, dudas y decisiones personales de los propios protagonistas de la época, como lo ha hecho de manera tan magistral el historiador José Agustín de la

Puente Candamo, en su libro clásico *La Independencia del Perú*, que ha sido recientemente reeditado.<sup>3</sup>

En cuanto al trabajo que ahora presentamos, el ámbito de las decisiones políticas, o sea el ámbito del poder, proporciona aquí una especie de hilo conductor que atraviesa toda la obra. La vida política es entendida en este trabajo no como una sucesión epidérmica de acciones y de acontecimientos, sino como una dimensión que sólo pueden entenderse a cabalidad cuando es considerada a la luz de los contextos culturales, sociales y económicos. No se omiten tampoco, cuando ello corresponde, los enfoques explicativos de *larga duración*. Por ejemplo, es imposible comprender el proceso de la Independencia del Perú en la segunda y tercera décadas del siglo XIX sin remontarse, por lo menos, al conjunto de la era virreinal desde el siglo XVI.

Con relación a los puntos de vista de las tradiciones historiográficas nacionales de Hispanoamérica, es muy importante destacar que los procesos de Independencia de la América española –en particular el proceso internacional– han sido muchas veces reconstruidos en base al uso privilegiado y masivo de fuentes originadas en actores e instituciones no peruanas, al calor de las pasiones de ese convulso tiempo y de los años posteriores. Por ejemplo, hay autores que han estudiado la historia de la intervención grancolombiana en el Perú (y de los acontecimientos de la post-independencia) a través del prisma de las reco-

---

<sup>3</sup> Para la reconstrucción de la compleja trama política del tiempo de la Independencia han sido utilizados, en calidad de referencias básicas, además del ya citado libro de José Agustín de la Puente Candamo, trabajos de Jorge Basadre, John Lynch, Timothy Anna, Brian Hamnett, David Brading, Scarlett O'Phelan, Félix Denegri Luna, Jaime Rodríguez, Augusto Mijares, Gerhard Masur, así como textos clásicos de Mariano Felipe Paz Soldán, Bartolomé Mitre y Gonzalo Bulnes. Las referencias de todos ellos se encuentran en la bibliografía de este libro.

pilaciones de la correspondencia de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre. Ello es tan arbitrario como entender la Guerra Civil de los Estados Unidos haciendo uso privilegiado de las cartas del general Robert Lee, o interpretar la invasión francesa de España de 1808 teniendo presentes, como fuente principal, los escritos de Napoleón Bonaparte. Es probable que la situación anterior se haya debido, en parte, a la relativa abundancia de trabajos historiográficos de corte positivista y a la preparación de ediciones de fuentes que se llevó a cabo desde hace mucho tiempo en países como Argentina y Venezuela, en comparación con la relativa escasez de este tipo de trabajos realizados para difundir las fuentes (y el punto de vista y percepciones) peruanas, aun considerando el esfuerzo realizado en la década de 1970 con la publicación de la *Colección Documental*, dada a luz en el contexto del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Ello es muy importante, sobre todo si tenemos en cuenta que la sola selección de textos implica siempre sesgos, magnificaciones y silencios. En todo caso, no es descabellado afirmar que esta relativa abundancia de fuentes y ediciones no peruanas parece haber influido también a muchos investigadores no hispanoamericanos que se han interesado desde hace años en el tema.

Por último, cabe destacar que este trabajo es un ejercicio relevante, entre otras cosas, porque está ya cerca de la fecha oficial de la celebración del Bicentenario de la proclamación de la Independencia del Perú, que tendrá lugar en 2021. Qué duda cabe de que esta ocasión debe ser motivo para reflexionar sobre un pasado que ha sido reconstruido en términos pasionales, nacionalistas y poco equilibrados en el uso de las fuentes primarias, tanto dentro como fuera del Perú.



## 2.

### PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

En 1912, el joven aristócrata e historiador limeño José de la Riva-Agüero, bisnieto del primer presidente del Perú del tiempo convulso de la Independencia, realizó un extenso viaje a mula por la Sierra Sur del país. En su libro *Paisajes Peruanos*, Riva-Agüero rememoró (nos dice) “con perplejidad inquieta y triste”, la visita que realizó ese año al campo de la batalla de Ayacucho, que marcó el fin de la era virreinal en el Perú y que determinó la separación definitiva de este territorio de la Monarquía española. Comenta Riva-Agüero:

“En este rincón famoso, un ejército realista, compuesto en su totalidad de soldados naturales del Alto y del Bajo Perú, indios, mestizos y criollos blancos, y cuyos jefes y oficiales peninsulares no llegaban a la décima octava parte del efectivo, luchó con un ejército independiente, del que los colombianos constituían las tres cuartas partes, los peruanos menos de una cuarta, y los chilenos y porteños una escasa fracción. De ambos lados corrió sangre peruana. No hay por qué desfigurar la historia: Ayacucho, en nuestra conciencia nacional, es un combate civil entre dos bandos, asistido cada uno por auxiliares forasteros.”

Y añadía, en alusión a las usuales críticas que se han hecho al Perú desde otros países de Sudamérica, por haber nutrido hasta el final un bando realista:

“Gran necesidad o inicua pasión arguye zaherir al Perú por haber una considerable porción de él seguido hasta el fin la causa española en la contienda separatista. Entonces se operó en el alma peruana un desgarramiento de indecible angustia. Mientras la mitad, juvenil y briosa, se lanzaba anhelante, con los demás americanos, en la ignota corriente de lo porvenir, ansiando vida nueva, la otra mitad, fiel a las tradiciones seculares, perseveró abrazada a la madre anciana e invadida, con la pía y generosa adhesión a la desgracia, que es nota inconfundible de nuestro carácter. Leal conflicto y doliente caso de la eterna y necesaria lucha entre el respeto a lo pasado y el impulso de la acción renovadora.”<sup>4</sup>

Este trabajo buscará detallar estos conceptos y ahondar en su significado. Además está decir que se trata de un tema muy polémico en el Perú que ha sido deformado, o esquivado, como ya hemos referido, en base a argumentos pasionales de raíz nacionalista. Aquí se buscará presentar una visión de conjunto de la guerra civil que tuvo lugar en el espacio peruano en el tiempo de la Independencia, particularmente durante el período 1820-1824. Esta visión deberá tener en cuenta tanto el contexto local como el sudamericano y mundial, lo que se considera esencial para intentar comprender el problema. Habrá particular cuidado en aproximarse a las fuentes de la época, teniendo en cuenta su calidad relativa, y a

---

<sup>4</sup> José de la Riva-Agüero. *Paisajes peruanos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1969 (tomo IX de las Obras Completas), pp. 154 y s.



Ilustración número 1  
José de la Riva-Agüero y Osma  
(Wikimedia Commons)

las interpretaciones que sobre el particular han sido expresadas por los principales historiadores que han abordado el tema de la Independencia peruana.

También nos hemos referido antes al recuerdo que los peruanos del presente tienen de la Independencia de su país como una guerra “colonial”. No es infrecuente que se identifique esta lucha con la que llevaron a cabo, en el siglo pasado, digamos, los habitantes de Indochina contra Francia, o los pobladores nativos de la India contra el Imperio Británico. Pero se trata, a todas luces, de espejos deformadores, que no sirven para explicar lo que ocurrió en el Perú entre 1808 y 1824.

Con antecedentes en 1809, la guerra civil tomó un rumbo definido en el período 1811-1815, y enfrentó a peruanos afines al enérgico autonomismo de la revolución de Buenos Aires iniciada en 1810, contra peruanos fieles a la Monarquía. La ancestral fragmentación social y étnica del Perú no se reflejó necesariamente, de manera mecánica, en la gradual toma de posición en los diversos sectores en que se dividía entonces la sociedad del Virreinato. Por ejemplo, vemos por igual a curacas rebeldes y a curacas partidarios de la Monarquía aferrados a la tradición y al orden ancestral. Pero, definitivamente, el núcleo español y criollo sí fue casi invariablemente fidelista<sup>5</sup>. Sólo para las fases iniciales del proceso, lo mismo

---

<sup>5</sup> Esta actitud de lealtad a la Monarquía es bastante clara para el caso de Lima. A medida que son realizadas investigaciones sobre otras ciudades y regiones, la evidencia empírica parecería estar apuntando a un fidelismo generalizado en todos los sectores altos del Virreinato, donde dominó un sentimiento de desconfianza frente al nacimiento de la República Peruana. Por ejemplo, para el caso de Piura, véase el magnífico libro de Elizabeth del Socorro Hernández García titulado *La élite piurana y la independencia del Perú: la lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)* (Lima: Universidad de Piura / Pontificia Universidad Católica del Perú (Instituto Riva-Agüero), 2008).

puede decirse del grupo formado por jóvenes militares blancos y mestizos –como José de La Mar, Antonio Gutiérrez de La Fuente, Agustín Gamarra y el joven Ramón Castilla– destinados a convertirse, muchos años después, en los líderes de la más bien caótica República Peruana de los primeros tiempos. Lo paradójico es que, en el contexto de las luchas que tuvieron lugar entre 1811 y 1815, los partidarios de la Monarquía terminaron aplastando a sus contendores no por acción externa de una España entonces convulsionada y debilitada, sino debido a la presión y decisión de autoridades españolas y criollas fidelistas que dirigieron la lucha desde Lima de manera casi autónoma con relación a la Península, por lo menos hasta el fin de la invasión napoleónica y del retorno de Fernando VII en 1814.

Desde 1820 en adelante, cuando las fuerzas de José de San Martín llegaron por mar al Perú, resulta pertinente hablar de la continuación de una guerra civil donde intervienen esta vez, como factor novedoso y como protagonistas activos y no distantes, fuerzas americanas externas al Perú. Esta dura guerra civil peruana concluyó en lo esencial con el desenlace de la batalla de Ayacucho, en diciembre de 1824, aunque todavía se prolongó en algunos lugares aislados por cierto tiempo. Como dijo José de la Riva-Agüero en su célebre cita, la de 1820-1824 fue “un combate civil entre dos bandos”: el de los peruanos que apoyaron o se incorporaron a los ejércitos patriotas que llegaban de otras partes de Sudamérica; y el que constituyeron los peruanos que prefirieron seguir bajo la bandera de la Monarquía, liderados por unos pocos cientos de soldados profesionales españoles, y desconfiados de las tropas “invasoras” y “extranjeras” americanas que, a su entender, pretendían dominar, o incluso destruir, al Perú. Cabe recordar que la noción de la existencia del Perú como

territorio y sociedad databa de un tiempo muy anterior a la Independencia y que se había forjado en la era virreinal. Esta noción hunde sus raíces en los siglos XVI y XVII y tuvo, sin lugar a dudas, proyección universal. El Perú no nació a raíz del proceso de la Independencia (como sí ocurrió en los casos de Bolivia y del Ecuador). Por diferentes razones y, de manera especial, por la tradición, estos peruanos realistas se sentían más próximos a los españoles que a los americanos que llegaban de otras partes de Sudamérica.

En este punto, sería oportuno hacer una mención al historiador Guillermo Céspedes del Castillo, americanista español ya fallecido, autor del libro *América Hispánica*. Céspedes del Castillo habló sin tapujos de lo que él consideraba como “mitologías” de los países hispanoamericanos, a propósito de diversos aspectos de su Independencia. Sin lugar a dudas, como se ha explicado líneas arriba, la afirmación de que la Independencia del Perú fue una guerra colonial cae dentro de la categoría de “mitos”. Dice este historiador, con relación a la guerra civil del Perú de los años 1820-1824:

“...la inmensa mayoría de los peruanos de todos los niveles sociales demostraron, con su conducta, su decisión de impedir la conquista de su país por invasores “extranjeros”, que hasta 1822 fueron principalmente argentinos y chilenos asistidos por algún mercenario inglés, y desde ese año, colombianos y venezolanos. Contra ellos se alzaron espontáneamente pequeñas ciudades y zonas rurales extensas. El primer y fugaz presidente del Perú independiente, a los nueve meses de haber sido nombrado para el cargo, proponía que el Perú se convirtiese en monarquía regida por un príncipe español designado por el rey de España, y mientras tanto fuese gobernado el país por el virrey; el segundo y no

DE L'AMERIQUE.

383

FIGURE CLXIV.



Ilustración número 2  
Mapa francés del Perú, 1683  
(Wikimedia Commons)

menos fugaz presidente, se pasó a los realistas, con tropas y elementos civiles. A comienzos de 1824, en un Perú aislado y desasistido por España, la causa realista se mantenía vigorosa y en buena situación, nutrida por los peruanos. Lamentablemente, las luchas entre apostólicos y constitucionalistas que siguieron en la Península a la reacción absolutista de 1823 comenzaron a repercutir en el ejército realista del Perú, dividiéndolo hasta el punto de su desintegración.”<sup>6</sup>

Aunque la expresión “inmensa mayoría de los peruanos” es quizá un poco exagerada, este párrafo panorámico, que es otro basamento de la presente investigación, será explicado en detalle más adelante.

---

<sup>6</sup> Guillermo Céspedes del Castillo. *América Hispánica (1492-1898)*. Madrid: Editorial Labor, 1983 (tomo VI de la *Historia de España* dirigida por Manuel Muñón de Lara), pp. 444 y s.

### 3.

## LA VERSIÓN DE LOS VENCIDOS

Los peruanos de hoy hemos heredado la versión de los vencedores de la guerra civil de 1820-1824. De los vencidos (peruanos y peninsulares) nos han llegado diversos testimonios documentales que es preciso ubicar, muchas veces de manera fatigosa, en archivos y bibliotecas. Es natural que los miembros del bando perdedor que optaron por quedarse en el Perú no sólo hayan omitido la presentación de su versión detallada de los hechos por alguno de sus voceros prestigiosos, sino que también hayan optado por ocultar, de forma deliberada, más de un testimonio personal u oficial. Hubo también el factor del estigma personal. Por ejemplo, los antiguos miembros del Ejército Nacional del virrey La Serna que decidieron integrar, en años posteriores, el ejército republicano peruano, llevaron, por largos años el mote de “capitulados”, en alusión a los acuerdos de la Capitulación de Ayacucho, pactada entre José Antonio de Sucre y el vencido general José Canterac, luego de la batalla del mismo nombre. No obstante este inconveniente, existe información dispersa que permite vislumbrar el punto de vista del bando realista, que fue en su momento tan grande y prestigioso. Joaquín de la Pezuela dejó un testimonio sobre el período 1813-1816, cuando era jefe de las fuerzas realistas del Alto Perú,

que ha sido recientemente publicado con excelentes estudios críticos.<sup>7</sup> En el otro extremo del arco temporal, un texto muy importante es la *Memoria del sitio del Callao*, de José Ramón Rodil, suscrita en enero de 1826.<sup>8</sup> Con relación a otros militares españoles, cabe mencionar a Andrés García Camba y a Gerónimo Valdés, quienes dejaron impresiones personales y referencias documentales muy valiosas.<sup>9</sup> Lo mismo se puede decir de los numerosos emigrados realistas que debieron abandonar el Perú por diferentes razones. En forma casi uniforme, ellos reflejaron en sus escritos el caos del tiempo de la Independencia en oposición al orden social y económico del tiempo virreinal. A estas fuentes se pueden añadir las que tuvieron su origen en testigos extranjeros que no formaron parte de la lucha (ni de sus pasiones), sobre todo los de origen europeo o estadounidense. Es ridículo imaginar que sólo uno de los bandos en pugna haya tenido toda la razón, y que sólo esa versión es la que debe tenerse en cuenta: se trató, en realidad, de dos bandos peruanos, el patriota y el realista, que “combatieron obedeciendo apreciaciones diversas sobre las conveniencias del Perú.”<sup>10</sup>

---

<sup>7</sup> Joaquín de la Pezuela. *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*. Edición y estudios introductorios a cargo de Pablo Ortemberg y de Natalia Sobrevilla Perea. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2011.

<sup>8</sup> José Ramón Rodil. *Memoria del sitio del Callao*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955.

<sup>9</sup> Andrés García Camba. *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. Madrid: Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía, 1846, 2 tomos; Jerónimo Valdés. *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894-1896, 5 volúmenes.

<sup>10</sup> José de la Riva-Agüero. *Op. Cit.* p. 157.



Ilustración número 3  
Andrés García Camba  
(Wikimedia Commons)



#### 4.

### LA DISTORSIÓN HISTORIOGRÁFICA DECIMONÓNICA

Además de la ausencia de una completa *versión de los vencidos* de la guerra civil peruana de 1820-1824, existe el problema de la deformación historiográfica posterior. Las primeras reconstrucciones de los hechos de la Independencia que fueron realizadas en el Perú a mediados del siglo XIX (vale decir, décadas después de los acontecimientos) tuvieron un fuerte sesgo antiespañol. Se trató, en este caso, de un fenómeno similar al ocurrido en los casos de otros estados-nación sudamericanos, cuyas jóvenes historiografías buscaron fundamentar la identidad de las nuevas repúblicas a expensas del poder externo al cual se arrebató la Independencia. En pocas palabras, la llama del nacionalismo fue atizada haciendo uso del combustible del antiespañolismo. O sea, de la imagen absurda de que todo lo malo venía de España y de que todo lo bueno comenzaba con la Independencia. La apreciación resultaba en especial grotesca para el caso del Perú, país que fue en gran parte devastado, además de haber sido mutilado en su territorio, como consecuencia de las luchas emancipadoras. En efecto, si comparamos la etapa que va de comienzos del siglo XIX hasta 1820, con los años que corren entre 1829 y 1840, es evidente que

existe un contraste muy claro entre el relativo orden que existía durante la última etapa española anterior a la llegada de la Expedición Libertadora, y el caos de un tiempo de dominio de caudillos. Por haber tenido un carácter violento y haber dado pie también a intervenciones foráneas que sólo atendían a intereses nacionales específicos, el proceso de la Independencia representó para el Perú un retroceso social y económico que tomó décadas subsanar y que sólo comenzó a ser superado con el descubrimiento de la riqueza del guano y con la relativa estabilización política de mediados del siglo XIX.

Es cierto que la versión de los vencedores, que provenía del tiempo de la Independencia, manejaba un antiespañolismo que no dejó, en muchos casos, de estar fundamentado en la realidad. Ello es evidente, por ejemplo, en el recuerdo de la crueldad objetiva que muchos jefes españoles (sobre todo del grupo absolutista) mostraron durante las represiones contra el bando patriota, como ocurrió en los casos de José Carratalá y de José Ramón Rodil, estilo que contribuyó a mermar la causa realista tanto en el Perú como en otras partes de América. Pero esta versión, en lo esencial correcta, omite también los casos de flexibilidad y tolerancia mostrados por personajes como el Virrey La Serna o el ya mencionado general Gerónimo Valdés (ambos liberales y masones), que sin duda constituyeron un factor de atracción, y hasta de popularidad, para la causa realista en su momento.

De haber sido todos, o la mayor parte, de los jefes españoles represores y arbitrarios, ¿entonces por qué medio país sirvió con tanto entusiasmo la causa de la Monarquía hasta el final? En todo caso, de los sucesos del Perú en 1820-1824 y de su reflejo en las fuentes primarias, no brota una visión unánimemente antiespañola. En el Perú, el antiespañolismo que exhibieron los historiadores de



Ilustración número 4  
José Ramón Rodil  
(Wikimedia Commons)

mediados del siglo XIX fue más bien una construcción ideológica. El más importante de ellos fue el arequipeño Mariano Felipe Paz Soldán. Cabe destacar que la preparación de la primera parte de la obra de Paz Soldán sobre la Independencia, llamada *Historia del Perú Independiente*, coincidió con el conflicto peruano-español entre 1864 y 1866, a propósito de la ocupación de las Islas Chincha y del combate del Callao, ambos acontecimientos muy posteriores al proceso de la Independencia, pero que influyeron en Paz Soldán en el proceso de reconstrucción de dicho período histórico.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> José de la Riva-Agüero. *La Historia en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1965 [1910] (tomo IV de las Obras Completas), p. 425.



Ilustración número 5  
El historiador Mariano Felipe Paz Soldán  
(Wikimedia Commons)



5.

## LA PECULIARIDAD DEL PERÚ DENTRO DE SUDAMÉRICA

¿Cómo pudo el Virreinato del Perú erigirse desde 1809 hasta 1824 en el bastión realista y *fidelista* que llegó incluso a dominar la revolución en el Alto Perú, Quito y Chile, y a arrinconar a Buenos Aires hasta 1816? No se puede explicar esta situación sin remontarnos a la historia del Virreinato desde su nacimiento hasta el tiempo en que las alarmantes noticias sobre la invasión francesa a España, en 1808, llegaron al Perú.

Los historiadores James Lockhart y Stuart B. Schwartz observaron que la dirección de las campañas por la Independencia invirtieron la dirección que la Conquista española había tomado en el siglo XVI: “las áreas que fueron conquistadas al final fueron las primeras en levantarse [...] para converger en el Perú en una imagen-espejo del movimiento expansivo que había partido en el siglo XVI desde esa base territorial”.<sup>12</sup> En el comienzo de la dominación española, por lo menos hasta los primeros años del siglo XVIII, el Bajo y el Alto Perú (los actuales

---

<sup>12</sup> Citada en: Charles F. Walker. *Smoldering Ashes. Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780-1840*. Duke University Press, 1999, p. 88 (traducción del autor).

territorios respectivos peruano y boliviano) fueron el foco irradiador de la tradición cultural y el centro del poder político en Sudamérica. Como es lógico, la implantación de las instituciones asociadas a la lealtad a la Corona fue mayor en este territorio nuclear bajo y alto peruano que en las zonas consideradas en ese entonces como periféricas, tales como el Reino de Chile y el área del Río de la Plata o de la Nueva Granada y Caracas. Ello explica, por ejemplo, como ya se ha dicho, que la conciencia de la existencia del Perú como territorio y sociedad haya sido muy antigua y que no haya sido producto de la revolución de la Independencia. Explica también que en ninguna otra área de América –ni siquiera en México– se haya extendido tanto la nobleza española como en el Perú.

Hablando en particular de Lima, el historiador Jorge Basadre ha señalado que, en los albores del movimiento de Independencia en Sudamérica, “la clase media y el pueblo no odiaban la dominación española”, y el “clima psicológico” de la capital virreinal “era entonces fidelista”, a excepción del que manifestaba un muy pequeño sector revolucionario de la elite. En general, la posibilidad de una separación brusca del tronco peninsular era considerada como una traición o como una infidelidad. En caso de pedirse cambios, había una clara opción por un camino de reformas moderadas dentro de la Monarquía.<sup>13</sup> Como veremos más adelante, el sentir no fue igual en el interior del Perú, sobre todo en el Sur, donde sí llegaron a producirse, desde 1811, grandes alteraciones y protestas sociales.<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> Jorge Basadre. *El azar en la Historia y sus límites*. Lima: Ediciones P.L.V., 1973, p. 122.

<sup>14</sup> Scarlett O'Phelan Godoy. “El mito de la ‘Independencia concedida’: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)”. En: Inge Buisson y otros. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en*

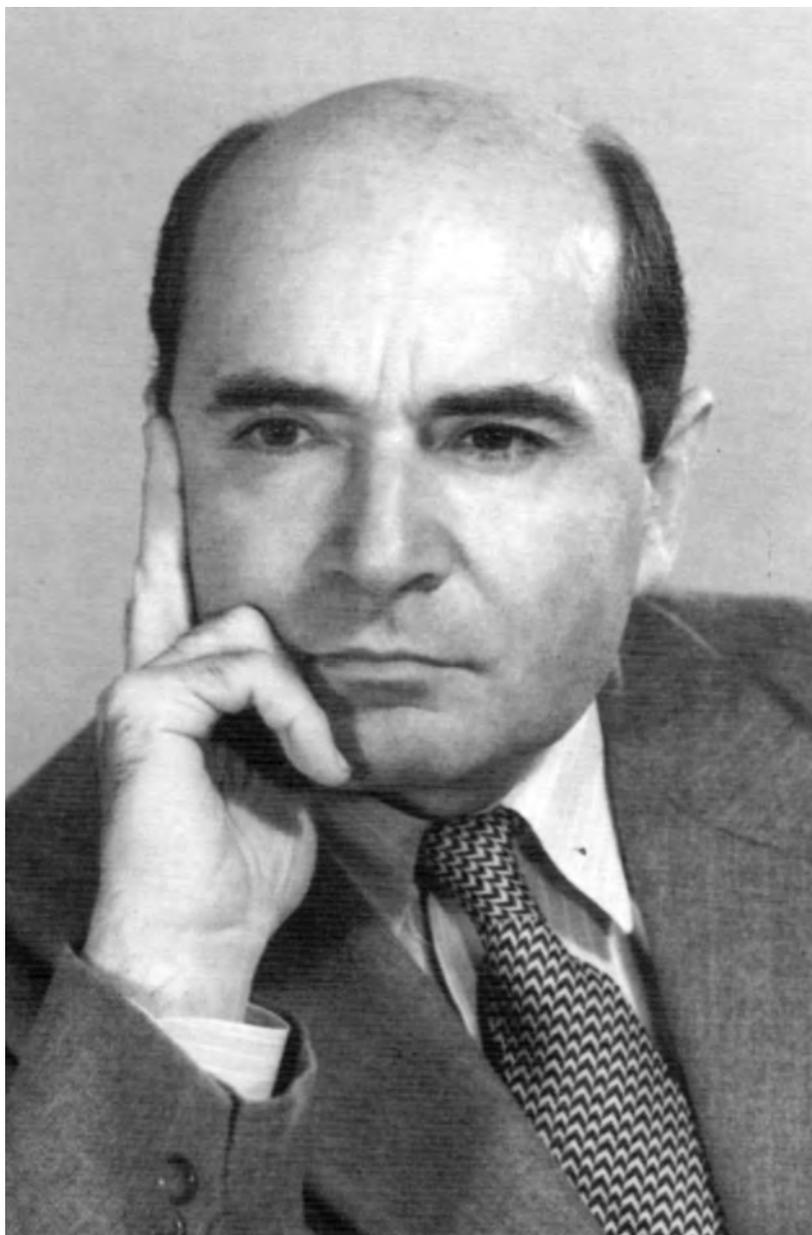


Ilustración número 6  
El historiador Jorge Basadre

Otro factor que pesó para mantener al Perú como fortaleza realista fue la cohesión y la relativa armonía que, hacia comienzos del siglo XIX, existía en el Perú entre peninsulares y criollos no sólo por la conciencia de formar parte del sofisticado núcleo hispánico en Sudamérica, sino también, como ya se mencionó, a consecuencia de la estrecha asociación que estos sectores debieron establecer para aplastar la sangrienta rebelión de Túpac Amaru II, líder mestizo y descendiente directo del último Inca del mismo nombre.<sup>15</sup> Este levantamiento había ocurrido entre 1780 y 1781, no mucho antes del período que estudiamos, en torno al área del Cusco, y tuvo amenazantes ramificaciones hacia el Alto Perú. Su supresión costó cerca de cien mil vidas. En la perspectiva de los españoles y de los criollos que vivían en el Perú, estos sucesos revelaron la enorme capacidad de las elites indígenas y mestizas para movilizar a la población rural nativa, en especial en el Sur andino, muy en particular en el área que vinculaba los espacios del Cusco y de Puno con el Altiplano.

La gran paradoja de este proceso es que el Virreinato del Perú que resistió de manera tan eficiente a la revolución americana, no era, en términos de tamaño y de poderío económico, ni la sombra de lo que había sido entre los

---

*Hispanoamérica*. Böhlau Verlag Köln Wien, 1984. Dice la historiadora O'Phelan en la p. 59 de este trabajo: "...a partir de la comprobación de que Lima guardó un comportamiento más bien pasivo frente al proceso de la independencia, no es posible generalizar su inactividad aplicándola al resto del virreinato peruano, ni menos al caso concreto del sur andino. Si admitimos que Lima fue un núcleo urbano privilegiado, que logró permanecer al margen de las contradicciones coloniales (tributos, repartos, mita minera), debemos también reconocer que por el contrario el sur andino fue la región donde se concentraron dichas contradicciones, lo cual explicaría su consistente permeabilidad a la protesta social."

<sup>15</sup> Hugo Pereyra Plasencia. "El Perú en el mundo". En: *Perú: crisis imperial e independencia (1808-1830)*. MAPFRE-Taurus, junio de 2013, p. 99.



Retrato del cacique José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, según una pintura de finales del siglo XVIII del muralista de Acomayo Tades Escalante, quien representó la batalla de Sangarara en una pintura recientemente descubierta.

Ilustración número 7  
Retrato de época de Túpac Amaru II

siglos XVI y XVII. De hecho, el Perú fue el gran perdedor dentro del proceso de las llamadas Reformas Borbónicas del siglo XVIII. Ellas no sólo acortaron el ámbito de sus relaciones comerciales, sino también redujeron de manera drástica su territorio. Veamos los antecedentes.

Desde el siglo XVIII, Lima había ido perdiendo el monopolio comercial sudamericano, frente a la competencia que le hacían nuevos puertos como el de Buenos Aires<sup>16</sup>, mucho más cercanos a Europa. La implantación del Reglamento de Libre Comercio en 1778 terminó de formalizar la ruptura del antiguo sistema de galeones, por medio del cual sólo Sevilla y Cádiz tenían el monopolio y el comercio español se conectaba con Lima por la vía de Cartagena y Panamá. No obstante, pese a los cambios y dificultades que trajo, el gremio de comerciantes limeños agrupados en el Tribunal del Consulado llegó a acomodarse a la nueva situación, lo que hace inadecuada (y tal vez exagerada) la utilización de la palabra “decadencia” para referirse a este periodo. De hecho, los comerciantes de la capital virreinal afirmaron su control sobre puertos claves como Guayaquil.

No obstante, el más grave problema que debió afrontar el Virreinato en el siglo XVIII no fue el comercio libre, ni siquiera el levantamiento de Túpac Amaru, sino las desmembraciones territoriales que redujeron su radio de poder, a fines de esa centuria, a las jurisdicciones de las audiencias de Lima y del Cusco.<sup>17</sup> Recordemos que, desde el tiempo de los *Austrias* hasta los primeros años del siglo XVIII, el poder del Virreinato y de su capital, Lima, se había llegado a extender a la mayor parte de la

---

<sup>16</sup> Alberto Flores Galindo. *Aristocracia y plebe*. Lima: Mosca Azul Editores, 1984, p. 17.

<sup>17</sup> Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. cit.*, p. 100.

Sudamérica hispánica. Ante los peligros del contrabando y de la penetración inglesa y portuguesa, que no podían ser manejados desde la distante ciudad de Lima, y en el contexto de una gradual consolidación de los regionalismos sudamericanos (antecedente de las actuales configuraciones nacionales), los Borbones decidieron crear entre 1717 y 1739 el Virreinato de la Nueva Granada y, en 1776, el Virreinato del Río de la Plata.<sup>18</sup> El establecimiento de este último fue muy traumático para el Perú, porque las autoridades peninsulares decidieron sustraer del control de Lima la rica región productora de plata del Alto Perú, para entregarla al nuevo Virreinato de Buenos Aires. Las autoridades de esta ciudad –declarada rival de Lima– se quedaron así no sólo con la producción argentífera alto-peruana, sino también con el manejo del puerto donde se afianzaba cada vez más un mayor tráfico con Europa, en pleno apogeo de la primera Revolución Industrial. Por último, en 1796, el Virreinato peruano perdió su control sobre la Capitanía General de Chile, región abastecedora de trigo.

En palabras de Guillermo Lohmann Villena, el más grande historiador del Virreinato, estas desmembraciones y alteraciones jurisdiccionales fueron percibidas por los peruanos del siglo XVIII –y por sus hijos y nietos de comienzos del siglo XIX– como

“...el tránsito del esplendor a la penumbra; de la hegemonía sobre la América meridional a ser una comarca de segundo orden; de ser el *Ofir* bíblico o el asiento del Paraíso terrenal [...] a un territorio recortado geográficamente y desprovisto de sus fuentes sustanciales de

---

<sup>18</sup> Raúl Porras Barrenechea y Alberto Wagner de Reyna. *Historia de los límites del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1981, pp. 27-30.

riqueza, en una palabra, abocado a un porvenir sin ninguna esperanza de prosperidad.”<sup>19</sup>

Cabe señalar, por ahora, que esta percepción contribuye a explicar muchas actitudes de las clases altas peruanas que existieron durante la guerra de la Independencia. La disminución territorial del Perú queda graficada en la ilustración número 8.

Entre fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente, la Corona dispuso tres reintegraciones territoriales: de la inmensa área selvática de Maynas y Quijos (donde nace el río Amazonas), reintegrada mediante real cédula del 15 de julio de 1802; del puerto de Guayaquil, reintegrado mediante cédulas de 1803 y 1806; y de la Intendencia de Puno, reincorporada al Virreinato peruano entre 1787 y 1796.<sup>20</sup> Estas tres reintegraciones, que fueron estudiadas y resumidas por el historiador Raúl Porras Barrenechea, quedan reflejadas en la ilustración número 9.

Con estas reintegraciones, quedó constituido el perfil territorial del Virreinato del Perú hasta el tiempo del inicio del proceso de Independencia de los países sudamericanos, entre 1808 y 1810. Como puede apreciarse, estas reincorporaciones representaron tan sólo una pequeña compensación territorial, en comparación de todo lo que se había perdido, que no alteró la situación disminuida en que había quedado el viejo Virreinato. También en este

---

<sup>19</sup> Guillermo Lohmann Villena. “Criticismo e ilustración como factores formativos de la conciencia del Perú en el siglo XVIII”. En: Inge Buisson y otros. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*. Böhlau Verlag Köln Wien, 1984, pp. 15-31. La cita corresponde a las páginas 19 y 20.

<sup>20</sup> Raúl Porras Barrenechea y Alberto Wagner de Reyna. *Op. Cit.*, pp. 31-36. Véase también: Ada Arrieta Álvarez y Hugo Pereyra Plasencia. “Biografía de un documento. Apuntes sobre la Real Cédula del 15 de julio de 1802 desde el punto de vista de la heurística y de la diplomática”. En: *Real Cédula. Reintegración de Maynas al Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva-Agüero, julio de 1996.



Ilustración número 8

Los virreinos de Nueva Granada, del Perú y de Buenos Aires (y la Capitanía General de Chile) a fines del siglo XVIII (En: Guillermo Céspedes del Castillo. *América Hispánica (1492-1898)*. Madrid: Editorial Labor, 1983, p. 354).



Ilustración número 9

El virreinato del Perú en 1810 (En: Raúl Porras Barrenechea y Alberto Wagner de Reyna. *Historia de los límites del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1981, p. 42).



Ilustración número 10  
El historiador Raúl Porras Barrenechea  
Wikimedia Commons

ámbito territorial –como había ocurrido con el comercio– las circunstancias obligaron a las autoridades y empresarios del Virreinato peruano a buscar una solución a la pérdida de los yacimientos mineros del Alto Perú. Ella se encontró en el desarrollo, en el Bajo Perú, de nuevos yacimientos de plata en el Centro y Norte del territorio, en lo esencial en Pasco y Hualgayoc.

En términos demográficos, la población del Virreinato del Perú a fines del siglo XVIII era importante en el contexto de la época, pues ascendía a poco más de un millón de personas. Estaba integrada por un 12% de “españoles” (entre nacidos en la Península y criollos), 29% de mestizos y 57% de indios. La población del Virreinato incluía también unos 40.000 esclavos y otro tanto de “negros libres”.<sup>21</sup> A comienzos del siglo XIX, Lima era la urbe sudamericana con mayor número de españoles peninsulares residentes, una gran parte de los cuales tenía posiciones clave en la administración y en el comercio.

De esta manera, en los albores del movimiento independentista en Sudamérica, el Virreinato del Perú mostraba algunas características que podrían haber permitido vislumbrar que este territorio se iba a convertir en un reducto fidelista. No obstante, su economía presentaba en términos estructurales una considerable vulnerabilidad. De hecho, el Virreinato, dependiente de la oscilante producción de plata, y con escasa producción agropecuaria y artesanal, sólo pudo sostener la contrarrevolución durante la primera parte de la era insurgente en Sudamérica, mediante generosas contribuciones del Tribunal del Consulado, que agrupaba, como se ha dicho, a su aristocracia mercantil.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> John Lynch. *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Barcelona: Editorial Ariel, 1976, p. 178.

<sup>22</sup> Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. cit.*, pp. 98 y s.



Ilustración número 11  
Tipos peruanos a fines del siglo XVIII  
(De la obra *Truxillo del Perú* del obispo Baltasar Jaime Martínez  
Compañón)



6.

## **LA CONTRARREVOLUCIÓN ENCABEZADA POR EL VIRREY JOSÉ FERNANDO DE ABASCAL (1809-1815)**

Desde 1809 y, sobre todo, a partir de 1810, diversas Juntas se formaron en casi todas las ciudades importantes de Sudamérica. Con los matices del caso, la idea era en lo esencial la misma en todas partes: impuesto un rey francés contra la voluntad del pueblo español, e invadida la Península por Napoleón (al punto de haberse llegado a pensar en una posible desaparición de España), las Juntas sudamericanas, constituidas en lo esencial por criollos, rechazaron la dominación francesa y buscaron tomar en sus manos el control de sus territorios e instituciones.

No es el caso describir aquí la enorme complejidad de este proceso y las diferentes situaciones regionales. Para los propósitos de este trabajo, sólo cabe destacar que la Junta que se formó en Buenos Aires, en mayo de 1810, que fue una de las que mostraron un carácter más autonomista, buscó desde el comienzo ratificar la hegemonía que el Virreinato de Buenos Aires había tenido sobre la rica zona productora de plata del Alto Perú.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Hugo Pereyra Plasencia. *Op. cit.*, p. 104.



Ilustración número 12  
 Caricatura del rey francés José Bonaparte, rechazado por igual en  
 España y en América  
 (Wikimedia Commons)

En el caso del Virreinato del Perú, no surgió al comienzo ninguna junta de gobierno semejante a las que se formaron en áreas tan diferentes y distantes entre sí como Chile o la Nueva Granada. Ello se explica no sólo por los rasgos particulares del Virreinato, que ya hemos descrito, sino también por la presencia e influencia, en el Perú, de un personaje crucial: el virrey José Fernando de Abascal. Abascal no sólo se mantuvo en el cargo (a diferencia de lo que ocurrió a las autoridades españolas que fueron depuestas en otras partes) sino que, debido a la situación política en la Península, organizó de manera autónoma, desde Lima, una exitosa contrarrevolución sobre un espacio gigantesco que abarcó desde el área de Quito hasta el Alto Perú y Chile.

Los historiadores peruanos y sudamericanos, en general, han presentado a Abascal como un personaje poco menos que siniestro, y algunos casi como un monstruo que contribuyó a retrasar la revolución en la América Meridional. No cabe duda de que Abascal fue un absolutista y también un represor. Pero una lectura más cuidadosa de las fuentes de la época revela otro aspecto de la cuestión: el hecho de que Abascal haya sido también una especie de catalizador de un sentimiento de revancha que anidó en buena parte de la alta sociedad peruana de entonces. Ya hemos visto el pesar y la consternación generalizados que acarrearón el drástico empequeñecimiento territorial del viejo y orgulloso Virreinato, que había ocupado, antes de las traumáticas desmembraciones borbónicas, la mayor parte de la Sudamérica hispánica. La ocasión del desquite fue la interrupción de la Monarquía española (que dejó manos libres para actuar en el Nuevo Mundo) y las alteraciones que se produjeron por doquier, en Sudamérica, con el establecimiento de las juntas. La idea era afirmar el orden dentro de un marco fidelista y,

de paso, procurar restaurar el poder de Lima sobre los viejos territorios perdidos, en especial sobre el Alto Perú. Desde este punto de vista, Abascal no sólo fue un represor, sino también el articulador de una especie de proto-nacionalismo peruano, basado en Lima. El argumento resulta muy coherente, porque un líder poco puede hacer en el vacío. Abascal debió contar, sin la menor duda, con un importante respaldo y entusiasmo político y social en gran parte del Bajo Perú, sobre todo en Lima. Todo ello explica la energía y la tenacidad con la que Abascal y sus ejércitos realistas peruanos combatieron a todas las Juntas en general y, en especial, las pretensiones de la Junta Revolucionaria de Buenos Aires de dominar el Alto Perú, buscando prolongar una situación de poder de tiempos del extinto Virreinato del Río de la Plata. En pocas palabras, Lima había encontrado la ocasión de erigirse como paladín de la estabilidad y de vengarse, asimismo, de Buenos Aires. También es importante señalar que el más importante líder militar con que Abascal contó en el tiempo del comienzo de las convulsiones no fue un peninsular, sino el criollo arequipeño José Manuel de Goyeneche.

Entre octubre y diciembre de 1809, fuerzas realistas enviadas desde el Perú aplastaron las Juntas de La Paz y de Quito. Ante la amenaza de la Revolución de Mayo en Buenos Aires, el virrey Abascal decretó la reincorporación del Alto Perú al Virreinato bajo su mando el 13 de julio de 1810.<sup>24</sup>

Se ha dicho en otro trabajo que, “en una sucesión de campañas extraordinarias desde el punto de vista militar, que se llevaron a cabo entre los años 1811 y 1815 en un territorio notable por su extensión, fuerzas realistas

---

<sup>24</sup> John Lynch. *Las revoluciones hispanoamericanas...* *Op. cit.* p. 184.



Ilustración número 13  
El virrey José Fernando de Abascal  
(Wikimedia Commons)

## DON JOSE FERNANDO DE ABASCAL Y SOU-

SA, CABALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO. TENIENTE GENERAL DE LOS REALES EJERCITOS, Virrey, Gobernador y Capitan General del Perú, Suprintendente Subdelegado de Real Hacienda, Presidente de la Real Audiencia de Lima &c.

**E**L espíritu de engaño y seducción, fomentado en el continente de Europa, por el tirano usurpador de la Francia; ha esparcido sus amortiguadas llamas, en las pacíficas posesiones de la América del Sur. Hombres destinados por la naturaleza, á solo regerir en la obscuridad y abstinencia, sin el enérgico carácter de la virtud, y con la banaliter debilidad de todos los vicios, aspiran á lograr la vil efímera representación, con que los estériles Jilites, señalan á los grandes criminales. No hay País alguno en la tierra, que no esté expuesto á sufrir la desgracia de abrigar en su seno, esos abominables monstruos, que empujados, con el almidado diáfano, y de amor de la Religión, de la Patria y del bien público, solo buscan por su particular interes, la desorganizacion, la usurpación y el desorden. El fel pueblo de Buenos Ayres, que ha dado tan recientes pruebas de su constancia, generosidad y adhesión á la Madre Patria; acaba de padecer esa triste experiencia: un corto número de individuos, proclamando haber creado la suprema soberanía, por la instalacion del nuevo Consejo de Regencia, ha atrevido á, les legítimas autoridades, formando á su seso una Junta de Gobierno: El Excmo. Ayuntamiento, el Síndico Procurador en nombre de aquel común, y los vecinos mas recomendables, por su providad y circunstancias, han protestado contra una comocion, excitada con tan infundado pretexto. ¿Porque si á los principios de la desgraciada época en que se halla la España, por solo el sagrado objeto, que animó á la inmemorial asociacion de Sevilla, fué reconocida con aplauso, como depositaria de la suprema autoridad? Si la Junta Central ha sido juramentada y obedecida como representante de nuestro augustado Monarca el Señor Don Fernando VII. ¿como no ha de tributarse la mas profunda y rendida sumision al Consejo de Regencia; deseado por todos los buenos españoles, como menos expuesto á la finta complicidad de las resoluciones; establecido con el mas generoso desprendimiento, por los dignos vocales intérpretes en la Central de las voluntades de todas las Provincias: y en que se ve hoy la América representada, por uno de sus ilustres hijos, con igual proporción, y los mas vivos deseos de cimentar su esplendor y prosperidad? Así pues aislados esos perversos, en el corto recinto de la Capital que oprimen, no han podido commover las fieles y ricas Provincias que componen su dominio, á una rebeldía de tan criminal conducta, le han manifestado su desprecio y aversion, ocurriendo á esta Superioridad, no solo por auxilios para rechazar qualquier hostil empresa á que pudiera arastrar la flusión y coquedad; sino tambien á una formal agregación á este Gobierno, del mismo modo que lo estaba ántes de la erección de aquel Virreynato; así lo han solicitado por las mas expresas orçiones el Señor Presidente de Charcas, su Real Audiencia, M. R. Arzobispo, I. Ayuntamiento, la Imperial Villa de Potosí, la ciudad de la Paz y Córdoba del Tucuman, y siendo obligacion servida en los principales Gefes, ocurrir al pronto remedio de los males que amenazan á los fieles vasallos de S. M. por todas las medidas que dicte la justicia: he venido en acceder á esa solicitud declarando quedar por ahora (y hasta que se restablezca en su legítimo maridado el Excmo. Señor Virrey de Buenos Ayres, y dichas autoridades legalmente constituidas) agregadas á este Virreynato las expresadas Provincias dependientes de la gobernacion del Rio de la Plata, en todos los ramos de Hacienda, Guerra, Política y Justicia, ocurriendo las Partes en los contenciosos á sus respectivos tribunales; salvo los recursos que en sus correspondientes casos, prescriben las leyes pertenecer al alto Gobierno. Y para que así conste y llegue á noticia de todos se publicará por Bando en esta Capital, circulándose por las de las Intendencias de ambos Virreynatos. Lima y Julio 23 de 1810. = Jph. Abascal.

Es Copia de su Original.

Ilustración número 14

El virrey Abascal reincorpora al Alto Perú a la autoridad de Lima (13 de julio de 1810)

(Wikimedia Commons)

peruanas consiguieron contener la marea de la revolución que, en el caso del Río de la Plata, amenazaba con tomar el Alto Perú y penetrar dentro del mismo Virreinato, coincidiendo con la actividad de un importante sector rebelde peruano que tuvo su base esencial de operaciones en el Sur del Bajo Perú. En los cruciales años 1814-1815, Abascal y sus jefes realistas (tanto españoles como criollos peruanos) se dieron maña para acabar, de manera simultánea, con la primera Junta y la *Patria Vieja* chilena, con el vasto levantamiento peruano de los hermanos Angulo y del brigadier Pumacahua en el Sur del Bajo Perú, y con la última expedición rioplatense hacia el Alto Perú. En los casos de Chile y de Quito, los ejércitos de Abascal consiguieron no sólo vencer a los insurrectos, sino incluso volver a controlar estos territorios con autoridades nombradas desde Lima, objetivo que no alcanzó a conseguirse en el caso del Río de la Plata.”<sup>25</sup>

Con relación al engrandecimiento territorial del Perú, el historiador Brian Hamnett ha resumido así todo este proceso:

“La estabilidad política en Lima le permitió al gobierno de Abascal responder de una manera decisiva a los movimientos revolucionarios que estallaron desde 1809 en los territorios circundantes. El gobierno virreinal tuvo éxito en sus dos primeras campañas en Charcas y en Quito. Por consiguiente, Lima se encontró en una posición favorable: se presentó la posibilidad de reincorporar esos territorios al Virreinato del Perú [...] El mismo decreto del 13 de julio de 1810, que anunció la formación del Ejército del Alto Perú, proclamó la reincorporación de Charcas al virreinato de Lima hasta terminar la

---

<sup>25</sup> Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. cit.*, p. 105.

guerra. Entre 1810 y 1813, el virrey puso en práctica una política de anexión que dio por resultado la extraordinaria expansión territorial del Perú. Quito, Charcas y Chile fueron anexados por iniciativa del Virrey, más que como resultado de la política metropolitana. España no se encontraba en la posición de contrarrestar la nulificación de la política borbónica implementada desde 1739. El gobierno limeño, que en esa época se había opuesto a esta política, ahora estaba volviéndola al revés

Este fenómeno político, que se debe comprender dentro del contexto de la historia imperial hispánica, desgraciadamente no ha recibido suficiente atención en la literatura. La actuación de Abascal reflejó el grado de oposición que existía en Lima en contra de la política borbónica dieciochesca; evidentemente, Abascal pudo crear un consenso de opinión peruana que trascendió las distinciones entre peninsulares y americanos, comerciantes y constitucionalistas. Esta política de revancha representó la respuesta peruana a la geopolítica del Despotismo Ilustrado. La derrota de los movimientos revolucionarios en varias partes de América del Sur hizo posible el éxito de esta política. Destaca la capacidad del gobierno limeño para llevarla a cabo.<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Brian R. Hamnett. "La política contrarrevolucionaria del virrey Abascal: Perú, 1806-1816". En: Marta Terán y José Antonio Serrano Ortega (editores). *Las guerras de Independencia en la América Española*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán (y otras entidades editoras), 2002, pp. 189 y s. Véase también, de este mismo autor, el libro *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. (Liberalismo, realza y separatismo, 1800-1824)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978, pp. 118-122.

## 7.

### CONSPIRACIONES Y ALZAMIENTOS EN EL INTERIOR DEL PERÚ (1811-1815)

Demos ahora una mirada más atenta a los movimientos insurgentes que se originaron en el Perú. Ya hemos dicho antes que sin duda existió un contraste entre Lima, donde dominó el *fidelismo* en todas las clases sociales, y el interior del país, donde llegaron a producirse vastas alteraciones de tipo revolucionario. Ellas tuvieron relación y algún nivel de comunicación –aunque no coordinación detallada– con las campañas rioplatenses al Alto Perú. Animado por los avances porteños en el Altiplano, el limeño Francisco Antonio de Zela se levantó el 20 de junio de 1811 en Tacna, una localidad muy vinculada con el puerto de Arica y que tenía grandes lazos económicos con el Alto Perú. De modo trágico, el inicio de este movimiento ocurrió el mismo día en que el ejército rioplatense de Juan José Castelli era vencido en Huaqui por Goyeneche, por lo que su sofocamiento fue conseguido sin grandes dificultades. El patrón se repitió en 1813. El 3 de octubre de ese año, también en Tacna, estalló otro movimiento rebelde encabezado por los hermanos Enrique y Juan Francisco Paillardelli, motivado por el segundo avance rioplatense en el Alto Perú al mando de Manuel Belgrano. También aquí las esperanzas de una acción

coordinada se derrumbaron el 14 de noviembre de 1813 con la aplastante derrota rioplatense de Ayohuma a manos de un nuevo líder militar realista, Joaquín de la Pezuela.

De lejos, el más vasto y violento movimiento rebelde que surgió por entonces en el Sur peruano comenzó el 3 de agosto de 1814, cuando los hermanos mestizos José, Vicente y Mariano Angulo se levantaron en el Cusco contra las autoridades, demandando la puesta en práctica de las reformas prometidas en la Constitución de Cádiz de 1812. Se les unieron el brigadier indio Mateo García Pumacahua y el mestizo Gabriel Béjar, el primero de los cuales había tenido hasta ese momento una destacadísima trayectoria de lealtad a la Corona. La foja de servicios de Pumacahua incluía un rol crucial en el aplastamiento del levantamiento de Túpac Amaru II en el siglo anterior, y también una activa colaboración en las campañas del Alto Perú. El movimiento de los Angulo y de Pumacahua llegó a tener un considerable radio de acción que incluyó el control temporal del Cusco, y avances sobre Huancavelica, Huamanga, Puno, Arequipa y La Paz. Las fuerzas realistas debieron dividirse durante más de veinte meses para hacer frente a esta sublevación peruana y, de manera simultánea, frenar el tercer avance rioplatense sobre el Alto Perú al mando de José Rondeau. En la primera mitad de 1815, el general realista Juan Ramírez acabó con el movimiento peruano en Umachiri, y Joaquín de la Pezuela hizo lo propio a fines de año en Sipe Sipe con las fuerzas de Rondeau, frustrando por tercera y última vez toda posibilidad de fusión de las dos corrientes rebeldes. La represión fue sangrienta, en particular contra los rebeldes peruanos, cuyos líderes fueron ejecutados en forma sumaria en cuanto fueron capturados.



Ilustración número 15  
Joaquín de la Pezuela  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 16  
Manuel Belgrano  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 17  
El brigadier Mateo García Pumacahua  
(Wikimedia Commons)

¿Fue el movimiento peruano de 1814-1815 sólo una protesta regionalista del Sur peruano? No cabe duda de que el movimiento representaba, en gran parte, el hartazgo de esa parte del Perú, que había sido, durante años, base logística de aprovisionamiento y reclutamiento de tropas de las campañas realistas que hicieron posible a las autoridades virreinales defender y recuperar de manera permanente el Alto Perú. Ello se hizo a costa de sangre y recursos del Sur peruano, en especial del Cusco. Por lo menos en parte, el movimiento tuvo un carácter de afirmación y defensa regionalista. Pero ello no se opone a la indudable existencia, en muchos combatientes peruanos, de sentimientos nacionales muy genuinos en el nivel de la simbología, que combinaban la peruanidad más auténtica con la radicalización política. Fueron frecuentes, por ejemplo, frases en los documentos de los rebeldes que hablaban del “Año 1 de la libertad del Perú”, al estilo de la Revolución Francesa. En la poesía del insurgente arequipeño Mariano Melgar, fusilado en 1815, encontramos expresiones tales como el “triumfo de nuestra Nación” y el “Perú siempre oprimido”, que hacen ver con claridad, en este caso concreto, una visión integral peruana, y no limitada al Sur peruano.<sup>27</sup> Resulta también muy claro que por lo menos parte de los líderes peruanos estuvieron influidos por el ambiente liberal en torno a la recepción de la Constitución de Cádiz en el Cusco, en diciembre de 1812, y por la posibilidad de unir su movimiento con las fuerzas de Buenos Aires que amenazaban el Alto Perú contra el común enemigo realista.

Fuera de los movimientos del Sur, en 1812 se llevó a cabo un movimiento rebelde en Huánuco, en la Sierra

---

<sup>27</sup> Jorge Basadre. *El azar en la Historia...* Op. cit. pp. 129-134.

Nor-Central, que estuvo encabezado por Juan José Crespo y Castillo, que fue reprimido por tropas virreinales.

Vista desde el punto de vista social, la debacle de los movimientos autonomistas peruanos fue también la derrota de una opción que favorecía la acción concertada de mestizos, indios, e inclusive de criollos radicalizados. El desenlace cerró el campo a un movimiento con esta amplia composición social y redujo, desde 1814 o 1815, el campo de la actividad insurgente en el Perú a débiles iniciativas y conspiraciones basadas en Lima y protagonizadas inclusive por algunos sectores de la nobleza. En todo caso, cabe destacar que, en términos de arrastre de multitudes, de generación de simbología, y de capacidad para mostrarse como un peligro real al sistema virreinal, los movimientos populares peruanos de los años 1811 a 1815 fueron más importantes que la actividad conspirativa realizada por el pequeño círculo de insurgentes de Lima que podría remontarse al año 1809. La evidencia empírica señala que, en lo esencial, no hubo conexión efectiva entre los movimientos populares del Sur y de Huánuco con la actividad en Lima, que era más bien a nivel de elite. Pero hubo otra consecuencia importante. La derrota de los movimientos peruanos del Sur afirmó, en los hechos, el polo de poder de Lima sobre la Sierra y sobre el conjunto del territorio peruano, desde Guayaquil hasta el desierto de Atacama, e incluso sobre el Sur peruano y el Alto Perú y las lejanas islas de Chiloé. Fue el predominio de un ámbito de poder más vasto, en términos territoriales, que el que quizá hubiera surgido en caso de una victoria de los movimientos del Sur, a partir del Cusco o de Arequipa, que tenía –con importantes matizaciones, como hemos visto– una impronta regionalista. Es muy probable que un triunfante Sur peruano hubiera buscado vincularse de manera natural con el Alto Perú, más que

con los distantes –y distintos– espacios del Norte peruano. Por último, habría que señalar que la cruenta debelación del movimiento peruano del Sur, acompañada del consiguiente y característico ocultamiento y deformación informativa impidieron, en la época, una difusión, en el resto de América y en el Viejo Mundo, sobre sus notables alcances y sobre la incuestionable realidad de la existencia de un movimiento independentista peruano con base en las ciudades sureñas. El hecho concreto es que este vasto movimiento peruano fue aplastado por el Perú realista, cuyo poder irradiaba desde Lima. Fue este Perú realista, con sus recursos, casi sin apoyo desde España, el que acabó con la revolución separatista dentro de su propio territorio. Desde este punto de vista, entre 1811 y 1815, hubo en el Perú una guerra civil, que fue un anuncio de la que tendrá lugar después con el concurso de fuerzas de otras partes de Sudamérica.

Además del apego a la tradición por parte de vastos sectores de la población –desde la aristocracia hasta los sectores populares– la otra gran peculiaridad del Virreinato del Perú en esos años iniciales del proceso de la Independencia fue el desencadenamiento no de una, sino de dos reacciones ante los sucesos de la Península a partir de 1808: por una parte, un fidelismo armado y liderado por un virrey basado en Lima contra la proliferación de Juntas con tendencias autonomistas o abiertamente separatistas en otros espacios circundantes de la América hispánica; y, por otra parte, un vasto movimiento peruano localizado en el mismo Sur del Virreinato, que mostró un radicalismo anti virreinal análogo al de los alzamientos de Buenos Aires o de Santiago.

## 8.

### **APOGEO Y FIN DE LA PAX REALISTA (1816-1820)**

Pacificado el Perú, arrinconados los rebeldes de Buenos Aires, y controlada la marea revolucionaria en general, el Virreinato vivió unos años de relativa tranquilidad desde que el virrey Abascal partió de regreso a España y fue reemplazado por Joaquín de la Pezuela (1816) hasta la llegada de la Expedición Libertadora al Perú (1820). Repuesto Fernando VII en el trono español desde 1814, éste aprobó la política que había sido llevada a cabo por Abascal e incluso ratificó, en los hechos, la reanexión del Alto Perú al viejo Virreinato peruano gobernado desde Lima. Esta situación se mantuvo hasta el final de las guerras de Independencia. Se trataba de algo bastante natural, debido a la vieja interconexión económica y cultural que había existido entre estos territorios desde tiempos inmemoriales.

Los años que corrieron desde 1814 hasta 1819 fueron de dominio absolutista y tuvieron un carácter represivo. Como dice el historiador Guillermo Céspedes del Castillo, fue un tiempo en que las autoridades españolas pudieron haber impulsado una política de conciliación y de otorgamiento de libertades dentro del marco de la Monarquía. De hecho, al menos en el Bajo y el Alto Perú,

y en Chile<sup>28</sup>, la causa realista tuvo por ese tiempo considerable popularidad, pues existía un mal recuerdo de las alteraciones de los años 1811-1815, que estuvieron caracterizadas por carnicerías, saqueos y desorden social. Al revés de lo que aconsejaba una política atinada, Fernando VII impartió órdenes desde la Península para considerar a todo autonomista, por más moderado que fuera, como traidor, y se puso a la cabeza de uno de los bandos en lucha. Las persecuciones, encarcelamientos e incluso ejecuciones se sucedieron por doquier e hicieron un daño terrible a la causa realista fortaleciendo, de forma paralela, al bando autonomista e insurgente. De esta manera, lo que había sido desde la etapa precedente una guerra civil comenzó a adquirir la apariencia de una guerra colonial en la que jóvenes naciones rebeldes luchaban por su libertad contra una metrópoli represora.<sup>29</sup> Este fue el ambiente en que San Martín llevó a cabo su célebre *Paso de los Andes* y en el que se produjeron las dos decisivas batallas de Chacabuco (1817) y Maipú (1818), que obtuvieron la Independencia de Chile. El origen de este desenlace fue un cambio de orientación de la estrategia rioplatense: dado que el Alto Perú había probado ser una fortaleza inexpugnable para las fuerzas patriotas, San Martín propuso atacar al Virreinato peruano por el océano Pacífico, luego de destruir el poder realista en Chile.<sup>30</sup>

---

<sup>28</sup> Mario Barros Van Buren. *Historia Diplomática de Chile*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1970. Se señala en este libro, en sus pp. 44 y s., a propósito de la aplastante victoria realista de Rancagua contra los insurgentes chilenos, de octubre de 1814, que determinó el fin de la *Patria Vieja*: “Dice Zapiola –y lo abonan todos los documentos de la época– que el recibimiento que Santiago tributó al general Osorio, después de su victoria en Rancagua, fue el más apoteósico que recordaba la capital. Las calles estaban tapizadas de flores y todos los balcones adornados con la bandera española.”

<sup>29</sup> Guillermo Céspedes del Castillo. *América Hispánica...* *Op.cit.* p. 414 y s.

<sup>30</sup> Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. cit.* p. 106 y s.



Ilustración número 18  
José de San Martín  
(Wikimedia Commons)

El 5 de febrero de 1819, el enviado diplomático chileno Antonio José de Irisari y Gregorio Tagle, representante del director de Buenos Aires, suscribieron en esta última ciudad un tratado especial para la realización de una expedición libertadora al Perú. Este instrumento suponía que el ejército iba en ayuda de los patriotas peruanos que conspiraban contra la causa real, tomando así un carácter de *auxiliar* de los esfuerzos de los habitantes del Perú. No obstante, el espíritu de este instrumento era bastante claro: la independencia de Chile y de las Provincias Unidas nunca iba a estar garantizada si la amenaza del Perú realista continuaba presente. Aunque este instrumento no llegó a ser ratificado por el gobierno del Río de la Plata, no deja de tener importancia como expresión de las ideas que predominaban en el seno de los estados firmantes con relación a la expedición al Perú.<sup>31</sup>

San Martín no quiso involucrar su persona ni sus tropas rioplatenses en la pavorosa guerra civil que, hacia la segunda mitad de 1819, comenzaba a adquirir contornos definidos en su tierra natal. De hecho, en más de una ocasión, temeroso de la creciente hostilidad de las provincias contra Buenos Aires, el gobierno porteño había ordenado a San Martín el retorno de las fuerzas rioplatenses que se encontraban en Chile. San Martín incumplió estas órdenes, aunque con miras elevadas, pues pen-

---

<sup>31</sup> "... el ejército [chileno-rioplatense] debía dejar a los peruanos en absoluta libertad de elegir su gobierno, y se alejaría del país tan pronto como hubiese uno establecido, salvo que por un acuerdo especial en que intervinieran las nuevas autoridades de Lima, se solicitare la permanencia del ejército por tiempo limitado. Los gastos se harían en común y las partes contratantes se obligaban a no hacer cuestión sobre ellos hasta que se pudiese tratar el punto con el gobierno independiente de Lima. Era entendido que el gobierno de Lima debía satisfacer a ambos países los gastos de la expedición" (Gonzalo Bulnes. *Historia de la expedición libertadora del Perú (1817-1822)*. Santiago de Chile: Rafael Jover, Calle de la Bandera , núm. 73, 1887, tomo 1, p. 115.

saba que el interés nacional de su patria y de Chile apuntaba más hacia las costas peruanas, y no deseaba que sus fuerzas terminaran disolviéndose dentro del caos de la política interna del Río de la Plata. Con este alto propósito, San Martín contó con el apoyo decisivo de Chile y de su líder Bernardo O'Higgins. Por otro lado, el régimen absolutista de Fernando VII se encontraba organizando por entonces el envío de un gran cuerpo militar para combatir a los rebeldes del Río de la Plata. Como señala Bartolomé Mitre, la "expedición española fue en casi todo el curso del año 1819 el fantasma alrededor del cual giró la política exterior del Río de la Plata".<sup>32</sup> Ésta era otra poderosa razón que había llevado a las autoridades del Buenos Aires a ordenar el retorno de San Martín para una posible defensa frente a la amenaza española. Si bien la tormenta de la guerra civil terminó desatándose en el escenario rioplatense, la impopular expedición española desde Cádiz fue cancelada desde enero de 1820 por la revolución liberal de Rafael del Riego contra el régimen absolutista de Fernando VII en España, eliminando esta amenaza, lo que sin duda contribuyó a afianzar la convicción de San Martín de marchar al Perú.<sup>33</sup> Antes de que ello ocurriera, y con el objetivo de abrirle paso en el ámbito naval, la naciente escuadra chilena al mando de Thomas Cochrane venía realizando desde 1819 hasta la primera mitad de 1820 una labor de hostilización de puertos y embarcaciones españolas en el Pacífico Sur.<sup>34</sup>

---

<sup>32</sup> Bartolomé Mitre. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 2011, p. 469.

<sup>33</sup> Mario Barros Van Buren. *Historia diplomática de Chile*. Op. cit. p. 49; Hugo Pereyra Plasencia. "El Perú en el mundo". *Op. cit.*, p. 107.

<sup>34</sup> Gonzalo Bulnes. *Historia de la expedición...* Tomo 1, pp. 235-346.

A la llegada de San Martín, el Perú seguía siendo un reducto realista, pero la militarización y la represión que había imperado desde 1814 también habían dejado una huella en este territorio, al punto de que puede afirmarse que, en 1820, se produjo un entusiasmo inicial por la Independencia en algunos sectores del Norte, de la Sierra Central, e incluso de Lima.



Ilustración número 19  
Bernardo O'Higgins, por el pintor José Gil de Castro  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 20  
Rafael del Riego  
(Wikimedia Commons)

## **LA GUERRA CIVIL DE LOS AÑOS 1820-1824**

### **9.1 La Expedición Libertadora y la proclamación de la Independencia del Perú**

El 8 de septiembre de 1820, la Expedición Libertadora desembarcó en Paracas, cerca de Pisco, al Sur de Lima. Como había ocurrido a comienzos de año con las alentadoras noticias sobre la suspensión de la amenazadora expedición española desde Cádiz, los sucesos que siguieron en el Perú luego del desembarco de las fuerzas chilenas y del Río de la Plata deben ser enmarcados dentro de la gran pintura de la relación entre la vida política en la Península y el proceso americano. De hecho, el carácter más bien incruento que tuvo la campaña de San Martín en el Perú no sólo se explica por su natural tacto, ponderación y genuino sentido liberal, reflejadas en su famosa actitud de no “avanzar un paso más allá de la marcha gradual de la opinión pública”. Se explica también por el tipo de órdenes que el virrey Joaquín de la Pezuela recibía entonces de la Península –ahora dominaba por los liberales– que lo instaban a negociar con los rebeldes y, de ser el caso, a ofrecer a los peruanos una autonomía dentro de la nación española. Este ambiente no fue exclusivo del Perú y de hecho llegó también a existir en el Norte donde, en noviembre de 1820, Bolívar y Pablo Morillo

—cuyas fuerzas habían hasta hace poco combatido a muerte— llegaron a pactar una tregua e inclusive a conversar en los términos más cordiales. Pero las circunstancias de 1820 eran muy diferentes de las de 1813 o 1814, en la etapa anterior a las consignas represivas dadas por Fernando VII, cuando una actitud abierta y conciliadora de las autoridades españolas hubiera conducido a una transición pacífica y, quizá, a preservar lo esencial de la Monarquía.<sup>35</sup>

Durante las Conferencias de Miraflores, realizadas hacia septiembre y octubre de 1820 entre representantes de San Martín y del virrey Pezuela, aquél insistió en incluir el requisito de la Independencia peruana en toda posible fórmula de compromiso. No obstante, en un esfuerzo por adecuarse a las circunstancias del Perú y a la naturaleza de la sociedad peruana de entonces, y también de dar muestras de flexibilidad a sus interlocutores, San Martín llegó a esbozar su propuesta de coronar a un príncipe español como rey de un Perú independiente.

En conjunto, durante esos meses, el viento sopló a favor de San Martín. Sin negar el oportunismo de un importante sector de la nobleza, del comercio, de la burocracia y del pequeño ejército de aspirantes a puestos públicos —que sólo pensaban en plegarse al bando más fuerte— hacia fines de año, gran parte del pueblo y de las clases altas mostraban su entusiasmo por la causa de la Independencia. El 3 de diciembre de 1820, el batallón *Numancia*, del ejército realista, se pasó íntegro al bando patriota. Entre el 28 y 29 de ese mismo mes, la ciudad norteña de Trujillo y el intendente marqués de Torre Tagle se pronunciaron a favor de la Independencia. Muchas gace-

---

<sup>35</sup> Guillermo Céspedes del Castillo. *América Hispánica... Op. Cit.*, p. 442.

tas circulaban por entonces en Lima, con proclamas de San Martín anunciando la libertad. Similar actitud favorable a las fuerzas patriotas fue percibida por Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien encabezó por entonces una exitosa incursión en la Sierra Central.

El año 1821 se inició con novedades importantes en el bando realista. El 29 de enero, en el campamento de Aznapuquio, Pezuela fue depuesto por un grupo de altos jefes españoles de orientación liberal, encabezados por José de La Serna, quien se convirtió en el nuevo virrey. Hacia el mes de abril se encontraba en el Perú el Comisionado Regio Manuel Abreu, enviado por el gobierno español para negociar con los patriotas. Pese a ser liberal y masón, La Serna era un convencido de no ceder ante los insurgentes, y llegó a juzgar mal la actitud conciliadora de Abreu, por considerarla demasiado débil frente a los patriotas.<sup>36</sup> El 2 de junio, San Martín se entrevistó con La Serna en la hacienda Punchauca y reiteró su propuesta monárquica para el Perú.

Con mayor o menor fundamento, los realistas golpistas habían acusado al virrey anterior de pasividad ante la Expedición Libertadora y, en general, de haber perdido la iniciativa militar. Es probable que el ambiente conciliador, insuflado por la Península, haya tenido el efecto de inhibir a Pezuela de iniciar un ataque contra los patriotas recién desembarcados, que con mucha probabilidad habría tenido éxito. En las nuevas circunstancias de 1821, como se confirmaría después, el nuevo virrey La Serna tuvo razón cuando mantuvo su punto de vista

---

<sup>36</sup> Timothy E. Anna. *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la Independencia*. Lima: IEP Ediciones, 2003, pp. 214; 231 y s.

sobre la inconveniencia de sostener Lima frente a un asedio patriota, por ser la capital del Virreinato una ciudad vulnerable y difícil de abastecer. En concordancia con esta idea, y con el pleno respaldo de sus jefes, en especial del hábil José de Canterac, La Serna comenzó a dar los pasos necesarios para evacuar la capital y marchar a la Sierra.

El 4 de de julio, ya iniciada la evacuación ante el terror y la incomprensión de los realistas limeños (temerosos no sólo de las fuerzas regulares patriotas sino, quizá principalmente, de los montoneros que pululaban en los alrededores de Lima, y de la actitud que podía tomar la población esclava), el virrey difundió una proclama anunciando que se retiraba de Lima por razones estratégicas. El 9, los primeros soldados de la Expedición Libertadora ingresaron en Lima, y San Martín hizo lo propio en forma muy discreta el 12. Tres días después, un cabildo abierto declaró la independencia en Lima, manifestando que “la voluntad general” estaba “decidida por la independencia del Perú y de la dominación española y de cualquiera otra extranjera...” El 28 de julio de 1821, San Martín encabezó en Lima la ceremonia pública de proclamación de la independencia del Perú.

## **9.2 José de San Martín, *Protector del Perú***

El 3 de agosto de 1821, San Martín expidió un decreto por el cual manifestó que quedaban “unidos desde hoy en mi persona el mando supremo, político y militar de los departamentos libres del Perú, bajo el título de Protector”. Por la misma norma, creó los tres ministerios de Estado y Relaciones Exteriores (encargado al colombiano Juan García del Río), Guerra y Marina (encargado al tucumano Bernardo Monteagudo) y Hacienda (encargado al médico peruano Hipólito Unanue).



Ilustración número 21  
José de Canterac  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 22  
Hipólito Unanue  
(Wikimedia Commons)

La popularidad de San Martín comenzó a deteriorarse en pocos meses. En lo que fue con gran probabilidad un error estratégico, se negó a atacar al general Canterac cuando éste pasó con sus tropas cerca de Lima el 10 de septiembre de 1821, rumbo a las fortalezas del Callao, que entonces permanecían todavía bajo poder realista. La cautela del Protector, que no quiso arriesgar sus fuerzas, fue interpretada por muchos como indecisión y falta de energía. Por otro lado, el ejército de San Martín comenzó, desde un comienzo, a comportarse como una fuerza de ocupación, con un estilo que hacía recordar los impopulares avances y ocupaciones rioplatenses del Alto Perú durante las campañas de 1811 a 1815. El efecto se sintió en las haciendas de las afueras de Lima, que proveían en gran parte sustento a la capital. En pocos meses, ellas fueron saqueadas no sólo por los servicios de intendencia del ejército en busca de provisiones, sino también por soldados extranjeros descontrolados. Todo ello contribuía a acentuar la sensación de inseguridad social que habían tenido los limeños de clase alta frente a sus propias poblaciones de origen popular desde antes de la llegada de San Martín, las mismas que sin duda atizaban el desorden y participaban asimismo del pillaje. No poco efecto produjo también el nombramiento de dos extranjeros como Ministros y, en general, la tendencia a marginar a los peruanos de los puestos públicos más importantes.<sup>37</sup> Para empeorar los problemas del Protector, sus relaciones con

---

<sup>37</sup> Dice el historiador canadiense Timothy E. Anna: “Los decepcionantes errores del régimen independiente –sobre todo su incapacidad para dar lugar a la participación de los peruanos– convencieron gradualmente a muchos de que realmente tenían más en común con los españoles que con los rapaces chilenos, argentinos, esclavos y mulatos que ahora parecían estar en control de su país” (*La caída del gobierno español en el Perú... Op. cit.* p. 280).

el ambicioso Thomas Cochrane, el jefe de la escuadra chilena que lo venía apoyando en forma decisiva en el mar, llegaron en octubre de 1821 a un punto crítico. Desde el punto de vista naval, Cochrane había tenido un desempeño extraordinario. Además de haber brindado esencial cobertura marítima a la Expedición Libertadora, Cochrane había dirigido en noviembre del año anterior la audaz captura en el Callao de la fragata española *Esmeralda*, lo que había terminado de dar un golpe mortal al poder naval del Virreinato. No obstante, casi un año después, en octubre de 1821, y ante la falta de pago a la escuadra chilena que dirigía, su codicia lo condujo a apoderarse de los fondos públicos que el régimen patriota conservaba en el puerto de Ancón, y a abandonar las costas del Perú con seis buques, con el desastre que ello significó para la precaria posición estratégica de San Martín, con una Sierra controlada por La Serna. Ante este panorama, no resulta extraño que, a fines de 1821, y de manera inversa a lo que había ocurrido en las semanas que precedieron a la proclamación de la Independencia, muchos pasquines circulaban en Lima con la expresión “Viva el Rey”.

A diferencia de la simplicidad provinciana de ciudades de la época como Buenos Aires o Santiago, San Martín se encontraba hoy en la declinante, pero todavía importante, vieja sede del Virreinato, y punto de residencia de la mayor comunidad de españoles peninsulares de toda la América del Sur. Dentro de los gestos orientados a facilitar una transición armónica entre el pasado virreinal y la Independencia, en una urbe con tantos títulos de Castilla, San Martín propició la creación de una especie de nobleza patriota, con el establecimiento de la Orden del Sol del Perú. La solución monárquica de San Martín que, como hemos visto, ya había propuesto de modo formal a las auto-



Ilustración número 23  
Thomas Cochrane  
(Wikimedia Commons)

ridades españolas, no sólo respondía a un intento de adecuarse a la realidad del Perú, sino también obedecía a profundas convicciones suyas, aplicables a Chile y a su propia tierra, que destacaban la escasa cultura civil y la poca práctica de autogobierno de las poblaciones americanas. A fines de 1821, San Martín envió a Europa a su ministro de Relaciones Exteriores, García del Río, y al médico general del Ejército Libertador, James Paroissien, entre otras cosas, para ofrecer el trono del Perú a un príncipe europeo.

### **9.3 Bernardo Monteagudo y la represión y exilio de la aristocracia virreinal**

La permanencia de San Martín en Lima coincidió, según varios testimonios, con un recrudecimiento de su tuberculosis, o de la enfermedad de “sangre de la boca”, como se la llamaba entonces, que ya lo había aquejado gravemente en tiempo de su permanencia en Chile. Para atenuar sus padecimientos, San Martín dependía del producto opiáceo conocido como láudano. Ello lo condujo a vivir retirado y en relativo alejamiento de la vida política cotidiana en la capital. En gran parte, entre fines de 1821 y la mayor parte del año siguiente, la administración cotidiana recayó por tal razón en sus asesores y colaboradores más directos, sobre todo en uno de ellos: el tucumano Bernardo Monteagudo. En términos formales, desde el 19 de enero de 1822, San Martín había entregado el mando supremo del Perú al marqués de Torre Tagle con el título de Supremo Delegado. Aunque sólo era un miembro de su gabinete de ministros, no cabe duda de que Monteagudo dominaba la política general.<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> “Monteagudo hacía ofensiva su elevación por su falta de modestia. Era fastuoso: desplegaba el lujo rumboso de los advenedizos; cuidaba de su persona con un esmero

San Martín nunca dejó ser consciente del sombrío cuadro general de la situación en el Perú y, muy en particular, de las dificultades que había para acabar la guerra contra los realistas, apertrechados de manera casi inexpugnable en la Sierra. Desde comienzos de 1822, el virrey La Serna había pasado a residir en el Cusco, convertida en nueva capital realista, y sus fuerzas tenían también una mano firme sobre el Alto Perú. En vista del entrapamiento estratégico, en julio de 1822, San Martín tomó la decisión de viajar a Guayaquil a entrevistarse con Simón Bolívar, el gran caudillo que por entonces había conducido con éxito la liberación del Norte.

Desde octubre de 1821, San Martín había autorizado a Monteagudo a dar pasos concretos para adoptar una política dura contra los españoles residentes en la capital. Ese mes, fue creado un tribunal especial para juzgar a los españoles partidarios del bando realista, fuesen éstos emigrados o fugitivos. Aunque el asunto no está claro para el caso de San Martín, Monteagudo sí era un convencido de que la revolución de la Independencia sólo tendría éxito si los españoles eran erradicados. Lo extraño es que, en el caso de Monteagudo, esta suerte de *jacobinismo* contra los españoles coexistía con una concepción monárquica semejante a la de San Martín. Cabe destacar que la actitud de odio extremo a los españoles (que Bolívar también había puesto en práctica en el Norte en las fases iniciales de la guerra) correspondía a contextos y regiones diferentes del Perú, y terminó chocando, como tantas otras actitudes foráneas, con la mentalidad local. Parte de las

que parece dote de la medianía intelectual; se bañaba en aguas perfumadas. Su carroza era conocida por el lujo de sus adornos, y lucía en cuanta oportunidad se le presentaba sus galones de ministro y la medalla de brillantes de la Orden del Sol...” (Gonzalo Bulnes. *Historia de la expedición...* *Op. cit.* tomo 2, pp. 434 y s.)

represalias, es verdad, obedecían a venganzas de corto plazo. Estaba todavía muy fresco, por ejemplo, el recuerdo de la promesa hecha por los comerciantes limeños, realizada hacía muy poco tiempo, apenas en octubre de 1820, cuando el ejército de San Martín acababa de poner un pie en el Perú, de dar 100 pesos a los soldados patriotas que desertasen con armas y 60 pesos a los que lo hiciesen sin ellas. Pero Monteagudo nutría también sus odios de su propia historia personal: había sufrido con Castelli la devastadora derrota de las fuerzas rioplatenses en el Alto Perú en 1811 a manos del ejército peruano realista mandado por el arequipeño José Manuel de Goyeneche. En abril de 1822, Monteagudo dio al ex-oidor de Lima, Pedro Mariano de Goyeneche, hermano del vencedor de Huaqui, la orden de abonar 40.000 pesos al gobierno para “expiar” los pecados de su familia. Goyeneche fue vejado y huyó. El paroxismo de esta política llegó luego de la derrota de las fuerzas patriotas en Ica, el 7 de abril de 1822 que desencadenó, semanas después, una represión en Lima. El 2 de mayo, cerca de seiscientos españoles fueron aprisionados por la noche en sus domicilios y embarcados en el Callao, rumbo a Chile, de una manera brutal. Las escenas de este drama conmovieron no sólo a los sectores acomodados, sino también al pueblo limeño. El 25 de julio de 1822, una multitud enfurecida avanzó hacia el Palacio y el Cabildo de Lima, reclamando la caída del ministro Bernardo Monteagudo quien terminó, en efecto, despojado de todos sus cargos por el marqués Torre Tagle. El impacto práctico de esta política fue que, en poco tiempo, los diez mil españoles residentes en Lima antes de la proclamación de la Independencia se redujeron a la décima parte. Muchos expulsados llegaron a España, pero un importante número de ellos permaneció en Río de Janeiro, a la espera de un cambio en la situa-

ción política del Perú. El efecto de este drama humano no fue sólo psicológico, sino que vino aparejado, en gran parte, con la ruina económica del Perú, que se vio privado en pocos meses de gran parte de su elite y de sus cuadros administrativos. En otras palabras, el objetivo buscado por Monteagudo de alcanzar la seguridad del Río de la Plata y de Chile, eliminando la amenaza española, se hizo al costo de la ruina del Perú. El valor de la propiedad confiscada a los españoles y criollos realistas en la Costa Central ascendió a unos dos millones de pesos, suma muy importante para la época.<sup>39</sup>

Sin haber conseguido apoyo de Bolívar para la continuación de su campaña, San Martín se topó a su retorno de Guayaquil con la noticia de la destitución de Monteagudo por Torre Tagle, con innumerables problemas militares y administrativos, y con una opinión pública peruana ya volcada del todo en su contra. El 20 de septiembre de 1822, San Martín renunció al cargo de Protector, y entregó el poder al primer Congreso peruano que había convocado antes. Mandó publicar un elocuente documento de despedida que decía entre otras cosas, con aire profético: “Peruanos, os dejo establecida la Representación Nacional. Si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va a devorar”.<sup>40</sup> San Martín abandonó el Perú rumbo a Chile al día siguiente.

Como una de sus primeras medidas, el Congreso peruano retiró su apoyo oficial a la misión García del Río

---

<sup>39</sup> Alfonso W. Quiroz. *Corrupt Circles. A History of Unbound Graft in Peru*. Washington D.C.-Baltimore: Woodrow Wilson Center Press, The Johns Hopkins University Press, 2008, pp. 86 y s.

<sup>40</sup> José Agustín de la Puente Candamo. *La Independencia del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2013, p. 183.

en lo que se refería a la búsqueda de un monarca para el Perú, y mantuvo una de las tareas previstas, consistente en negociar un empréstito en Europa que fue, en efecto, acordado en octubre de 1822, por un monto de 1,2 millones de libras esterlinas al 6 % de interés anual. Se trató de la primera operación de deuda del Perú, que fue acordada en el próspero mercado de valores de Londres.

#### **9.4 Simón Bolívar y la revolución patriota en el Norte. La entrevista de Guayaquil**

Cuando San Martín se entrevistó con Bolívar en Guayaquil, los días 26 y 27 de julio de 1822, la revolución del Norte estaba casi completada. Fue una larga y sangrienta lucha, cuyos hitos más recientes habían sido la devastadora ofensiva del general Pablo Morillo en 1816 y la notable reacción general de las fuerzas patriotas dirigidas por Bolívar desde 1817. La recuperación patriota condujo a las decisivas victorias de Boyacá (7 de agosto de 1819), Carabobo (24 de junio de 1821) y Pichincha (24 de mayo de 1822) que aseguraron, en forma respectiva, la libertad de la Nueva Granada, Venezuela y Quito. Los éxitos de Bolívar no sólo se debieron a una mayor experiencia militar, al debilitamiento del liderazgo español con la partida de Morillo antes de la batalla de Carabobo, y al respaldo popular de los feroces llaneros venezolanos ahora convertidos a la causa patriota, sino también, quizá de manera decisiva, al descubrimiento del valor que tenía la unidad y la coordinación entre los líderes insurgentes dentro de la vasta región de Caracas y de la Nueva Granada, en un fenómeno análogo al que había ocurrido en el Sur con la confluencia de las revoluciones chilena y rioplatense. Al menos según la letra de sus escritos, las miras de Bolívar en América comenzaron a proyectarse aún más allá de la Gran Colombia. En 1818, antes de la

primera gran victoria de Boyacá, escribió las siguientes palabras al entonces Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín Pueyrredón: “Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad [...] Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes, y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas”.<sup>41</sup> Como se verá con claridad, había en realidad un contraste entre la belleza y aparente sinceridad de estas palabras, y la visión internacional que Bolívar manejaba en los hechos, guiada por los principios del *equilibrio de poder*, que aplicaba a las relaciones entre las nacientes naciones sudamericanas. Esta manera de observar la realidad aparece muy clara en sus comunicaciones confidenciales. El velo que ocultaba esta visión internacional comenzó a descorrerse durante la entrevista que Bolívar sostuvo con San Martín en Guayaquil.<sup>42</sup>

En Guayaquil, era a todos muy claro que había un contraste entre el escenario victorioso en el Norte y la situación sombría e indefinida en el Perú que colocaba a Bolívar, desde el comienzo, en una posición de fortaleza frente a su interlocutor rioplatense. Antes de la entrevista, San Martín daba por sentado que el puerto de Guayaquil,

---

<sup>41</sup> Augusto Mijares. *El Libertador*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Ediciones de la Presidencia de la República, 1987, p. 404.

<sup>42</sup> Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. cit.*, pp. 109 y s.

que tantos vínculos tenía con Lima, debía unirse con el Perú. San Martín era muy consciente de que se trataba de una aspiración muy querida en el país donde era Protector, y también en un importante sector de habitantes del puerto donde tenía lugar el encuentro. Bolívar parece haber asumido, previamente, que consideraba a Guayaquil y a toda el área de Quito como parte integrante de la Gran Colombia. Por diversas fuentes, se sabe que San Martín solicitó la colaboración de las tropas colombianas para liberar el Perú, y todo apunta a sostener que incluso se mostró dispuesto a ponerse a órdenes de Bolívar. El ofrecimiento de este último de enviar sólo una división colombiana fue una desilusión para San Martín, quien consideraba la ayuda como insuficiente. Hay también evidencias de que el monarquismo de San Martín chocó de manera frontal con el republicanismo bolivariano.<sup>43</sup> Ya hemos dicho que el libertador rioplatense retornó al Perú muy decepcionado. Con sus defectos humanos, San Martín, era, en conjunto, un personaje notable a quien no interesaron jamás las intrigas partidistas –y menos las de tipo geopolítico entre los estados nacientes– y que siempre vio con horror las disputas entre sus compatriotas rioplatenses y las que tenían lugar, en general, entre los americanos. Su entrevista con Bolívar y el mar de intrigas que encontró en el Perú poco después debieron convencerlo de que era tiempo de partir.

### **9.5 Concepción de la Gran Colombia como un nuevo poder en América del Sur**

Para comprender la actitud de Bolívar en Guayaquil, sobre todo con relación a la situación de este puerto y a

---

<sup>43</sup> Hugo Pereyra Plasencia. "El Perú en el mundo". *Op. cit.* pp. 110 y s.

las relaciones con el Perú, es preciso remontarse a los antecedentes y circunstancias que rodearon la creación de la Gran Colombia. En la Carta de Jamaica de 1815, Bolívar se había referido con claridad a los “climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, [y] caracteres desemejantes” que dividían a la América, que no hacían posible, a su entender, “tener un sólo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse”.<sup>44</sup> No obstante, en 1819, aún antes de su primera gran victoria en Boyacá, Bolívar comenzó a dar pasos concretos para forzar la unidad de los territorios que estaba liberando. El 15 de febrero de ese año, en el discurso que pronunció durante la inauguración del Congreso de Angostura, además de criticar “las formas federales que no nos convienen”, Bolívar se refirió así a sus proyectos de unidad: “La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales [...]. Ya la veo sentada sobre el Trono de la

---

<sup>44</sup> Simón Bolívar. *Escritos políticos*. Madrid: Alianza Editorial, 1990, p. 81

Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, [mostrando] al mundo antiguo la majestad del mundo moderno”.<sup>45</sup> Influido por Bolívar, el 17 de diciembre de 1819, el Congreso de Angostura decretó en efecto la Ley Fundamental de Colombia que determinó la unión de Venezuela y Nueva Granada y, en un acto con mucho componente de voluntarismo político, declaró también al territorio de la antigua presidencia de Quito, que todavía estaba entonces en manos de los realistas, como parte de la Gran Colombia, pese a que dicha asamblea no contaba con ningún representante quiteño.<sup>46</sup>

Teniendo en mente el gran escenario sudamericano, lo más probable es que Bolívar haya buscado forjar la Gran Colombia como el nuevo centro de gravedad de la América del Sur y como poder alternativo al Perú, ámbito que con tan negras pinceladas pintó en su Carta de Jamaica y al que continuó refiriéndose en sus cartas posteriores a su encuentro con San Martín con doblez, con profundo recelo y hasta con temor. Es cierto que a medida que avanzaba en la liberación de sus territorios, Bolívar arribaba cada vez con mayor convicción –como les había ocurrido a San Martín y a O’Higgins– a la certeza de que la seguridad de la Gran Colombia dependía de la destrucción del poder realista en el Perú. En términos del paradigma realista de las Relaciones Internacionales, ese era el interés verdadero de la Gran Colombia. Bolívar nunca descartó, por esos años, el escenario de una gran reacción realista llevada a cabo desde el territorio peruano, que echara por tierra sus proyectos, ni tampoco una posible

---

<sup>45</sup> Simón Bolívar. *Op. Cit.* p. 123.

<sup>46</sup> Jaime E. Rodríguez O. *La independencia de la América española*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2005. p. 335

llegada de refuerzos españoles desde Europa. Pero los recelos frente al Perú, que percibía con tonos tan amenazadores, no se nutrían sólo, en su caso, de esta convicción. En efecto, Bolívar perseguía también el objetivo, más vasto, de conseguir una sumisión permanente del Perú frente a la Gran Colombia, en un hipotético escenario posterior a la consumación de la Independencia. Ya se ha señalado que, bajo su influencia, el Congreso de Angostura incorporó a Quito dentro de la Gran Colombia. Más tarde, el Congreso de Cúcuta de 1821 ratificó esta situación, aun antes de la liberación de la Presidencia de Quito, lo que a la postre, como veremos, dejaría a los pobladores de este territorio en claro pie de desigualdad y de subordinación frente a los centros de poder de Nueva Granada y de Venezuela.

Por entonces, existía un consenso tácito sobre el principio del *Uti Possidetis* (que significa, en latín: “como poseáis, así poseáis”), según el cual las fronteras de las nuevas naciones debían corresponder a las viejas divisiones administrativas que el Imperio español tenía en los años 1809 y 1810, en la etapa en que se iniciaron los movimientos de Independencia en la América del Sur. Desde el punto de vista del principio del *Uti Possidetis*, había lógica en la incorporación de Quito a la Gran Colombia, porque entre 1809 y 1810 la Presidencia de Quito había formado, en efecto, parte del Virreinato de la Nueva Granada. Ello, de acuerdo con el Derecho americano, pero sin tener en cuenta el sentir de la población local, que rechazó desde un comienzo la dominación colombiana. El asunto era aún más complicado en el caso de Guayaquil, porque si bien los asuntos jurisdiccionales de este puerto se trataban, a fines de la era virreinal, en Quito, su defensa y mando político estaban, entre 1809 y 1810, a cargo del virrey de Lima. Por añadidura, la población de Guayaquil

tenía desde hacía siglos estrechas relaciones con el Perú, sobre todo con Lima y el Callao, poblaciones peruanas con las cuales estaba unida por mar. Como se ve, por el tiempo de la entrevista entre San Martín y Bolívar, la situación no era tan ambigua, sino que favorecía al Perú en sus aspiraciones de poseer Guayaquil. La usurpación violenta y arbitraria de este puerto por parte de Bolívar fue el primer capítulo de un proceso de afirmación colombiana en desmedro del Perú que se prolongó durante años. En el corto plazo, Bolívar tenía interés en apoderarse de Guayaquil por su estratégica situación para las operaciones navales, por ser un emporio comercial y por su condición de famoso astillero. Guayaquil era una posición clave para defender a la Gran Colombia. No obstante, en el largo plazo, el despojo de Guayaquil fue un primer cercenamiento del Perú, y un claro golpe a lo que Bolívar percibía como el peligro peruano al que había que debilitar y neutralizar a toda costa. Esta actitud apareció nítida desde 1822.<sup>47</sup>

Una simple descripción del proceso permite observar con claridad su sentido verdadero. El 9 de octubre de 1820, los revolucionarios de Guayaquil depusieron a las autoridades españolas, establecieron una Junta, y declararon la Independencia de ese puerto. Once semanas después, ya desembarcado en el Perú, San Martín envió a Tomás Guido a Guayaquil, quien firmó un tratado con las autoridades locales donde se señalaba que esa provincia conservaría su autonomía y que se declaraba bajo la protección del Libertador rioplatense. El 15 de mayo de 1821, en tiempos en que la atención de San Martín estaba concentrada en el proceso político y militar anterior a su

---

<sup>47</sup> Hugo Pereyra Plasencia. "El Perú en el mundo". *Op. cit.* pp. 112 y s.

ingreso en Lima, Antonio José de Sucre, enviado de Bolívar, firmó con la Junta de Gobierno de Guayaquil un convenio por el cual se ponía a esta provincia bajo la protección de armas de Colombia. En septiembre de 1821, luego de ser proclamado presidente en el Congreso de Cúcuta, en palabras del historiador John Lynch, Bolívar tomó la decisión de marchar al Sur por “el miedo a que San Martín pudiera llegar antes a [l futuro] Ecuador y lo reclamara para [el] Perú”.<sup>48</sup> El proceso se aceleró en el crucial año 1822. El 18 de enero, en tono amenazador, Bolívar escribió a la Junta de Gobierno de Guayaquil, afirmando que ese puerto no podía convertirse en un estado independiente y que formaba, más bien, parte del territorio colombiano. El 2 de abril, José Joaquín Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil, escribió a San Martín explicándole las amenazas de Bolívar de tomar su provincia mediante “un golpe de fuerza”, y diciéndole que había llegado “el caso de cumplir su solemne voto de sostener la libertad de este pueblo”. Entre abril y junio, Bolívar ganó la guerra contra los realistas: sus fuerzas ocuparon Cuenca, tuvo lugar la victoria en Pichincha con la colaboración de un contingente peruano y Quito cayó en manos de los insurgentes. Su posición de fuerza era evidente y se dispuso a explotarla. El 18 de junio de 1822, Bolívar escribió a Olmedo: “Yo tendré la satisfacción de entrar a la cabeza de las tropas aliadas en esa ciudad y espero que seré recibido como presidente de Colombia y protector de Guayaquil”. Cuatro días después, en carta al propio San Martín, expuso los siguientes conceptos sobre la situación en el puerto: “Yo no pienso como V. E. que el voto de una provincia

---

<sup>48</sup> John Lynch. *Las revoluciones hispanoamericanas...* *Op. cit.* p. 276.

debe ser consultado [...] la Constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil una representación de lo más perfecta”. En forma coordinada, esta actitud tuvo la forma de una ofensiva diplomática de la Gran Colombia en Lima. El 6 de julio de 1822, Bernardo Monteagudo, entonces hombre fuerte en el Perú, y Joaquín Mosquera, ministro colombiano en el Perú, firmaron un tratado de amistad y alianza. Durante las negociaciones, Monteagudo se negó a aceptar la anexión de Guayaquil, establecida sin fundamento por la Gran Colombia. No obstante, no lo hizo argumentando el sustento jurídico que él desconocía en su calidad de extranjero (las cédulas de 1803 y 1806, anteriores al *Uti Possidetis* de 1809-1810) sino alegando que el Perú había reconocido la independencia de la Junta de Gobierno de Guayaquil.<sup>49</sup> El 11 de julio de 1822, Bolívar hizo un pomposo ingreso en Guayaquil y los colombianos iniciaron de inmediato la agitación a favor de la anexión. Dos días después, bajo fuerte presión política y militar contra el grupo partidario de la unión con el Perú, Bolívar decretó, a la fuerza, la formal incorporación de Guayaquil a Colombia “para salvar al pueblo [...] de la espantosa anarquía en que se hallaba...” Y añadía con no poco cinismo: “...sin que esta medida de protección coarte de ningún modo la absoluta libertad del pueblo para emitir franca y espontáneamente su voluntad...” El 29 de julio, apenas dos días después de concluidas las entrevistas de Guayaquil, cuyo desenlace tanto había disgustado a San Martín, y ante los hechos consumados, Olmedo escribió a Bolívar una carta hablando del “abuso” cometido contra el pueblo de Guayaquil y

---

<sup>49</sup> Raúl Porras Barrenechea y Alberto Wagner de Reyna. *Historia de los límites del Perú*. *Op. cit.* p. 48; Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. cit.* p. 114 y s.

anunciando que se autoexiliaba porque así lo “exigía su honor”. Según el historiador ecuatoriano Jaime Rodríguez, en los meses que siguieron a ese año 1822, funcionarios provenientes de Colombia y de Venezuela sustituyeron a las autoridades locales.<sup>50</sup> Quito y Guayaquil, libres de España, habían caído ahora bajo la dominación colombiana. Por otro lado, cuando fueron conocidas en el Perú, las maniobras de Bolívar con relación a Guayaquil dejaron una impresión muy negativa en su opinión pública por lo menos desde los últimos meses de 1822.

Es interesante observar que la exacerbación de la política exterior bolivariana movida por criterios de equilibrio de poder, que buscaba fortalecer la posición internacional de la Gran Colombia, tenía lugar en el mismo año en que, al otro lado de Sudamérica, en la cara del Atlántico, se declaraba la Independencia del Brasil y Pedro I era proclamado como su Emperador (septiembre-octubre de 1822).

### **9.6 Apetencias de las autoridades de la Gran Colombia sobre la región amazónica peruana**

Aunque su prioridad era Guayaquil, Bolívar intentó despojar al Perú de la inmensa hoya Amazónica que le había sido devuelta merced a la Real Cédula de julio de 1802, vale decir, antes de los años de referencia del principio del *Uti Possidetis* americano (1809-1810). Con fecha 3 de agosto de 1822, desde Guayaquil, Bolívar escribió una carta al vicepresidente de la Gran Colombia, Francisco de Paula Santander, en la que aparecían las siguientes líneas: “Tenga Ud. presente que el corregimiento de Jaén lo han ocupado los del Perú; y que Maynas

---

<sup>50</sup> Jaime E. Rodríguez O. *La independencia de la América española...* Op. Cit., p. 391 y s.



Ilustración número 24  
Pedro I, Emperador del Brasil  
(Wikimedia Commons)

pertenece al Perú por una real orden muy moderna y que también está ocupada por fuerzas del Perú”. Al hablar de Maynas, Bolívar se refería al territorio ribereño de los ríos bajo Marañón y alto Amazonas, vale decir, de manera esencial, a la vastísima región selvática del Perú, a la que se tenía tradicional acceso desde el Norte peruano. Cuando Bolívar aludía a la “real orden muy moderna” se estaba refiriendo a la Real Cédula de 1802 que, como dijimos, había reintegrado este territorio al Perú. En su carta a Santander, Bolívar empleaba un tono confidencial y hasta preocupado porque describía una situación que, de hecho y de derecho, favorecía al Perú. Sin fundamento alguno, ni siquiera el de una ocupación de facto, Bolívar consideraba a la región amazónica peruana como la “espalda” del superestado que había fundado. De manera paradójica, en medio del caos administrativo de ese tiempo, los hombres públicos peruanos desconocían el título de 1802, o en todo caso no eran conscientes de sus alcances. Esta situación fue explotada por los sucesivos negociadores de la Gran Colombia a la hora de intentar fijar la frontera con el Perú de manera insistente aprovechando, sobre todo, el ambiente de desorden y de falta de cuadros que dominaba la vida pública peruana. No obstante, estas acciones no tuvieron éxito. El 18 de diciembre de 1823 el Perú y la Gran Colombia firmaron un tratado de límites, conocido como la Convención Galdeano-Mosquera, donde la parte peruana sólo se avino a convenir en la aplicación del principio del *Uti Possidetis* de 1809, pero no aceptaba que la ciudad costeña de Tumbes –desde donde se pretendía trazar la línea fronteriza hacia el Oriente hasta el Brasil– quedara fuera de su territorio. En la práctica, el Perú mantuvo sus derechos. Pero como los hombres públicos de la Gran Colombia creían que la Real Cédula de 1802 nunca sería conocida por sus contrapar-

tes peruanas, ellos interpretaron el instrumento de límites de 1823 como una aceptación tácita por parte del Perú de la soberanía colombiana en la región amazónica.

En su carta a Santander de agosto de 1822, Bolívar también menciona la situación del “corregimiento de Jaén”. Se estaba refiriendo a Jaén de Bracamoros, que había formado parte de la Audiencia de Quito y del Virreinato de la Nueva Granada. Según el principio del *Uti Possidetis*, era un territorio que correspondía a la Gran Colombia. Sin embargo, el 4 de junio de 1821, Jaén juró la Independencia y se puso a órdenes del intendente de Trujillo y de San Martín, ejerciendo su autodeterminación. A la postre, como ya aparece insinuado en la carta a Santander, Bolívar aceptó a regañadientes los hechos consumados. Cabe señalar que la decisión de los habitantes de Jaén no obedeció a un capricho o a burda presión política (como sí había ocurrido en el caso de la supuesta “autodeterminación” de Guayaquil a favor de la Gran Colombia). La realidad es que Jaén estaba mucho mejor comunicado, en términos humanos y comerciales, con el Perú que con el área de Quito.<sup>51</sup>

### **9.7 La campaña de Junín y Ayacucho**

Retomando la narración de los sucesos en el Perú desde el tiempo que siguió a la partida de San Martín, los meses que corrieron entre comienzos de 1823 y marzo de 1824 fueron quizá los más caóticos de la historia peruana. En enero de 1823, el hábil general realista Gerónimo Valdés, infligió en Torata y Moquegua una terrible derrota a la Primera Expedición a Puertos Intermedios que

---

<sup>51</sup> Raúl Porras Barrenechea y Alberto Wagner de Reyna. *Historia de los límites del Perú*. *Op. cit.* pp. 45, 49-50; Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. cit.* pp. 116 y s.

había sido ordenada por el Congreso peruano, en un infructuoso intento por penetrar las defensas realistas acantonadas en el Sur y modificar esa suerte de empate estratégico que existía con las fuerzas patriotas desde el tiempo de San Martín.

El 26 de febrero de 1823, tuvo lugar el primer golpe de estado en la vida política del país: el llamado *Motín de Balconcillo*, por el cual los militares impusieron a José de la Riva-Agüero como primer presidente peruano, quien asumió el ejecutivo en reemplazo de una débil Junta de Gobierno que había sido nombrada por el Congreso. Riva-Agüero, ambicioso noble peruano con un antiguo historial separatista, dispuso el envío de una segunda Expedición a Intermedios y colocó a la naciente marina peruana al mando de Martín Jorge Guisse, un gran marino británico, veterano de Trafalgar, quien había sido rival de Cochrane.

Desde principios de mayo de 1823, como una especie de avanzada colombiana, el general Antonio José de Sucre había llegado al Perú con un contingente de soldados. Aunque este personaje declaraba que no se metería en los asuntos peruanos, todo hace sospechar que intervenía en realidad, en estrecha coordinación con el coronel colombiano Tomás Heres.<sup>52</sup> Sucre y Heres eran los ojos y los oídos de Bolívar en el Perú. Entre junio y julio de 1823, aprovechando el desorden

---

<sup>52</sup> Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú*. Lima: Empresa Editora El Comercio S.A., 2005, tomo 1, p. 64. El historiador chileno Gonzalo Bulnes ha hablado de la “guerra sorda” que los colombianos hacían al presidente peruano Riva-Agüero: “Sucre, que vivía con un ojo puesto en Palacio, aprovechaba todas las faltas del Presidente (Riva-Agüero) en favor de Bolívar y minaba con habilidad y constancia el terreno que pisaba” (Gonzalo Bulnes. *Las últimas campañas de la Independencia del Perú (1822-1826)*. Santiago de Chile: Imprenta y encuadernación Barcelona, 1897, pp. 168, 177 y 181.)



Ilustración número 25  
Gerónimo Valdés  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 26  
José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 27  
Martín Jorge Guisse  
(Wikimedia Commons)

en el campo patriota, los realistas ocuparon Lima otra vez, generando una emigración masiva por terror a las represalias, mientras el Congreso y las tropas se trasladaron al Callao. Responsabilizado del desastre, Riva-Agüero fue depuesto por el Congreso, que nombró poco después al ciudadano José Bernardo de Tagle (el marqués de Torre Tagle) como nuevo Presidente. Riva Agüero se declaró en rebeldía y continuó asumiendo funciones presidenciales, en forma paralela, desde Trujillo, junto con un grupo de leales. Hay ciertos indicios de que la discordia entre los hombres públicos del Perú, ahora con dos presidentes, fue atizada por Sucre y Heres, lo que no parece algo descabellado si consideramos el comportamiento colombiano en Guayaquil que había tenido lugar apenas un año antes. Al margen de las causas superficiales y profundas que condujeron a esta situación, y pese a la alergia anti colombiana que existía en muchos círculos peruanos, cabe destacar que el apoyo colombiano había sido pedido de manera oficial por el Perú, incluso por Riva-Agüero,<sup>53</sup> quien iba a terminar más tarde considerando a Bolívar como una amenaza para el Perú mucho más grave que el bando realista que entonces combatía con tanta tenacidad. Aunque eran peruanos que luchaban por la independencia de su propio país, ni Riva-Agüero ni Torre Tagle estaban a la altura de la situación, pues no tenían experiencia militar y carecían también de las dotes políticas necesarias para convertirse en los caudillos que las circunstancias demandaban. Por otro lado, aunque ambos exhibían una trayectoria insurgente (el primero desde las primeras conspiraciones por la Independencia y el

---

<sup>53</sup> Gonzalo Bulnes. *Las últimas campañas...* Op. cit., pp. 110 y s.; 156.

segundo desde los días de San Martín), también tenían, por razones sociales y familiares, estrechos vínculos con los sectores realistas y peninsulares locales, y con la misma España.<sup>54</sup> No hubo entonces ningún líder peruano que combinara la energía, la sagacidad, la experiencia militar y la cultura de Bolívar. Todo ello se haría sentir en los meses siguientes. El resultado fue que los intereses grancolombianos fueron mejor expresados y defendidos que los intereses peruanos.

Llamado desde el Perú, como se ha dicho, con carácter oficial, Bolívar se embarcó en Guayaquil el 7 de agosto y arribó al Callao el 1º de septiembre de 1823 en el barco *Chimborazo*, apenas días después del desastre de la segunda Expedición a Puertos Intermedios. Años después, Bolívar evocó así este episodio: “La impresión que conservo de Lima es de que era una ciudad grande, agradable y que había sido rica; parecía muy patriota [...] las calles lucían muchas banderas, centenares de banderas nacionales.”<sup>55</sup>

Al día siguiente de su llegada, el Congreso peruano se reunió para pedir a Bolívar que terminase la rebelión de Riva-Agüero, quien permanecía en Trujillo. Bolívar comenzó, en efecto, a dar pasos para acercarse a Riva-Agüero instándolo a reconocer al Congreso peruano y deponer su actitud. El 10 de septiembre, en tácita degradación de la autoridad de Tagle, quien quedaba reducido a la figura de un jefe del Ejecutivo formal, el Congreso peruano otorgó a Bolívar el título de Director, con poder

---

<sup>54</sup> Scarlett O’Phelan. *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Pontificia Universidad Católica (Instituto Riva-Agüero), 2001, pp. 391.

<sup>55</sup> Simón Bolívar, *Autobiografía*, complementos de Diego Carbonell, t. II, Buenos Aires, Imprenta López, 1947, p. 9 (Citado en: José Agustín de la Puente Candamo. *La independencia del Perú. Op. Cit.*, p. 192).



Ilustración número 28  
Simón Bolívar, por el pintor José Gil de Castro  
(Wikimedia Commons)

militar y político ordinario y extraordinario, lo que equivalía a una dictadura sin ese nombre.<sup>56</sup> De cara al público y a los medios, y merced a su extraordinario carisma y capacidad oratoria, Bolívar aparecía en términos epidérmicos como el líder admirado en quien los habitantes de una deslumbrada Lima estaban depositando su confianza para el logro de la Independencia. No obstante, una lectura más atenta y fría de las fuentes permite vislumbrar que, en privado, Bolívar buscó desde el comienzo avasallar e intimidar a los miembros del Congreso y a todas las autoridades peruanas en general con el objeto de concentrar el poder en el plazo más breve.

Movido por su insegura posición política y convencido de que Bolívar y sus fuerzas colombianas eran una amenaza para el Perú, Riva-Agüero dio, en noviembre de 1823, el paso de ofrecer al virrey La Serna (con quien ya había intentado negociar antes un armisticio) una alianza con el doble propósito de deshacerse de Bolívar y de los colombianos y de propiciar una independencia peruana según un modelo monárquico parecido al que había propuesto San Martín en 1820. El virrey La Serna no alcanzó a responder esta propuesta, las tratativas de Riva-Agüero fueron descubiertas, y éste terminó aprisionado por el militar peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente, antiguo colaborador suyo, quien parece haber actuado por instigación de Bolívar. Escapado a duras penas de la furia de éste por acción espontánea de Guisse, el jefe de la marina peruana, quien liberó a Riva-Agüero de su prisión a la fuerza, el presidente peruano depuesto terminó en el exilio a comienzos de 1824. De más está decir que, por su noble lealtad a su antiguo jefe,

---

<sup>56</sup> Gonzalo Bulnes. *Las últimas campañas...* Op. Cit., pp. 404 y s.

Guisse se ganó la animadversión y el odio de Bolívar, quien parece haber presionado en más de una ocasión, siempre en forma verbal y reservada, para conseguir la ejecución de Riva-Agüero.<sup>57</sup>

En este contexto tan insólito por lo inapropiado, a fines de 1823, y cuando Bolívar ya tenía meses en el Perú, tuvo lugar, como se ha dicho antes, un intento de la diplomacia colombiana de despojar al Perú de la mayor parte de sus territorios amazónicos.

Sin dejar de mencionar que el desenlace final del régimen de Riva-Agüero fue en gran parte ocasionado por una actitud de exagerado apego al poder, también debe tenerse en cuenta que, al momento de su caída, dicho personaje encabezada toda una corriente patriótica peruana, de corte popular, que veía al ejército auxiliar colombiano como una fuerza enemiga altanera y prepotente que concentraba todos los privilegios. Decía una fuente de la época que, luego de la llegada de Bolívar y de su exaltación como Director del Perú con poderes dictatoriales, todo se invertía “en hacer excelentes vestuarios a las tropas auxiliares, y ocurrir a sus pagos y socorros puntuales, siendo éstas constantemente atendidas con preferencia a las peruanas.”<sup>58</sup> Esta percepción perduró luego de la salida de Riva-Agüero. Por esos días, Bolívar se refirió a este poderoso sentimiento nacional peruano con la metáfora de un “altar” y a Riva-Agüero con la de un “ídolo”: “El altar ha quedado todo entero en pie y sólo

---

<sup>57</sup> En un lamentable hecho de un tiempo posterior, entre 1825 y 1826, durante la dominación bolivariana, Guisse fue públicamente vejado por las autoridades colombianas (Mariano Felipe Paz Soldán. *Historia del Perú independiente*. Segundo período (1822-1827), tomo primero. Lima, MDCCCLXX, pp. 308-312).

<sup>58</sup> Marqués de Torre Tagle. *Manifiesto del Marqués de Torre-Tagle, sobre algunos sucesos notables de su gobierno*. Lima, 1824, p. v.

falta el ídolo que fue arrojado para que dejara el puesto al sucesor que le espera. Este altar debe destruirse.”<sup>59</sup>

La situación de los patriotas continuó empeorando. En enero de 1824, Bolívar cayó enfermo por una crisis de tuberculosis y se retiró al pueblo de Pativilca. En los primeros días de febrero, las tropas rioplatenses que guarnecían los Castillos del Callao, liderados por un oscuro sargento llamado Dámaso Moyano, se sublevaron por falta de pago. El desastre fue total, porque los castillos terminaron en manos del coronel realista José Casariego que había estado prisionero allí. También durante ese convulso mes de febrero, tuvieron lugar el nombramiento de Bolívar como dictador por un desesperado Congreso, así como una nueva ocupación de Lima por los realistas al mando del general Juan Antonio Monet. Fue entonces cuando las cosas llegaron a su punto más crítico. En este ambiente de incertidumbre, temeroso de perder la vida y acompañado por el vicepresidente Diego de Aliaga, de numerosos funcionarios y por más de doscientos oficiales del ejército, el presidente Tagle se pasó al bando realista. Equivocado o no, Tagle había llegado a la misma conclusión que Riva-Agüero sobre las reales intenciones de Bolívar. Sus palabras, incluidas en el *Manifiesto* que publicó con fecha 6 de marzo de 1824, no pueden dejar margen a dudas: “O Perú, suelo apacible en que vi la luz primera; suelo hermoso que parece destinado para habitación de los dioses: no permitas que en tu recinto se levanten templos a la tiranía, bajo la sombra de la libertad [...]. De la unión sincera y franca de peruanos y españoles, todo bien debe esperarse; de Bolívar, la desolación y la muerte”.<sup>60</sup> Vista desde el presente, sobre todo en la perspec-

---

<sup>59</sup> Gonzalo Bulnes. *Las últimas campañas...*, pp. 414 y s.

<sup>60</sup> Marqués de Torre Tagle. *Manifiesto del Marqués de Torre-Tagle. Op. Cit.*, pp. xix y s.

tiva de la historiografía bolivariana, esta actitud ha llegado a ser calificada como un acto de traición, sobre todo porque fue precedida de contactos de Tagle y de sus allegados con el bando del virrey que inicialmente fueron ordenados por Bolívar para ganar tiempo, pero que terminaron tomando otro giro favorable a un entendimiento con los realistas. Contemplado a la luz de las circunstancias de ese momento, un acercamiento entre realistas y patriotas del país era visto como deseable probablemente por la mayoría de los peruanos, como una forma de finalizar la guerra civil y de detener una destrucción que cada vez era más pavorosa, y no únicamente como un ardid, como deseaba Bolívar.<sup>61</sup> Aun considerando las peculiaridades de cada caso, no olvidemos que una fórmula semejante de acuerdo entre patriotas y realistas había sido aplicada con éxito en 1821 en México. Los factores que hicieron imposible la aplicación de esta fórmula en el Perú de 1824 fueron el deseo de Bolívar de erigir a la Gran Colombia como un poder hegemónico sobre el Perú y, sobre todo, la renuente actitud del virrey La Serna y de las autoridades peninsulares a conceder la independencia, que se veía ahora reforzada por la cerrazón del monarca español Fernando VII en la nueva fase absolutista que entonces vivía España luego de la derrota de los liberales en 1823. Pero ello no disminuía la conveniencia de esta posible fórmula de avenimiento pacífico, así como su sentido constructivo, teniendo en cuenta los intereses peruanos y el caos —probablemente intencional— en que entonces se hallaba sumido el naciente país.

---

<sup>61</sup> “El general Bolívar deseaba que el convenio particular con los españoles no se hiciera aunque fuera bajo la base de la independencia: quería que se propusiera una cosa que no se había de cumplir, y yo estuve siempre decidido a obrar de buena fe, a llenar exactamente mis deberes y dar la paz al Perú, uniendo sinceramente (a) españoles y peruanos” (Marqués de Torre Tagle. *Manifiesto... Op. cit.*, p. xi).



Ilustración número 29  
José Bernardo de Tagle con la banda presidencial peruana (1823)  
(Wikimedia Commons)

El hartazgo contra las fuerzas extranjeras, presentes desde 1820, había llegado, pues, a su límite. El 3 de mayo de 1824, dos meses después de la defección de Torre Tagle, William Tudor, Cónsul General de los EEUU, escribía desde Lima al Secretario de Estado John Quincy Adams: “Desafortunadamente para el Perú, los invasores que llegaron a proclamar la libertad y la independencia eran crueles, rapaces, despojados de principios e incapaces. Su mala administración, su espíritu de derroche y su sed de saqueo, pronto alienaron el afecto de los habitantes.”<sup>62</sup> Como han señalado los defensores de Bolívar, el *Manifiesto* de Torre Tagle incluía también expresiones cuestionables, tales como la mención, por parte de los aristócratas peruanos, a “nuestras fortunas”<sup>63</sup> perdidas, lo que equivalía a referirse, de manera egoísta, a sus intereses como antiguo grupo de poder, en una reacción típica de las oligarquías que ven perder sus privilegios. Pero el problema era que los más afectados por la violencia y los saqueos no eran los nobles, los grandes comerciantes o los terratenientes –antiguos beneficiarios del orden virreinal– sino las capas populares, que por lo general se encontraban entre dos fuegos. Por otro lado, en el ambiente militar, las rencillas entre los soldados colombianos y peruanos eran pan de todos los días. El anticolombianismo no era exclusivo de los ricos peruanos como Torre Tagle. Se percibe también en los sectores populares, como aparece de manera tan clara en estas palabras del guerrillero Ignacio Quispe Ninavilca, quien defendió claramente a Riva-Agüero:

---

<sup>62</sup> Cit. en: Alfonso W. Quiroz Norris. *Corrupt Circles... Op cit.*, p. 90 (traducción del autor).

<sup>63</sup> Marqués de Torre Tagle. *Op. cit.*, p. xix.

“Colombia ha venido a invadir nuestros hogares y saciar su ambición con el fruto de nuestro trabajo. ¿Cómo es posible permitir que esta raza aventurera nos subyugue y aniquile nuestra sangre? [...] A ese monstruo [Bolívar], paisanos, que pretende llevarnos a esclavizar en sus pueblos en Colombia y traer acá colombianos [...] lo apoyan en Lima y sostienen su crueldad cuatro aduladores [...] sólo Riva-Agüero es quien ha de salvarnos de las uñas de estas fieras.”<sup>64</sup>

Además de su furia contra Bolívar, Quispe Ninavilca se refería aquí al aborrecido e impopular sistema de “reemplazos”, por medio del cual las bajas de los cuerpos colombianos eran cubiertas por peruanos reclutados a la fuerza. En general, el escenario de 1824 en el Perú era de campos devastados, pobreza, imposición de cupos, de requisa de cosechas y de ganados, y también de bandidos y de cimarrones, todo ello dentro del más absoluto desorden social en ausencia de tropas disciplinadas de uno u otro bando. Ello era grave en la vieja capital, aunque de ningún modo se limitaba a ella. El 19 de julio de 1824, Thomas Rowcroft, Cónsul General de Su Majestad Británica en el Perú escribió lo siguiente: “La angustia de esta ciudad empieza a ser grande. La carne, el pan, etc., se están volviendo escasos debido a la cantidad de soldados que la rodean. Todo es requisado: caballos, mulas, carretas, labradores y artesanos.”<sup>65</sup>

Para muchos peruanos de la época, Bolívar aparecía como una especie de usurpador napoleónico. El *Gran Corso* había conquistado media Europa, sometiénola al

---

<sup>64</sup> Jaime E. Rodríguez O. *La independencia de la América española. Op. cit.*, pp. 397 y s.

<sup>65</sup> C.K. Webster (Editor). *Britain and the Independence of Latin America, 1812-1830* (Select documents from the Foreign Office Archives). London, New York, Toronto: Oxford University Press, 1938, Volumen I, p. 515 (traducción del autor).

yugo de Francia (como había ocurrido con la propia España), declarando que no hacía sino difundir las ideas de la Revolución Francesa contra los tenebrosos regímenes absolutistas. Similar contraste se observaba entre la manera en que Bolívar se presentaba a sí mismo como heraldo de la libertad frente al poder realista (imagen que perdura en gran parte hasta el presente), y su conducta política concreta, sobre todo en el ámbito internacional, que había traslucido de manera tan nítida en el asunto de Guayaquil. El ejemplo de Napoleón era demasiado cercano como para pasar desapercibido. A ello habría que añadir, como se ha visto, la actitud de las fuerzas colombianas en el Perú que, como había ocurrido con las de origen rioplatense y chileno, se comportaban en los hechos como fuerzas de ocupación. De esta manera, John Lynch ha destacado que el nacionalismo peruano no se despertó contra España, sino frente a las otras nacionalidades hispanoamericanas.<sup>66</sup>

Si Bolívar había expresado, desde antes, fuertes críticas con relación a la sociedad peruana, ellas se acentuaron luego de los sucesos de febrero y marzo de 1824, al punto de que –según el testimonio del marino estadounidense Hiram Paulding– sólo hablaba denuestos contra los peruanos.<sup>67</sup> Aunque llegó a amenazar con irse del Perú si

---

<sup>66</sup> John Lynch. *Las revoluciones hispanoamericanas...* *Op. cit.*, p. 325.

<sup>67</sup> “Lo que me sorprendió sobremanera, fue el oír las comparaciones que hizo cuando pasó de Colombia a hablar del Perú. Condenó a los peruanos en términos generales [...]. En suma, sus denuestos fueron ásperos y sin reserva. A mí desde luego me pareció que aunque fuesen justas sus observaciones, eran impolíticas, extemporáneas y capaces de perjudicarlo seriamente en el afecto de las gentes de aquel país, al paso que era imposible que en ningún caso produjesen provecho alguno. Luego me dijeron que siempre solía hablar así de los peruanos, y a esto creo que debe con razón atribuirse, el que aquellos habitantes no mostrasen mayor gratitud hacia los colombianos por el fraternal socorro que les dieron para arrojar a los españoles de su país”. En: “Visita a Bolívar en Huaraz (1824)” de la *Colección Documental de la Independencia*



Ilustración número 30  
Napoleón Bonaparte cruzando los Alpes, por Jacques-Louis David  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 31  
Monumento ecuestre a Bolívar en la Plaza del Congreso de Lima  
(Wikimedia Commons)

no recibía más apoyo de Colombia, Bolívar se quedó, motivado por la convicción de que la seguridad de Colombia dependía –ahora más que nunca– de la destrucción del poder realista, que estaba en un momento de relativa fortaleza. En otras palabras, su referencia era el interés grancolombiano. Bolívar estableció su base de operaciones en el Norte del Perú donde, a diferencia de otras zonas, la población se manifestaba inclinada por la Independencia. En esos meses, el trabajo abnegado de las poblaciones de esos territorios norteños, sus recursos naturales, y los bienes de la Iglesia nutrieron al Ejército Libertador. De la Gran Colombia, sobre todo de Quito, llegaron también recursos y miles de soldados de refuerzo. Por esta época Bolívar tuvo a su lado, en calidad de Ministro General, al peruano José Faustino Sánchez Carrión, gran defensor del sistema republicano y rival ideológico del monarquista Monteagudo.

En contraste con el Norte del Perú, los territorios del Sur se habían convertido en el último bastión realista. Como se ha dicho, desde 1822 la sede de gobierno del virrey La Serna era la ciudad del Cusco. Varios historiadores han hecho notar que el espacio de este bastión coincidía con el que tuvo el gran levantamiento de Pumacahua y de los hermanos Angulo, que se llevó a cabo entre 1814 y 1815. Entre las explicaciones que se pueden hacer de esta situación, se puede señalar que, esta vez, no había el sustento ideológico y político, de corte liberal, que la Constitución de Cádiz había proporcionado en la fase anterior de las luchas emancipadoras. En su reemplazo, el

*del Perú*. Tomo XXVII. *Relaciones de Viajeros*, volumen segundo. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971, p. 442. (Traducido de Hiram Paulding, *A Sketch of Bolivar in his Camp*. New York: A.T Goodrich and J. Willey, corner of Broadway and Cedar – street, 1834, pp. 67-68).

Sur estaba dominado ahora por la propaganda realista, y la misma presencia del Virrey era un disuasivo contundente para todo atisbo de rebelión organizada. Tampoco hay que descartar que las poblaciones del Sur hayan procesado su regionalismo –que fue una de las raíces de los movimientos anteriores– en la forma de un retorno popular a la fidelidad del Monarca.<sup>68</sup> Los huantinos, feroces guerrilleros montados del área de Ayacucho, fueron realistas aún hasta después de la Independencia.<sup>69</sup> Lo cierto es que, para 1824, la causa del Rey era dominante en el Sur, aunque el cuadro distaba mucho de tener carácter idílico. Como sucedía en el Norte, el esfuerzo de guerra realista requería de hombres y recursos que eran obtenidos de manera brutal en la nueva capital serrana, en su *hinterland*, y en localidades como Huamanga o Arequipa, que eran controladas con mano de hierro por los jefes realistas. Ello había ocurrido desde los días en que La Serna se encastilló en la Sierra. Por ejemplo, en abril de 1822, la matrona huamanguina María Parado de Bellido fue ejecutada por el cruel brigadier José Carratalá, bajo el cargo de servir de enlace de los enemigos de la causa del Rey.

Años después, el general Valdés recordaría que era preciso vigilar a la infantería realista, compuesta de campesi-

---

<sup>68</sup> “El problema sin solución, para los historiadores de este período, es el porqué una ciudad y una región del Perú, que en 1814 y 1815 habían mostrado un inequívoco deseo de independencia, se convierten entre 1821 y 1824, en el centro realista determinante de la resistencia a la revolución por la Independencia [...] Puede concluirse quizás, que el particularismo regional fue finalmente más importante a los cusqueños que el nacionalismo” (John Fisher. “La formación del estado peruano (1808-1824) y Simón Bolívar”. En: Inge Buisson y otros. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*. Böhlau Verlag KölnWien, 1984, pp. 465-480. La cita corresponde a la página 479).

<sup>69</sup> Cecilia Méndez. *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*. Durham and London: Duke University Press, 2005, pp. 33 y otras.



Ilustración número 32  
José Carratalá  
(Wikimedia Commons)

nos indios, porque muchos de sus integrantes preferían despeñarse en los pasos de la cordillera antes de continuar sirviendo en el ejército, como una manera elocuente de señalar que esta guerra no les concernía. Si bien la tendencia de las poblaciones andinas del Sur fue la de apoyar al bando realista, también es cierto que la enorme complejidad social, lingüística y económica de las poblaciones rurales de esa porción del territorio peruano hacía imposible generar una respuesta uniforme entre las alternativas del realismo, de la Patria o de la simple marginación política y personal.

Pese al brillo administrativo y estratégico de Bolívar, y también a pesar del apoyo que recibía en el Norte peruano, su posición no dejaba de ser débil frente a los realistas. No obstante, justo cuando el virrey La Serna pudo haber concebido una operación para marchar hacia el Norte y destruir al Ejército Libertador, comenzaron a confirmarse, en el campo de Bolívar, inesperadas nuevas desde el Alto Perú: el 11 de febrero de 1824, Pedro Antonio de Olañeta, jefe de las fuerzas realistas de ese territorio, había ingresado en Chuquisaca y proclamado la monarquía absoluta, en abierta rebelión contra el virrey La Serna. ¿Qué había pasado?

Otra vez, como había ocurrido en 1808, la vida política en la Península modificó el curso de los acontecimientos en América del Sur. Desde fines de 1823 habían comenzado a llegar noticias sobre la restauración de Fernando VII en su trono absolutista, llevada a cabo por un ejército francés de la etapa post-napoleónica a las órdenes del duque de Angulema. Ante el motín de Olañeta de febrero, el virrey La Serna envió el mes siguiente a su general más sagaz, Gerónimo Valdés, para que buscara un avenimiento con Olañeta, que a final de cuentas nunca llegó a conseguirse. Esta crisis dividió a los realistas en un

momento crucial y dio un tiempo precioso a Bolívar para organizar y emprender su campaña a la Sierra.

El 15 de junio de 1824, las fuerzas de Bolívar partieron de Trujillo, rumbo a la Sierra, en lo que fue el inicio de la más brillante y significativa campaña militar de la Independencia. Guillermo Miller, oficial inglés al servicio del Ejército Libertador, pintó así el retrato de estas fuerzas en los prolegómenos de la batalla de Junín:

“En este llano, rodeado por objetos y vistas tan grandiosas, y al margen del magnífico lago de los Reyes [...] estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido en Maypo, en Chile, en San Lorenzo, en las orillas del Paraná, en Carabobo, en Venezuela y en Pichincha, al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos, valientes defensores de la libertad y la independencia de su patria, había algunos extranjeros fieles aún a la causa, en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Entre los que sobrevivían a tantos peligros y tantas fatigas, se hallaban hombres que habían combatido en las orillas del Guadiana y del Rhin, y que habían presenciado el incendio de Moscú y la capitulación de París.”<sup>70</sup>

El 6 de agosto de 1824, la caballería patriota derrotó a su par realista en Junín, en el Centro del país. Luego de este encuentro, Bolívar bajó a la costa en dirección a Lima. Dejó el ejército al mando de Sucre, quien se desplazó hacia el Sur, en búsqueda de los realistas. El 9 de diciembre, su ejército venció en Ayacucho a lo principal de las fuerzas realistas bajo órdenes directas del virrey La

---

<sup>70</sup> Mr. John Miller. *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú* (con un estudio preliminar de Percy Cayo Córdova). Lima: Editorial Arica, 1975, tomo II, pp. 110 y s.



Ilustración número 33  
Guillermo Miller en tiempos de las campañas militares de la  
Independencia  
(Wikimedia Commons)

Serna. “De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur”, había dicho Sucre a sus tropas, recorriendo el campo a caballo, cuando se iniciaba el encuentro, en momentos en que las masas realistas comenzaban a bajar por el cerro Condorcunca. De este encuentro militar dependió, en efecto, el fin o la continuación por algún tiempo de la dominación española, pero también (en la mente de Sucre) si el *hegemón* de la América del Sur iba a ser la Gran Colombia o el Perú. Antes de la batalla, en lo que fue una imagen gráfica de esa guerra civil que fueron las luchas por la Independencia en esta parte del mundo, parientes y amigos peruanos que se encontraban en los bandos enfrentados se abrazaron y se despidieron antes de regresar a sus puestos para empuñar las armas.<sup>71</sup>

Como evocó el historiador José de la Riva-Agüero más de ochenta años después de la batalla en una de las citas iniciales de este estudio, sólo unos pocos cientos de oficiales del *Ejército Nacional* de La Serna eran peninsulares, mientras que la inmensa mayoría de los miles de realistas que habían participado en el encuentro eran nacidos en el Perú. Cuando, ya capturado el Virrey y estando vencido el ejército real, el general Canterac se presentó en el campo patriota para iniciar conversaciones, dijo en forma elocuente que le parecía estar viviendo un sueño. Otra imagen representativa de la época la dio el emisario

---

<sup>71</sup> Dice sobre el particular el libro *Campaña del Perú* de Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor General Libertador: “A las nueve (del día de la batalla) el general Monet bajó a la línea, hizo llamar al general Córdova y tuvieron una corta entrevista. Muchos oficiales de los dos ejércitos, relacionados con vínculos de sangre y amistad, tuvieron el placer de verse y abrazarse y no faltaron hermanos de distintas opiniones que, al mirarse después de mucho tiempo de separación, derramasen un torrente de lágrimas. Después de esta escena tan patética que duró media hora, cada uno se retiró a su campo” (Cit. en: Gonzalo Bulnes. *Últimas campañas de la Independencia del Perú... Op. cit.*, p. 594).



Ilustración número 34  
Batalla de Junín, 6 de agosto de 1824  
(Wikimedia Commons)



Ilustración número 35  
Batalla de Ayacucho, 9 de diciembre de 1824 (c. 1830).  
(Wikimedia Commons)

patriota que se dirigía a la Costa con la noticia de la victoria, quien fue cercado y muerto por campesinos realistas en uno de los pasos de la cordillera.

Las fuerzas realistas de las fortalezas del Callao, al mando de José Ramón Rodil, resistieron hasta enero de 1826 en la vana esperanza de recibir refuerzos desde España. Antes de su rendición, el refugiado marqués de Torre Tagle había fallecido oscuramente, de enfermedad, en medio de las penurias del largo asedio.<sup>72</sup>

### **9.8 Algunos comentarios sobre la guerra civil de 1820-1824**

Visto en perspectiva, resulta inadecuado resumir todo el proceso de la guerra civil de 1820-1824 como la lucha entre patriotas peruanos, ayudados por chilenos, rioplatenses y colombianos, contra “españoles” deseosos de mantener su opresión contra una población local que luchaba por su libertad. La pintura real muestra otra cosa. Como hemos visto, el bando “español” estaba conformado en su abrumadora mayoría por nacidos en el Perú. En la simple descripción empírica de los acontecimientos se observan demasiados huecos por donde se filtra otra luz que sí parece dejar más en claro las cosas tal y como ocurrieron. Estamos hablando no sólo de fuentes originadas en los protagonistas del proceso, peruanos o americanos de otras partes de Sudamérica, sino también –lo que es quizá más importante– de testimonios de viajeros y funcionarios provenientes de áreas lejanas, como Europa o los EEUU, que –salvo pocas excepciones– observaban los acontecimientos con relativa distancia y al margen de las

---

<sup>72</sup> José Ramón Rodil. *Memoria del sitio del Callao. Op. Cit.*; Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú. Op. Cit.*, pp. 94-98.

pasiones que solían envolver a los bandos enfrentados. Este cuadro auténtico se alteró a la larga, en el recuerdo de los peruanos de generaciones posteriores, no sólo por la ausencia de una versión coherente de los realistas peruanos vencidos, sino también por las sucesivas deformaciones llevadas a cabo, de manera consciente o inconsciente, por la historiografía nacional desde mediados del siglo XIX.

Pese al entusiasmo por la Independencia que hubo en algunos sectores del Perú desde la llegada de San Martín y de la proclamación de la Independencia (1820-1821), la población peruana terminó recelando de los libertadores que provenían del Río de la Plata, Chile y la Gran Colombia. Ello se produjo, por lo menos desde 1822, como una reacción frente al caos económico y social en que comenzó a sumirse el Perú y también debido al choque cultural entre locales y foráneos, que no dejaba de ser importante. La percepción generalizada, iniciada con la llegada de las fuerzas de San Martín y corroborada y aumentada con el arribo de las tropas colombianas, era que estos ejércitos americanos se comportaban, en los hechos, como violentas fuerzas conquistadoras. Como señala el historiador ecuatoriano Jaime Rodríguez, un sentimiento muy parecido llegó a forjarse entre la población de Quito y de Guayaquil cuando los libertadores neogranadinos y venezolanos vencieron a los realistas y se apoderaron de esos territorios. El hecho de que un importante sector peruano haya apoyado a estas fuerzas rioplatenses, chilenas y grancolombianas contra los realistas no desdibuja este sentir. Este grupo pensaba que la presencia de estas fuerzas era el (muy duro) precio que debía pagarse para conseguir la Independencia política.

Además de las circunstancias de corto plazo, es evidente que el “clima psicológico” peruano y, sobre todo, limeño

(para usar una expresión de Jorge Basadre), tendió a crear, desde el comienzo, discrepancias entre los libertadores foráneos y la población peruana. Veamos el caso del antiespañolismo. Como se comentó antes, el tucumano Bernardo Monteagudo condujo en Lima una campaña feroz de maltrato y deportación contra los españoles radicados en Lima. Dice el historiador canadiense Timothy E. Anna que el clímax de esta política de expulsiones, que tuvo lugar –como ya hemos visto– el 2 de mayo de 1822, fue “un acto de violencia sin paralelo y abuso a los derechos humanos sin precedentes”. De manera paradójica, esta acción fue justificada por Monteagudo, en un estilo que recuerda al de Robespierre o Saint Just durante la Revolución Francesa, como “un acto solemne de expiación [...] y un memorable ejemplo de venganza”.<sup>73</sup> Para Monteagudo, cuyas ideas radicales se habían forjado en las cruentas guerras rioplatenses, eliminar españoles era equivalente a consolidar la Independencia. Este espíritu chocó con el sentir de la población limeña de todas las clases sociales. Es casi seguro que este malestar popular, que se sentía muy injusto (por tratarse de un abuso contra españoles que habían vivido en el Perú por décadas y que tenían un importante rol social y económico) haya sido uno de los ingredientes de los motines que rodearon la destitución de Monteagudo el 25 de julio de 1822. Es improbable que la política antiespañola haya sido un disfraz para reducir la economía peruana a la ruina de manera deliberada, pero los efectos fueron los mismos.

Por otro lado, en cuanto a los peruanos que apoyaron al bando realista, a la apreciación sobre el caos en que se sumía el Perú se añadía, sobre todo en las clases más ilus-

---

<sup>73</sup> Timothy E. Anna. *La caída del gobierno español en el Perú*. *Op. cit.* pp. 273.

tradas, la idea de que las intervenciones extranjeras, sobre todo la que encabezó Simón Bolívar desde 1823, iban a representar, en el corto plazo, un debilitamiento del país e, inclusive, su desaparición por absorción territorial. Como los peruanos que entre 1810 y 1815 apoyaron a Abascal y lucharon por recuperar Quito, Chile y el Alto Perú (buscando retornar a la situación previa a la geopolítica de los Borbones y restaurar el gran espacio de tiempos de los Austrias), los peruanos que combatieron junto a los virreyes Pezuela y La Serna hasta 1824 contra rioplatenses, chilenos y grancolombianos, pensaban que los intereses permanentes del Perú, sobre todo económicos y territoriales, estaban mejor protegidos por la Monarquía española que por las fuerzas patriotas foráneas. Los peruanos realistas desde el tiempo de Abascal hasta el de La Serna compartieron la misma percepción sobre los libertadores americanos como una amenaza a la civilización representada por el viejo orden virreinal. Hubo una línea de continuidad en este grupo. Incluso tenían un nombre en el lenguaje habitual de los colombianos: estos peruanos realistas eran llamados “los vencedores de catorce años”. Desde esta óptica, es evidente que nos encontramos muy lejos de estar hablando, de manera reduccionista, de fuerzas “oscuras” o “reaccionarias” que sólo ansiaban mantenerse en las “tinieblas” del Virreinato, como se reitera en los testimonios patriotas de la época y, por supuesto, en la historiografía de los otros países hispanoamericanos. Esta visión fue forjada por los triunfadores de la guerra civil, pero la realidad era más compleja que el estereotipo.

Los historiadores hispanoamericanos, sobre todo los venezolanos, han tendido a asociar la posición realista de los peruanos con el egoísmo elitista de sus clases altas —expresado en la primera mitad de 1824 con la deserción

de Torre Tagle— que estaban temerosas de perder la posición privilegiada que habían tenido durante el Virreinato. En gran parte, esto es cierto, aunque se trata de una reacción similar a la que habría tenido cualquier elite en el mundo ante circunstancias parecidas. El problema radica en que esta tesis no explica por qué la animadversión y la desconfianza frente a los colombianos era también moneda corriente en ambientes nada aristocráticos como el ejército y las guerrillas. Ya hemos visto el caso del guerrillero Quispe Ninavilca. En cuanto al ejército peruano, el caso de Ramón Castilla, quien llegó a ser Presidente del Perú a mediados del siglo XIX, es bastante elocuente. Castilla, natural de Tarapacá, comenzó las guerras de la Independencia combatiendo en el lado realista como joven cadete. Después, a la llegada de las fuerzas de San Martín, se pasó al bando patriota, a diferencia de su hermano Leandro quien permaneció fiel al bando realista. Dice el historiador Jorge Basadre:

“Cuando se hallaba Castilla en Trujillo a fines de diciembre de 1823 en la tarea de completar los escuadrones de los Coraceros de la Guardia, recibió el calificativo de insubordinación (según se ha dicho) su actitud altiva ante la orden de Bolívar para que entregara las fuerzas que mandaba a [1 militar colombiano] Trinidad Morán. De acuerdo con otra versión (recogida en unas *Efemérides* por José Toribio Polo) se produjo un duelo entre los Coraceros del Perú y los Húsares de Colombia el 26 de diciembre de 1823. Morán hizo poner a Castilla una barra de grillos y lo condujo hasta el cuartel general de Caraz en una mula aparejada. Castilla se negó a aceptar la orden de encarcelamiento, impartida contra él. Bolívar dispuso que continuase preso en su alojamiento; y luego ordenó su libertad con la condición de que se presentara al jefe de la división peruana, general La Mar, para que éste lo destina-

ra como tuviere por conveniente. La Mar lo incorporó como ayudante al Estado Mayor General del Ejército Unido Libertador. Fue así como Castilla no pudo combatir en Junín a la cabeza del escuadrón de caballería que él había formado. En la batalla de Ayacucho recibió una doble herida de lanza y bala y fue citado en el parte que escribió Sucre como “muy digno de una distinción singular”. Cuéntase que llegó a ser conducido al mismo hospital donde se curaba su hermano [Leandro] que había seguido leal a la causa realista y que, como capitulado de Ayacucho, se embarcó a España. La Mar solicitó su ascenso en el campo de batalla, que no fue concedido.”<sup>74</sup>

Como se puede apreciar con nitidez, el anticolombianismo peruano era la otra cara de la medalla del antipe-

---

<sup>74</sup> Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú*. Lima: Empresa Editora *El Comercio* S.A., 2005, tomo 4, p. 117. Según el mismo Basadre, otra versión sobre los maltratos sufridos por Castilla a manos de los colombianos, esta vez de Juan Gualberto Valdivia, biógrafo de Castilla, añadía lo siguiente: “Los enemigos de Castilla lo calumniaron ante el Libertador y éste, haciendo uso de su genio violento, sin juzgarlo, le hizo poner una barra de grillos, conduciéndosele hasta el cuartel general de Caraz en una mula aparejada. El jefe de Estado Mayor colombiano ordenó que en Caraz se le pusiese en la cárcel en prisión, para seguirle juicio. Cuando Castilla supo tal orden se resistió, exigiendo que el Libertador mandase asesinarlo; pues estaba dispuesto a resistir una orden que era propia para otro género de crímenes y no para un soldado de honor. Puesto en noticia del Libertador, dio este orden para que Castilla quedase preso en su alojamiento; y poco después decretó su libertad...” (Ibid, p. 117). No resulta extraño que Castilla –quien llegó a ser probablemente el más famoso presidente peruano– haya conservado durante toda su vida una gran animadversión frente a Bolívar, a quien mencionó de manera despectiva en su correspondencia más de una vez. Por otro lado, la referencia al duelo entre los Coraceros del Perú y los Húsares de Colombia que tuvo lugar el 26 de diciembre de 1823, coincide con esta cita contenida en el *Manifiesto* de Torre Tagle de 1824: “Es tan verdadero que Bolívar ha tratado de perseguir sin causa a todo peruano de aptitudes y que puede figurar, que cuando al general de brigada La Fuente se debió la última transformación de Trujillo [la prisión de Riva-Agüero] y que se titulase a aquél Pacificador del Norte, [Bolívar] trató al instante de derribarlo. La Fuente hizo que se sostuviesen los coraceros peruanos y escarmentasen a los húsares de la guardia de Bolívar, que querían atropellarlos” (Marqués de Torre Tagle, *Manifiesto*. *Op. cit.*, pp. xvii y s.).



Ilustración número 36  
Ramón Castilla  
(Wikimedia Commons)

ruanismo que exhibían casi todas las fuerzas colombianas, comenzando por el propio Bolívar. Además del episodio mencionado, recordemos, por ejemplo, las intrigas que llevó a cabo Sucre para eliminar políticamente a Riva Agüero en 1823, con el único propósito de preparar el terreno para la llegada de Bolívar al Perú.

No era sólo cuestión de diferencias culturales o de mayor o menor antipatía personal. Aún en el caso de que hubieran existido casos de camaradería entre las fuerzas peruanas y las colombianas (que de hecho los hubo), lo que resulta relevante es adentrarse en el espinoso tema de las relaciones interestatales entre la Gran Colombia y el Perú. Aquí es preciso apreciar el tema desde una óptica internacional realista, porque todos los estados suelen actuar en función de sus intereses, buscando ampliar su influencia política y económica, estableciendo equilibrios de poder con los vecinos y absorbiendo incluso territorios cuando las circunstancias son propicias. El escenario de las guerras de Independencia no fue la excepción a esta regla. Por ejemplo, como ya hemos visto, parece muy claro que Bolívar vio a la Gran Colombia como el nuevo *hegemón* de la mitad occidental de Sudamérica, destinado a reemplazar al Perú en términos de presencia política, de poder económico y de extensión territorial. En tiempos de la *Carta de Jamaica* y de la absorción de Guayaquil por la Colombia, Bolívar veía al Perú como una amenaza que había que neutralizar. Dice John Fisher sobre la base del estudio detallado de la correspondencia del *Libertador*: “En cierta medida su decisión de ir personalmente al Perú en agosto de 1823 significaba el deseo de proteger a Colombia de los peruanos”.<sup>75</sup> La verdad, sin embargo, parece haber sido justo la inversa porque, desde 1822,

---

<sup>75</sup> John Fisher. “La formación del estado peruano (1808-1824) y Simón Bolívar”. *Op. cit.* p. 468.

Bolívar no sólo consiguió arrebatar Guayaquil al Perú sino que, en 1825, apoyó al bando independentista del Alto Perú para conseguir la separación política de este territorio del Bajo Perú, en un movimiento que era el espejo invertido del impulso que, entre 1810 y 1815, dio el virrey Abascal al bando realista peruano con objeto de reincorporar y mantener Charcas bajo el poder de Lima, frente al peligro de la revolución bonaerense. Como lo ha estudiado el historiador Félix Denegri Luna, Bolívar y los líderes y burócratas gran-colombianos también dieron pasos concretos (aunque esta vez sin éxito) para arrebatar al Perú toda la inmensa región selvática de Maynas y de Quijos, y jamás aceptaron de buena gana la espontánea adhesión de la provincia de Jaén al Perú en 1821.<sup>76</sup> En plena campaña de Junín y Ayacucho, cuando el Perú vivía uno de sus peores momentos de desorden y de incertidumbre, el Congreso de la Gran Colombia promulgó en junio de 1824 una ley de demarcación territorial que incluía las provincias peruanas de Jaén de Bracamoros y de Maynas dentro del Departamento de Azuay. Esta arbitraria situación quedó reflejada después en el *Atlas* que José Manuel Restrepo publicó en París en 1827.<sup>77</sup> Esta clase de mapas gran-colombianos contribuyeron a deformar la percepción europea de los límites en la región donde nace el río Amazonas en el tiempo que siguió a la Independencia. Véase la ilustración número 37.

---

<sup>76</sup> Véase, entre otros materiales, el artículo del historiador chileno Cristián Guerrero Lira, titulado “Simón Bolívar y los conflictos territoriales entre Colombia y Perú, 1820-1829” (*Espacio Regional*, vol. 2, n<sup>o</sup> 7, Osorno, julio-diciembre de 2010). En este artículo, Guerrero plantea, desde el comienzo, que la Gran Colombia, bajo el gobierno de Simón Bolívar, “mostraba una política expansiva que impuso la incorporación de Guayaquil y fracasó en su intento por lograr el dominio sobre Jaén y Maynas” (p. 40).

<sup>77</sup> Félix Denegri Luna. *Perú y Ecuador. Apuntes para la historia de una frontera*. Lima: Bolsa de Valores de Lima-Instituto Riva-Agüero, 1996, p. 75.



Esta suerte de voluntarismo cartográfico contrastaba con la realidad. Ya hemos visto que Bolívar conocía con claridad los derechos del Perú que emanaban de la Real Cédula de 1802. Por otro lado, en su libro *Journal of a passage from the Pacific to the Atlantic, crossing the Andes in the Northern Provinces of Peru, and descending the river Marañon or Amazon* (publicado en Londres en 1829), el teniente de la marina británica Henry Lister Maw resumió el viaje que realizó por tierra desde el Perú hasta el Brasil cumpliendo órdenes de su comando. En enero de 1828, este viajero tomó contacto con autoridades peruanas en Iquitos y Pebas, en las orillas del río Amazonas, en el corazón de Maynas, antes de llegar al mes siguiente a la población brasileña de Tabatinga.<sup>78</sup>

Lo que hay que dejar muy claro es que, en la lógica de las relaciones internacionales, la intervención chilena y rioplatense, primero, y grancolombiana, después, tuvieron su origen en el interés de los nacientes estados sudamericanos del Sur y del Norte de consolidar sus independencias, destruyendo el foco y centro desde donde hubiera podido producirse una reacción realista. El origen de estas intervenciones (porque tal es su nombre técnico) no fue la fraternidad americana, como señalan *ad infinitum* los libros de texto de Historia en Sudamérica. Su origen fue una política de Estado.

---

<sup>78</sup> Henry Lister Maw (Lieut. R.N.). *Journal of a passage from the Pacific to the Atlantic, crossing the Andes in the Northern Provinces of Peru, and descending the river Marañon or Amazon*. London: John Murray, Albemarle-Street, MDCCCXXIX; Hugo Pereyra Plasencia. "El Perú en el mundo". *Op. cit.* p. 141.

## 10.

### COMENTARIOS FINALES<sup>79</sup>

Para finalizar, planteemos tres preguntas que consideramos cruciales:

#### **10.1 ¿Qué hubiera ocurrido si las fuerzas realistas del virrey La Serna hubieran derrotado al ejército patriota de Sucre en la batalla de Ayacucho?**

Esta pregunta ha sido muy poco planteada en el Perú, porque imaginar una derrota patriota en la batalla de Ayacucho resulta, para la sensibilidad nacional, y sobre todo para sus fuerzas armadas, algo casi tan chocante como plantear la posibilidad de que el Perú, como estado independiente, hubiera desaparecido. Sin embargo, como veremos, aunque parezca extraño imaginarlo, ambas situaciones estuvieron dentro de los márgenes de lo posible.

De haber ocurrido una victoria realista, Bolívar y los restos de las fuerzas colombianas que no hubieran perecido o caído prisioneras, habrían retornado al Norte, buscando hacerse fuertes en Guayaquil y en el Sur de lo que

---

<sup>79</sup> La idea de esta sección, referida esencialmente a preguntas contra fácticas y a la determinación de rumbos hipotéticos, se inspira en el libro de Niall Ferguson titulado *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?* Madrid: Taurus, 1998. Ferguson es uno de los más eminentes historiadores contemporáneos.

hoy es Ecuador. Su posición habría sido precaria, no sólo por la amenaza realista que podía provenir del Perú, sino porque la noticia de un descalabro en Ayacucho habría reactivado los reductos realistas del Norte de Sudamérica. De haberse producido una ofensiva realista desde el Perú parece probable imaginar un escenario final de equilibrio, que hubiera permitido tal vez a las fuerzas peruanas leales al Virrey apoderarse de Guayaquil y de Quito y penetrar hasta Pasto (zona esta última muy realista), preservándose para la causa patriota el grueso de la Nueva Granada y Venezuela, donde el sentimiento patriota era muy fuerte. Estos escenarios de equilibrio se produjeron durante las guerras de Independencia. Recordemos esa suerte de “empate” que se produjo entre las fuerzas de Abascal y las del Río de la Plata: los realistas peruanos recuperaron entre 1811 y 1815 el Alto Perú, pero no pudieron penetrar más allá de las zonas de Salta y Tucumán, donde fueron derrotadas. Esta situación permitió que Buenos Aires continuara siendo, en los cruciales años de 1815 a 1817, el bastión patriota del Sur.

En el caso de la situación en el Norte luego de un hipotético desastre patriota en Ayacucho, el resultado habría sido, en el corto plazo, un Perú realista que hubiera incluido el Bajo y el Alto Perú, así como Guayaquil y quizás Quito, regiones estas últimas donde la presencia neogranadina y venezolana era mal vista. No obstante, en el mediano plazo, la estabilidad de un Perú realista, dependiente de la Monarquía, también habría sido frágil no sólo por la virtual imposibilidad de España —exhausta después de las guerras napoleónicas— de prestar apoyo continuo a las autoridades de este inmenso territorio, sino también por la presión internacional —en particular sobre España— que ya estaba generando, desde 1822, una corriente orientada al reconocimiento de la

Independencia de los países sudamericanos. En septiembre de 1822, el virrey La Serna escribió a las autoridades españolas desde el Cusco, “urgiendo a la Península no reconocer la independencia de América, como había oído que se estaba contemplando”, afirmando que todavía podía mantener su control sobre el Perú.<sup>80</sup> Recordemos asimismo la difusión de la Doctrina Monroe en diciembre de 1823, por medio de la cual el gobierno de los Estados Unidos expresó el principio de no colonización contra las aspiraciones rusas a los territorios americanos Nor-occidentales y que representó, también, una advertencia a la Santa Alianza para que no interviniera en el Nuevo Mundo, en tiempos en que la Independencia de las naciones hispanoamericanas (salvo entonces la del Perú) tomaba un rumbo definido.<sup>81</sup>

En estas circunstancias, volviendo a un hipotético escenario posterior a una derrota patriota en Ayacucho, no habría sido resultado descabellado un desarrollo *a la brasileña*, que hubiese entrañado la constitución de una Monarquía independiente en el Perú, en la línea de la idea impulsada en un inicio por José de San Martín y Bernardo Monteagudo. Esta Monarquía independiente habría incluido lo que hoy son el Perú y Bolivia, y quizás también el futuro Ecuador, además de otros territorios.

## 10.2 ¿Cuáles hubieran sido los escenarios ideales de la Independencia del Perú?

En la historiografía tradicional de los países sudamericanos –incluso la de origen peruano– la vacancia de la Monarquía española y la invasión francesa a la Península

---

<sup>80</sup> Timothy E. Anna. *La caída del gobierno español en el Perú...* *Op. cit.*, pp. 277 y s.

<sup>81</sup> Gerhard Masur. *Simón Bolívar*. México DF: Biografías Gandesas, 1960, pp. 484 y s.



Ilustración número 38  
James Monroe  
(Wikimedia Commons)

de 1808 han sido vistas como una especie de compuerta que abrió, primero, un sentimiento autonomista en Sudamérica y, después, una definida visión separatista e insurgente frente al poder español que concluyó con la Independencia política de los nuevos países del Continente. No obstante, para el caso específico del Perú, el proceso de 1808 abrió, primero, la posibilidad de buscar un retorno a la situación geopolítica y territorial previa a los Borbones. Ello fue evidente entre 1811 y 1815, cuando el viejo virreinato encabezado por Abascal consiguió, sin la intervención de una España sumida hasta 1814 en una grave crisis internacional, que Quito, Chile y, sobre todo, el Alto Perú, retornaran a la autoridad de Lima. No obstante, como se vio en los hechos, se trataba de una situación precaria, porque la represión y el autoritarismo instaurados por Fernando VII y sus fuerzas absolutistas a su retorno de Francia, en 1814, tanto en la Península (contra los liberales) como en América (contra los insurgentes) hicieron que la revolución patriota se reactivara con fuerza, ganando legiones de adeptos, tanto en el Norte (en Nueva Granada y en Venezuela) como en el Sur (en el Río de la Plata y en Chile). De haber existido un rey con mayor tacto político que hubiera actuado como conciliador logrando con su prestigio una solución pactada, no habría resultado extraño que se hubiera logrado preservar la unidad de la Monarquía en la América del Sur.<sup>82</sup> No hay que olvidar que ese era el espíritu de la *Constitución de Cádiz* de 1812, que se puede resumir en la idea de forjar una suerte de *Commonwealth* constituida, en pie de igualdad, en base a los territorios habitados por españoles americanos y peninsulares a ambos

---

<sup>82</sup> Guillermo Céspedes del Castillo. *América Hispánica...* Op. cit., p. 414.

lados del Océano. En este escenario, los logros territoriales de Abascal, conseguidos en beneficio del Perú, se hubieran consolidado. No obstante, dado que lo que primó en la realidad fue una situación represiva, sin duda irracional, que terminó impulsando el sentimiento insurgente y consolidando las corrientes sureña y norteña que convergieron, a la postre, en el Perú, el escenario ideal de la Independencia peruana hubiera sido un triunfo del levantamiento de los hermanos Angulo y Pumacahua en 1814. De haber logrado sus objetivos, hubiera surgido –como dice el historiador Basadre– “un Perú nacional, sin interferencias desde afuera y con una base mestiza, indígena, criolla y provinciana”.<sup>83</sup>

Ubicados en tiempo de la llegada de la Expedición Libertadora al Perú (o sea, ya habiéndose producido la primera intervención externa), tampoco dejó de existir entonces la posibilidad de una solución negociada. Recordemos el caso de las Conferencias de Miraflores, que tuvieron lugar entre septiembre y octubre de 1820. San Martín propuso en esa ocasión coronar a un príncipe español como rey de un Perú independiente, lo que fue rechazado por el virrey Pezuela, quien no había recibido instrucciones para dar este paso de parte del gobierno liberal español posterior a la sublevación de Rafael del Riego. En este caso, la estrechez de miras no fue protagonizada por un gobierno absolutista (como el que encabezó Fernando VII desde 1814), sino por un gobierno que, en teoría, debió haber tenido más flexibilidad para aceptar la Independencia como rumbo inevitable en esas circunstancias, y donde los bandos se habían radicalizado tanto que no cabía una solución transaccional como la

---

<sup>83</sup> Jorge Basadre. *El azar en la Historia y sus límites*. *Op. cit.*, p. 146.

que pudo pactar después de 1814, cuando la causa realista todavía era muy popular. De haber fructificado un acuerdo entre San Martín y el virrey Joaquín de la Pezuela (o, después, en circunstancias parecidas, entre el general rioplatense y el virrey La Serna), la posterior y cruenta intervención colombiana que duró desde 1823 a 1827 habría sido innecesaria. Asimismo el nuevo Perú independiente y monárquico habría conservado Guayaquil (puerto que recién cayó en manos de Bolívar en 1822) y el Alto Perú (que permanecía reanexado al Bajo Perú desde 1810).

### **10.3 ¿Tenía el bando realista peruano de la guerra civil de 1820-1824 mucho, o al menos algo, de razón?**

La única forma de responder a esta pregunta es observar con detenimiento el comportamiento real que tuvieron Bolívar y las fuerzas colombianas desde 1822 hasta el tiempo que siguió al triunfo patriota en la batalla de Ayacucho.

Hemos visto que, contra la opinión del numeroso bando pro peruano, Bolívar decretó a la fuerza, el 13 de julio de 1822, la formal incorporación del puerto de Guayaquil a la Gran Colombia. Este gesto fue visto en el Perú bajo los colores más sombríos porque, además de su importancia económica y estratégica, Guayaquil había sido un puerto vinculado a Lima desde tiempos muy antiguos. Por otro lado, a partir de la llegada de las primeras tropas colombianas al Perú en 1822, los choques de estas fuerzas con el ejército y pueblo peruanos –muchas veces motivadas por diferencias de tipo cultural– fueron cotidianos. Con estos antecedentes, no es extraño que cuando ya estaba en el Perú, en marzo de 1824, Bolívar haya escrito lo siguiente al presidente grancolombiano Francisco de Paula Santander: “El Perú está dividido en tres partidos:

primero patriotas anticolombianos; segundo, godos españoles, y tercero godos de Torre Tagle y Riva Agüero”<sup>84</sup>

Hay que recordar que, a su llegada al Perú en septiembre de 1823, Bolívar había expresado ante el Congreso peruano –en su típico tono grandilocuente– lo siguiente:

“Yo ofrezco la victoria confiado en el valor del Ejército Unido y en la buena fe del Congreso, Poder Ejecutivo y pueblo peruanos; así el Perú quedará independiente y soberano para todos los siglos de existencia que la Providencia divina le señale”.<sup>85</sup>

Sin embargo, producida la victoria en Ayacucho, desbaratado lo esencial de las fuerzas realistas en diciembre de 1824, y habiendo por tanto cumplido su labor en el Perú, Bolívar tomó la decisión de permanecer en el país. Intimidado por las fuerzas colombianas triunfantes, un sumiso Congreso peruano aprobó el 10 febrero de 1825 la extensión de la dictadura de Bolívar que –como se recordará– había sido otorgada un año antes en circunstancias muy difíciles. El 10 de abril, Bolívar dio inicio a un pomposo y largo viaje triunfal por el Sur del Perú y el Alto Perú, donde fue tratado como poco menos que un virrey. Por entonces, Bolívar cuestionó una iniciativa de Sucre que consistió en convocar por decreto del 9 de febrero de 1825 una asamblea que decidiera los destinos del Alto Perú. Su motivación inicial era clara: a entender de Bolívar, abrir la puerta a una independencia del Alto Perú frente a Buenos Aires, heredera del Virreinato del Río de la Plata (a cuya jurisdicción habían pertenecido las pro-

---

<sup>84</sup> John Fisher. “La formación del estado peruano (1808-1824) y Simón Bolívar”. *Op. cit.*, p. 467.

<sup>85</sup> Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú. Op. cit.*, tomo 1, p. 73.

vincias altoperuanas desde 1776 hasta los albores de la Independencia) equivalía a desconocer el principio del *Uti Possidetis*<sup>86</sup> y cuestionar, consecuentemente, la incorporación de la Audiencia de Quito a la Gran Colombia. Poco después, el 16 de mayo, desde Arequipa, Bolívar cambió de opinión y terminó aceptando el sentido del decreto inicial de Sucre, aunque reservándose para sí la última decisión sobre la materia.<sup>87</sup> En coordinación estrecha con su lugarteniente, Bolívar dio el paso de apoyar en forma decidida al bando que buscaba la independencia del Alto Perú, contra el sector de opinión que buscaba la integración política definitiva de este territorio con el Bajo Perú. Cabe destacar que la unión entre los dos *Perúes* tenía hondas raíces culturales y económicas, y que ya se había producido, en términos políticos, desde que Abascal reincorporó a la Audiencia de Charcas al Virreinato peruano en julio de 1810, retornando así a la situación previa a las traumáticas reformas territoriales borbónicas. Pero, en el mediano y largo plazo, Bolívar y Sucre parecen haber visto una posible unión entre el Bajo y el Alto Perú como una amenaza para la Gran Colombia.

El 6 de agosto de 1825, la Asamblea de Chuquisaca declaró la Independencia del Alto Perú y dio a la nueva república el nombre de “República de Bolívar”, en homenaje al Libertador, considerado oficialmente como “su buen padre”. La opinión de Gerhard Masur, autor de una de las más elogiosas biografías de Bolívar, no deja margen a dudas sobre los motivos reales del impulso dado por Bolívar a la creación de Bolivia:

---

<sup>86</sup> John Lynch. *Simón Bolívar. A life*. Yale University Press, 2006, pp. 199.

<sup>87</sup> Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú*. *Op. cit.*, tomo 1, p. 126.

“Se ha acusado a Bolívar de que al establecer una Bolivia independiente se guió por móviles egoístas y maquiavélicos. Se ha dicho que no estaba dispuesto a permitir que su riqueza en metales preciosos cayera en poder del Perú o Buenos Aires. Esa acusación podría ser justa, dado que tales cálculos no eran ajenos a Bolívar y pudieron influir perfectamente en sus decisiones. Vista a través de ese prisma, la creación de Bolivia resulta ser la última jugada de la gran partida que comenzó en Guayaquil: a saber, la organización de América del Sur en torno a Colombia como centro de gravedad”.<sup>88</sup>

En 1826, ya de vuelta en el Perú, Bolívar comenzó a detallar el que iba a ser uno de sus más famosos proyectos: la Federación de los Andes. Desde su residencia en La Magdalena, el 12 de mayo, escribió sendas cartas a Sucre (quien se había quedado como Presidente del Alto Perú) y al prefecto de Arequipa, Antonio Gutiérrez de la Fuente, donde expresaba las líneas maestras de su pensamiento. Bolívar comenzaba señalando que los partidos tenían “dividida a Colombia”, que el caos amenazaba y que pronto iba a producirse la misma situación en el Perú. Por ello, con el propósito de salvar “la obra de nuestros sacrificios y de nuestra gloria”, había pensado en promover “una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de los Estados Unidos”. La Federación iba a tener a Bolívar como “jefe supremo” e iba a estar integrada por los tres estados integrantes de la Gran Colombia (Venezuela, Cundinamarca y Quito), y por el Bajo Perú y Bolivia unidos en la forma de otros tres estados formados a la “manera de los tres de Colombia”. Arequipa iba a ser la capital de uno de estos tres estados,

---

<sup>88</sup> Gerhard Masur. *Simón Bolívar... Op. cit.*, p. 469.

cuyo territorio iba a estar integrado también por Puno y el Cusco. Según Bolívar, Arequipa iba a tener mucho interés en este proyecto porque, al ser capital de esa especie de estado Sur-Peruano (aunque Bolívar nunca lo llamó por ese nombre), ello le aseguraba la “preponderancia mercantil, que naturalmente iba a perder con la separación del Alto Perú”, o sea, con la afirmación de Bolivia como país separado. Por otro lado, era indispensable que se diera “principio a este plan por Bolivia y el [Bajo] Perú, como que, por sus relaciones y situación local, se necesitan más uno a otro”. Por último, Bolívar decía que una vez que el Perú (partido en dos) y Bolivia estuvieran unidos, le iba a ser “fácil hacer que Colombia adoptara el único partido que le queda de salvación”, completando la Federación. Bolívar incluyó dentro de sus planes al Río de la Plata, a Chile, y a Guatemala como posibles “aliados”.<sup>89</sup>

Hacia mayo de 1826, Bolívar ya tenía listo un texto de Constitución para Bolivia, que también iba a ser introducido en el Perú. Se trataba de la llamada *Constitución Vitalicia*, instrumento de tipo autoritario, que fundamentaba el poder personal de Bolívar en los seis estados que iban a constituir la Federación de los Andes.

El 19 de junio de 1826, el Consejo de gobierno peruano nombró a Ignacio Ortiz de Zevallos como Plenipotenciario ante el Gobierno de Bolivia. Ortiz de Zevallos era entonces una personalidad muy vinculada a Bolívar. Quiteño de nacimiento, se desempeñaba como Fiscal de la Corte Suprema de Justicia en Lima. De acuerdo con el plan de Bolívar de comenzar la Federación de los Andes por una unión entre el Perú y Bolivia, Ortiz de Zevallos recibió instrucciones para suscribir, en nombre

---

<sup>89</sup> Simón Bolívar. *Escritos políticos. Op. cit.*, pp. 147-155.

del Perú, un tratado de federación y otro de límites con la República de Bolivia. En efecto, el 15 de noviembre de 1826, Ortiz de Zevallos firmó con sus contrapartes bolivianas dos instrumentos de esta naturaleza. Por el primero, ambas repúblicas se unían para formar la *Federación Boliviana*, con un Jefe Supremo Vitalicio, que iba a ser Bolívar. Por el segundo, el Perú cedía a Bolivia los territorios de Tacna, Arica y Tarapacá desde el límite del río Sama, vale decir, el inmenso litoral comprendido entre los grados 18 y 21. Recibía a cambio la provincia de Apolobamba y el pueblo de Copacabana (en el área del lago Titicaca). Bolivia acordó, asimismo, asumir cinco millones de pesos de su deuda con el Perú. Cuando llegó a conocimiento de la opinión pública en el Perú, el tratado de límites fue repudiado. El 18 de diciembre de 1826, en tiempos en que Bolívar ya no se encontraba en el Perú, el Consejo de Gobierno, presidido por Andrés de Santa Cruz, decidió no ratificar los tratados con Bolivia. Aunque nacido en el Alto Perú, Santa Cruz declaró que no podía aceptar la fijación de nuevos límites con un perjuicio tan evidente para el Perú porque había jurado defender la integridad de la República. En su descargo, Ortiz de Zevallos manifestó que, antes de partir para su misión, Bolívar le había dicho, de manera verbal, que podía prometer a Bolivia la entrega de Arica y de todo el litoral Sur del Perú a condición de que aceptara federarse.<sup>90</sup>

Considerando en conjunto el proyecto de la Federación de los Andes y los tratados peruano-bolivianos de 1826, Bolívar pretendía conseguir varios objetivos,

---

<sup>90</sup> Ortiz de Zevallos Paz-Soldán, Carlos. *La misión Ortiz de Zevallos en Bolivia (1826-1827)*. Archivo Diplomático Peruano, tomo V. Lima: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1956, p. x; Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú. Op. cit.*, tomo 1, pp. 135-138.

algunos de los cuales hizo explícitos en sus escritos. Para comenzar, la Federación parece haber sido la materialización de un viejo proyecto, cuya concepción fue sin duda anterior a la intervención colombiana en el Perú. Para David Brading, además del objetivo de la Independencia de España, el énfasis puesto en el rol del legislador, del gobernante y del fundador de un nuevo estado fue un rasgo crucial del pensamiento político de Bolívar. Según este mismo autor, el modelo de Bolívar para la puesta en práctica de este proyecto de gran envergadura parece haber sido Napoleón Bonaparte, cuya coronación como Emperador pudo ver personalmente en París. Su inspiración intelectual fue el pensamiento de Nicolás Maquiavelo y de Juan Jacobo Rousseau.<sup>91</sup> Con relación al carácter cesarista y autoritario de la Constitución Vitalicia, la clave para explicarla podría haber sido el objetivo de sustentar la nueva entidad política en la ancestral legitimidad de las antiguas monarquías, siempre de acuerdo con el pensamiento político de Bolívar.

Por otro lado, la construcción de la Federación era una manera de afianzar el poder de Bolívar en lo que percibía como un escenario continental inestable, en especial en la Gran Colombia, donde ya se dejaba sentir la influencia de personalidades rivales como Santander y Páez. Hemos visto que, en este esquema, se otorgaba a Bolivia no sólo Arica (puerto clave para una joven nación sin adecuadas salidas al mar), sino un inmenso litoral que iba desde el río Sama y que llegaba hasta el desierto de Atacama. Otro objetivo, vinculado con el anterior, iba a consistir en el debilitamiento del Perú, al que no sólo se le iba a arreba-

---

<sup>91</sup> David A. Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 656 y s. Véase el segundo epígrafe de este libro.

tar su litoral Sur, sino que también iba a sufrir la división de su territorio en dos estados. Esta última posibilidad era muy cara a Sucre, que siempre vio en el Perú una amenaza para Bolivia.<sup>92</sup> Además, como dijo Bolívar en su carta a Sucre del 12 de mayo de 1826, Bolivia iba a estar cubierta por su otro lado de ataques originados en el Emperador del Brasil o en el régimen de turno en el Río de la Plata. Fuera de proporcionar luz sobre la naturaleza de la Federación buscada por Bolívar, esta visión general permite ver que, desde entonces, el objetivo principal de la política exterior boliviana fue la obtención del puerto de Arica. De allí la insistencia de las autoridades bolivianas (así como de Sucre y de Bolívar) de aprovechar el esfuerzo de federación entre los dos países, para fijar de una vez una frontera que diera a Bolivia su ansiada salida al mar por territorio peruano. De no haber existido esta aspiración, la misión Ortiz de Zevallos pudo haberse limitado a gestionar una unión peruano-boliviana, sin entrar en el tratamiento de espinosas cuestiones de fronteras.<sup>93</sup>

Recordemos que, a mediados de 1824, en plena campaña, Bolívar había declarado ante un interlocutor estadounidense, el marino Hiram Paulding, conceptos opuestos a los que manejaba en 1826, salvo la idea de que su única ambición era la “gloria de Colombia”, que mantuvo de manera constante:

“Dicen que quiero fundar un imperio en el Perú o agregar el Perú a Colombia, para establecer un gobierno absoluto poniéndome yo a la cabeza pero todo es falso y

---

<sup>92</sup> Jorge Basadre. Historia de la República del Perú. *Op. cit.*, tomo 1, pp. 137 y s.; Ron L. Seckinger. “South American Power Politics During the 1820s”. En: *Hispanic American Historical Review*, 56 (2) mayo de 1976, p. 258.

<sup>93</sup> Hugo Pereyra Plasencia. “El Perú en el mundo”. *Op. Cit.*, p. 132.

me hacen un gran agravio. Si el corazón no me engaña (esto lo dijo llevando la mano al pecho) más bien seguiré los pasos de Washington y preferiré tener una muerte como la suya, que ser monarca de toda la tierra, y esto lo saben bien todos lo que me conocen. Mi única ambición es la gloria de Colombia y ver a mi patria colocada en la línea de las naciones ilustradas”.<sup>94</sup>

A la luz de lo que ocurrió después, en el tiempo que siguió a la batalla de Ayacucho, Bolívar ocultaba lo que realmente pensaba en sus comentarios al marino Hiram Paulding de 1824, lo que parece haber hecho entonces de manera reiterada por razones de cálculo político.

Como se ha podido apreciar con claridad, la Federación vislumbrada por Bolívar en 1826 no fue un proyecto *integracionista*, como se lo llama de manera reiterada en la literatura histórica y periodística contemporánea, sino uno de naturaleza *hegemonista*. En efecto, buscaba la consolidación de la Gran Colombia como centro del sistema, reduciendo al máximo el viejo poder del Perú, basado en Lima, que databa del tiempo virreinal. Desde este punto de vista, las percepciones respectivas de Riva-Agüero en 1823 y de Torre Tagle en 1824, que subrayaron la existencia de un peligro de dominación colombiana sobre el Perú, estuvieron esencialmente acertadas. Pese a sus formas republicanas, la Federación centraba también su autoridad, como se ha visto, en la persona de Bolívar, con un carácter vitalicio y *cesarista*. De haber prosperado este proyecto, el Perú habría quedado dividido en tres partes: su costa Sur con Arica y Tarapacá habrían ido a parar a manos de la joven Bolivia. El resto del territorio

---

<sup>94</sup> Hiram Paulding. “Visita a Bolívar em Huaraz (1824)” *Op. cit.*, p. 443.

habría sido dividido en dos estados norteño y sureño que habrían tenido como capitales respectivas Lima y Arequipa. En otras palabras, el viejo territorio del Perú habría quedado deshecho.

¿Qué salvó al Perú de este desenlace? Fueron dos factores: el comienzo de la disolución de la Gran Colombia y el afianzamiento del nacionalismo peruano.

La Gran Colombia se disolvió en 1830 debido a la afirmación de las identidades del Ecuador, de Colombia y de Venezuela, en un proceso de fragmentación de los viejos territorios que ya había comenzado desde el siglo XVIII, por razones tanto políticas como económicas y sociales. En forma paralela, en 1826 y 1827, dos personalidades peruanas comenzaron a encarnar el nacionalismo peruano y la lucha contra la prepotencia de Bolívar: el congresista y clérigo Francisco Javier Luna Pizarro y el Mariscal José de La Mar. Este último, natural de Cuenca, fue el primer presidente de un Perú por fin soberano, elegido en 1827, luego del fin de la era bolivariana en el Perú. Es muy importante señalar también, como dice Basadre, que “los nacionalistas neogranadinos y venezolanos tuvieron unos aliados en los nacionalistas peruanos”.<sup>95</sup>

---

<sup>95</sup> Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú. Op. cit.*, tomo 1, p. 176. Habiendo alcanzado su pico de aceptación en 1825, el gobierno de Bolívar en el Perú se deslizó, cada vez más, por una pendiente de impopularidad. “Pasamos de don Fernando a poder de don Simón”, se decía por entonces en Lima. Este deterioro ya fue palpable al año siguiente, con la disolución del Congreso que se llevó a cabo el 1 de mayo de 1826. Cada vez más peruanos comprendían que el régimen colombiano limitaba su libertad y también amenazaba su propia nacionalidad. No todo era cortesanía ni adulación. De hecho, como se ha dicho, comenzaba a surgir una resistencia activa. La presencia colombiana en el Perú había suscitado rechazo por causas tanto culturales como políticas desde la llegada al Perú de las primeras tropas de ese origen en 1822. Luego de la victoria de Ayacucho –dice Paz Soldán– el nombre colombiano “se hacía más y más odioso por el orgullo y altanería insufrible de sus generales, jefes y hasta de los mismos soldados” (Mariano Felipe Paz Soldán. *Historia del Perú independiente. Segundo período (1822-1827)*, tomo segundo. Le Havre: Imprenta de A.



Ilustración número 39  
El mariscal José de La Mar  
(Wikimedia Commons)

En lo esencial, el territorio de la República en su primer año de vida independiente (una vez concluida la hegemonía de Bolívar) estuvo constituido por el que heredó del Virreinato tomando como referencia el tiempo del *Uti Possidetis* de 1809-1810, salvo la pérdida de Guayaquil, el retroceso en Quijos (con mejor acceso desde el territorio que en 1830 se iba a convertir en el Ecuador) y el añadido de Jaén. A la postre, luego de por lo menos un intento divisionista más en tiempos de la Confederación Perú-Boliviana, entre 1836 y 1839, el poder unificador de Lima terminó afirmando el perfil territorial del país sobre la tendencia regionalista que irradiaba desde el Sur peruano, más vinculado a Bolivia. La ilustración número 40 muestra el perfil territorial de la República en 1827.

No hay que olvidar que uno de los problemas más delicados que tuvo que afrontar el Perú independiente en sus primeros años de vida fue el de su frontera Norte con la Gran Colombia y, después, desde 1830, con dos de sus estados herederos: Ecuador y Colombia. El eje de esta disputa fue, como hemos visto, la posesión de los gigantescos territorios ribereños del Bajo Marañón y Alto Amazonas.

Lemale, MDCCCLXXIV, p. 91). La actitud de Bolívar contribuía a acentuar este clima negativo. Se mostraba irritable y reaccionaba violentamente ante la menor contradicción. Su egolatría, de por sí grande, aumentó por esos días hasta niveles inimaginables. Según una fuente diplomática extranjera, en 1826, durante la celebración de su cumpleaños, Bolívar manifestó en un banquete en su honor que era “el hombre más grande de todos los que habían sido registrados por la Historia, y que no sólo los héroes de la Antigüedad eran inferiores a él en *ideas liberales*, sino que también Washington y Napoleón se habían quedado rezagados”. Solía también hacer excentricidades diversas, tales como pararse súbitamente sobre la mesa y patear botellas y vasos, como indicando que él podía hacer en el Perú lo que se le viniera en gana. (Véase: J. Fred Rippy. “Bolívar as Viewed by Contemporary Diplomats of the United States” En: *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 15, No. 3, Aug., 1935).



Ilustración número 40

Este problema, originado en el tiempo de la intervención colombiana en el Perú, sólo se solucionó más de un siglo después, en 1998.

A la luz de las consideraciones anteriores, volviendo a la pregunta planteada al comienzo, resulta difícil no asignar por lo menos parte de razón al bando realista peruano que luchó entre 1820 y 1824. Su visión sobre las conveniencias del Perú durante la convulsa época de las luchas emancipadoras, tanto en términos políticos, económicos como territoriales, no parece haber sido en lo absoluto descabellada.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANNA, Timothy E. *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la Independencia*. Lima: IEP Ediciones, 2003.
- ARENAL, Celestino. *Introducción a las Relaciones Internacionales*. Madrid, Tecnos, 2010, Cuarta Edición.
- ARRIETA ÁLVAREZ, Ada y Hugo PEREYRA PLASENCIA. “Biografía de un documento. Apuntes sobre la Real Cédula del 15 de julio de 1802 desde el punto de vista de la heurística y de la diplomática”. En: *Real Cédula. Reintegración de Maynas al Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva-Agüero, julio de 1996.
- BASADRE, Jorge. *El azar en la Historia y sus límites*. Lima: Ediciones P.L.V., 1973.
- Historia de la República del Perú*. Lima: Empresa Editora *El Comercio* S.A., 2005, tomos 1 y 4.
- BARROS VAN BUREN, Mario. *Historia diplomática de Chile*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1970.
- BOLÍVAR, Simón. *Escritos políticos*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- BRADING, David A. *Orbe indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- BULNES, Gonzalo. *Historia de la expedición libertadora del Perú (1817-1822)*. Santiago de Chile: Rafael Jover, Calle de la Bandera, núm. 73, 1887, tomo I.
- . *Las últimas campañas de la Independencia del Perú (1822-1826)*. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.

- CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. *América Hispánica (1492-1898)*. Madrid: Editorial Labor, 1983 (tomo VI de la *Historia de España* dirigida por Manuel Muñón de Lara).
- DENEGRI LUNA, Félix. *Perú y Ecuador. Apuntes para la historia de una frontera*. Lima: Bolsa de Valores de Lima-Instituto Riva-Agüero, 1996.
- FERGUSON, Niall. *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?* Madrid: Taurus, 1998.
- FISHER, H.A.L. *A History of Europe (Volume 1. From the Earliest Times to 1713)*. Fontana / Collins, 1979.
- FISHER, John. “La formación del estado peruano (1808-1824) y Simón Bolívar”. En: INGE BUISSON y otros. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*. Böhlau Verlag Köln Wien, 1984, pp. 465-480.
- FLORES GALINDO, Alberto. *Aristocracia y plebe*. Lima: Mosca Azul Editores, 1984.
- GARCÍA CAMBA, Andrés. *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. Madrid: Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía, 1846, 2 tomos.
- GUERRA, François-Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Editorial MAPFRE/Fondo de Cultura Económica, 1993.
- GUERRERO LIRA, Cristián. “Simón Bolívar y los conflictos territoriales entre Colombia y Perú, 1820-1829. En: *Espacio Regional*, vol. 2, nro. 7, Osorno, julio-diciembre de 2010, pp. 39-54.
- HAMNETT, Brian R. *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. (Liberalismo, realeza y separatismo, 1800-1824)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- . “La política contrarrevolucionaria del virrey Abascal: Perú, 1806-1816”. En: Marta Terán y José Antonio Serrano Ortega (editores). *Las guerras de Independencia en la América Española*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán (y otras entidades editoras), 2002, pp. 183-192.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, Elizabeth del Socorro. *La élite piurana y la independencia del Perú: la lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)*. Lima: Universidad de Piura /

- Pontificia Universidad Católica del Perú (Instituto Riva-Agüero), 2008.
- LISTER MAW, Henry (Lieut. R.N.). *Journal of a passage from the Pacific to the Atlantic, crossing the Andes in the Northern Provinces of Peru, and descending the river Marañon or Amazon*. London: John Murray, Albemarle-Street, MDCCCXXIX.
- LOHMANN VILLENA, Guillermo. “Crítico e ilustración como factores formativos de la conciencia del Perú en el siglo XVIII”. En: INGE BUISSON y otros. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*. Böhlau Verlag Köln Wien, 1984, pp. 15-31.
- LYNCH, John. *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Barcelona: Editorial Ariel, 1976.
- . *Simón Bolívar. A life*. Yale University Press, 2006.
- MASUR, Gerhard. *Simón Bolívar*. México DF: Biografías Ganesa, 1960.
- MAJLUF, Natalia. “Los fabricantes de emblemas. Los símbolos nacionales en la transición republicana. Perú, 1820-1825”. En Ramón Mujica, ed., *Visión y símbolos. Del virreinato criollo a la república peruana*, pp. 203-241. Lima: Banco de Crédito del Perú, 2006.
- MÉNDEZ, Cecilia. *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*. Durham and London: Duke University Press, 2005.
- MIJARES, Augusto. *El Libertador*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Ediciones de la Presidencia de la República, 1987.
- MILLER, John Mr. *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú* (con un estudio preliminar de Percy Cayo Córdova). Lima: Editorial Arica, 1975, tomo II.
- MITRE, Bartolomé. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 2011.
- NIETO VÉLEZ, Armando. *Contribución a la historia del Fidelismo en el Perú (1808-1810)*. Lima: PUCP. Instituto Riva-Agüero, 1960.
- O’PHELAN GODOY, Scarlett. “El mito de la ‘Independencia concedida’: los programas políticos del siglo XVIII y del

- temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)". En: INGE BUISSON y otros. *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*. Böhlau Verlag Köln Wien, 1984, pp. 55-92.
- . (compiladora). *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Pontificia Universidad Católica (Instituto Riva-Agüero), 2001.
- ORTIZ DE ZEVALLOS PAZ-SOLDÁN, Carlos. *La misión Ortiz de Zevallos en Bolivia (1826-1827)*. Archivo Diplomático Peruano, tomo V. Lima: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1956.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe. *Historia del Perú independiente. Segundo período (1822-1827)*, tomo primero. Lima, MDCCCLXX.
- . *Historia del Perú independiente. Segundo período (1822-1827)*, tomo segundo. Le Havre: Imprenta de A. Lemale, MDCCCLXXIV.
- PAULDING, Hiram. *A Sketch of Bolivar in his Camp*. New York: A.T Goodrich and J. Willey, corner of Broadway and Cedar - street, 1834.
- . "Visita a Bolívar en Huaraz (1824)". En: *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Tomo XXVII. *Relaciones de Viajeros*, volumen segundo. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971.
- PEREYRA PLASENCIA, Hugo. "El Perú en el mundo". En: *Perú: crisis imperial e Independencia (1808-1830)*. Madrid: Fundación MAPFRE-Taurus, junio de 2013.
- PEZUELA, Joaquín de la. *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*. Edición y estudios introductorios a cargo de Pablo Ortemberg y de Natalia Sobrevilla Perea. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2011.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl y Alberto WAGNER DE REYNA. *Historia de los límites del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1981
- PUENTE CANDAMO, José Agustín. *La Independencia del Perú*. Lima, 2013.

- QUIROZ, Alfonso W. *Corrupt Circles. A History of Unbound Graft in Peru*. Washington D.C. - Baltimore: Woodrow Wilson Center Press, The Johns Hopkins University Press, 2008.
- RIPPY, J. Fred. "Bolívar as Viewed by Contemporary Diplomats of the United States" En: *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 15, No. 3, Ag. 1935) pp. 287-297
- RIVA-AGÜERO, José de la. *La Historia en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1965 [1910] (tomo IV de las Obras Completas).
- . *Paisajes peruanos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1969 (tomo IX de las Obras Completas).
- RODIL, José Ramón. *Memoria del sitio del Callao*. Edición y nota preliminar por Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955.
- RODRÍGUEZ O., Jaime E. *La independencia de la América española*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- SECKINGER, Ron L. "South American Power Politics during the 1820s". En: *Hispanic American Historical Review*, 56 (2) mayo de 1976, pp. 241-267.
- TORRE TAGLE, Marqués de. *Manifiesto del Marqués de Torre-Tagle, sobre algunos sucesos notables de su gobierno*. Lima, 1824
- VALDÉS, Gerónimo. *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894-1896, 5 volúmenes.
- WALKER, Charles F. *Smoldering Ashes. Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780-1840*. Duke University Press, 1999.
- WEBSTER, C.K. (Editor). *Britain and the Independence of Latin America, 1812-1830* (Select documents from the Foreign Office Archives). London, New York, Toronto: Oxford University Press, 1938, Volumen I.



## **CRONOLOGÍA DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ EN EL CONTEXTO SUDAMERICANO Y MUNDIAL**

### **1808**

17 de marzo. Motín en Aranjuez contra Carlos IV y Manuel Godoy.

19 de marzo. Por presión de los partidarios de su hijo Fernando, Carlos IV abdica en favor de aquel.

23 de marzo. Merced al tratado de Fontainebleau, las tropas francesas del mariscal Murat ocupan Madrid. Al día siguiente, Fernando VII es aclamado como nuevo soberano.

2 de mayo. Comienzo de la guerra de Independencia de España: ante la noticia de la salida del nuevo rey de territorio español, llamado por Napoleón, el pueblo de Madrid se levanta contra las tropas francesas.

6 de mayo. Fernando VII abdica en Bayona (Francia) a favor de su padre Carlos IV quien, a su vez, entrega el trono a Napoleón.

6 de junio. Napoleón designa como rey de España a su hermano José.

19 de julio. Victoria española en Bailén contra fuerzas francesas.

9 de agosto. El cabildo de Lima recibe la noticia de la abdicación de Carlos IV a favor de su hijo Fernando.

25 de septiembre. Con el objeto de coordinar la lucha contra los franceses con el apoyo británico, la *Suprema Junta Central y de Gobierno de España y de las Indias* se reúne en Aranjuez, bajo la presidencia del Conde de Floridablanca.

4 de octubre. Llegan noticias a Lima, a través de Chile, sobre la abdicación de Fernando VII y de su prisión en Francia.

13 de octubre. Jura de Fernando VII en Lima.

## 1809

16 de julio. En La Paz, revolucionarios deponen al intendente y forman una Junta de Gobierno bajo la presidencia del soldado mestizo Pedro Domingo Murillo.

10 agosto. Proclamación de una Junta de Gobierno en Quito.

26-27 de septiembre. El virrey del Perú, José Fernando de Abascal, desbarata una conspiración en Lima encabezada por Antonio María Pardo y Mateo Silva.

25 de octubre. Fuerzas realistas peruanas aplastan a la Junta de La Paz.

Diciembre. Napoleón invade la Península al frente de 250.000 soldados. // Represión de los líderes del movimiento de Quito a manos de fuerzas enviadas por el virrey Abascal.

## 1810

29 de enero. La Junta Central se disuelve a sí misma y da paso al establecimiento de un *Consejo de Regencia para España y las Indias*, integrado por cinco personalidades, con el encargo de convocar a las Cortes.

19 de abril. Establecimiento en Caracas de la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII.

18-19 de mayo. Sobre la base del cuestionamiento de la

legitimidad del Consejo de Regencia en España, tiene lugar una revolución en Buenos Aires.

13 de julio. Abascal decreta la reanexión del Alto Perú.

20 de julio. En Bogotá, un grupo de revolucionarios criollos deponen al virrey y forman una Junta de Gobierno.

27 de agosto. El cabildo de Lima escoge a Francisco de Salazar como su diputado ante las Cortes.

16 de septiembre. En México, Miguel Hidalgo y Costilla lanza el *Grito de Dolores*.

18 de septiembre. Instalación de la primera Junta de Gobierno en Chile.

24 de septiembre. Las Cortes se reúnen en Cádiz.

## 1811

25 de mayo. Entre las ruinas de Tiahuanaco, en el Alto Perú, el líder rioplatense Juan José Castelli procede a abolir el tributo y los trabajos forzados y proclama a los indios como ciudadanos con igualdad de derechos.

20 de junio. En Huaqui (Alto Perú), el ejército rioplatense de Juan José Castelli es derrotado por las fuerzas realistas peruanas al mando de José Manuel de Goyeneche. // Estimulado por el avance rioplatense en el Alto Perú, Francisco Antonio de Zela se subleva en Tacna, en el Sur peruano.

5 de julio. Establecimiento de la primera república de Venezuela, inspirada por el joven separatista Simón Bolívar.

## 1812

15 de febrero. Segunda revolución en Quito: un congreso revolucionario promulga la Constitución del Estado Libre de Quito.

22 de febrero. Levantamiento contra las autoridades virreinales en Huánuco (Sierra Nor Central del Perú).

19 de marzo. Promulgación de la Constitución liberal en España, fruto del trabajo de las Cortes de Cádiz desde 1810.

10 de diciembre. El general Toribio Montes, enviado por el virrey Abascal, vence en Ibarra al último foco de resistencia patriota en el área dominada por Quito.

11 de diciembre. La ciudad del Cusco recibe la Constitución de Cádiz con tres días de festividades, que incluían fuegos artificiales, corridas de toros, teatro popular y otras atracciones.

### 1813

20 de febrero. Los realistas, invasores desde el Alto Perú al mando de Pío Tristán, son derrotados por las fuerzas insurgentes en Salta.

15 de junio. Bolívar proclama la *guerra a muerte* contra los españoles.

1 de octubre. En Vilcapugio (Alto Perú) las fuerzas rioplatenses al mando de Manuel Belgrano son derrotadas por el ejército realista de Joaquín de la Pezuela.

3 de octubre. Estalla en Tacna una rebelión encabezada por los hermanos Enrique y Juan Francisco Paillardelli, motivada por el segundo avance rioplatense en el Alto Perú.

14 de noviembre. En Ayohuma (Alto Perú), Belgrano es derrotado otra vez por Joaquín de la Pezuela.

### 1814

3 de mayo. *Tratado de Lircay* en Chile entre el gobierno de José Miguel Carrera y autoridades españolas enviadas por el virrey del Perú. Es otorgada una cierta autonomía al régimen de Santiago a cambio de reconocer la legitimidad de Fernando VII y de la Regencia hasta el regreso del monarca. Este tratado es posteriormente rechazado por el virrey Abascal.

4 de mayo. A los 42 días de su regreso a España, Fernando VII decide abolir, mediante decretos, toda la obra legislativa de las Cortes.

21 de julio. Fernando VII restablece la Inquisición.

3 de agosto. Estallido del levantamiento de los hermanos mestizos José, Vicente y Mariano Angulo en el Cusco, demandando la puesta en práctica de las reformas prometidas en la Constitución de 1812. Se les une el brigadier indio Mateo García Pumacahua y el mestizo Gabriel Béjar.

28 de septiembre. Saqueo de La Paz por las fuerzas de Pumacahua.

1-2 de octubre. Aplastante victoria realista en Rancagua, Chile. Fin de la *Patria Vieja*.

28 de octubre. En Lima, es apresado el Conde de la Vega del Ren bajo sospecha de actividades subversivas.

10 de noviembre. Las fuerzas de Pumacahua capturan Arequipa.

## 1815

11 de marzo. El general Juan Ramírez derrota a Pumacahua en Umachiri (Puno).

18 de marzo. Ejecución del brigadier Pumacahua en Sicuani.

29 de marzo. Ejecución de los hermanos Angulo y de Gabriel Béjar en el Cusco.

29 de noviembre. Se confirma la reconquista realista del Alto Perú: derrota de las fuerzas rioplatenses de José Rondeau a manos de Pezuela en Sipe Sipe.

22 de diciembre. Fusilamiento en San Cristóbal Ecatepec de José María Morelos y Pavón, insurgente y patriota mexicano, líder de la segunda etapa de la Independencia de México (1811-1815).

## 1816

Marzo-mayo. El general español Pablo Morillo somete a la Nueva Granada con gran violencia.

7 de julio. Nombramiento de Joaquín de la Pezuela como nuevo virrey del Perú en reemplazo de Abascal.

9 de julio. El Congreso Nacional de Tucumán declara a las *Provincias Unidas de Sud-América* como “nación libre e independiente del rey Fernando 7, sus sucesores y metrópoli”.

## 1817

9 de enero. Las fuerzas de José de San Martín salen de Mendoza para liberar Chile.

12 de febrero. El Ejército de los Andes sorprende y derrota a los realistas en Chacabuco.

## 1818

12 de febrero. Bernardo O’Higgins proclama en Talca la independencia de Chile.

19 de marzo. Derrota de San Martín en Cancha Rayada a manos del general Mariano Osorio.

5 de abril. Batalla de Maipú. Afirmación de la independencia de Chile.

Octubre. Se comienza a organizar en Cádiz una poderosa fuerza expedicionaria española para reconquistar los territorios controlados por los insurgentes.

Otoño europeo. En la conferencia de Aix-la-Chapelle, España intenta en vano conseguir el apoyo de los soberanos europeos para someter a los insurgentes de América.

## 1819

5 de febrero. En Buenos Aires, Chile y las Provincias Unidas firman un tratado para poner fin a la dominación española en el Perú.

23 de junio. Una real cédula devuelve Guayaquil a la jurisdicción de la Audiencia de Quito en todos los asuntos criminales, civiles y del tesoro. El virrey del Perú se mantiene como responsable de su defensa militar.

7 de agosto. La victoria patriota en la batalla de Boyacá sella la independencia de la Nueva Granada.

17 de diciembre. El Congreso de Angostura decreta la unión de Venezuela y Nueva Granada y declara al territorio de la presidencia de Quito como parte de la Gran Colombia.

## 1820

1 de enero. Sublevación de Rafael del Riego en España que restaura la Constitución de 1812 y suspende el envío de un ejército español desde Cádiz a los territorios americanos rebeldes.

1 de febrero. Anarquía en el Río de la Plata. Derrota del gobierno de las *Provincias Unidas de Sud América*, al mando de Rondeau, por las *Provincias del Río de la Plata*, en la batalla de Cañada de Cepeda.

3-4 de febrero. Thomas Cochrane captura la base naval española de Valdivia.

28 de mayo. Comienzan a llegar a Lima noticias sobre la sublevación de del Riego.

1 de junio. Barcos chilenos capturan el puerto de Arica.

20-21 de agosto. Partida de la Expedición Libertadora al Perú desde Valparaíso.

4 de septiembre. El virrey Pezuela recibe una orden oficial para proclamar la Constitución liberal.

8 de septiembre. La Expedición Libertadora, al mando de San Martín, desembarca en Paracas.

15 de septiembre. El virrey Joaquín de la Pezuela proclama la Constitución de Cádiz y, en sintonía con los suce-

sos de la Península, ofrece a los peruanos la autonomía dentro de la nación española.

30 de septiembre - 1 de octubre. Finalizan sin éxito las conferencias de Miraflores entre representantes de San Martín y del virrey Pezuela para tratar el asunto del cese de las hostilidades. San Martín propone coronar a un príncipe español como rey de un Perú independiente.

9 de octubre. El puerto de Guayaquil depone a las autoridades españolas, establece una junta revolucionaria y declara su independencia.

5 de noviembre. La flota chilena captura en el Callao la fragata española *Esmeralda*, la mejor nave de guerra del Pacífico.

26 de noviembre. Merced a la tregua entre las fuerzas de Morillo y de Bolívar, España reconoció la existencia, aunque no todavía la legalidad, del nuevo estado colombiano.

27 de noviembre. Cordial entrevista entre Morillo y Bolívar.

3 de diciembre. En el contexto de la presencia de San Martín y de la Expedición Libertadora en el Perú, el batallón *Numancia*, del ejército realista, se pasa al bando patriota.

6 de diciembre. En su primera expedición a la Sierra, con el respaldo de la población peruana del Centro pronunciada por la Independencia, Juan Antonio Álvarez de Arenales vence a fuerzas realistas en Pasco.

12 de diciembre. De un diario anónimo, sobre la situación en Lima: "...llegué a esta ciudad, y la hallé en el mayor desorden. Hablan en los cafés cada uno de lo que quería a su antojo [...] El Gobierno sin opinión, las *gazetas* corrían con las proclamas de San Martín anunciándolos a la libertad..."

28-29 de diciembre. La ciudad de Trujillo, con el marqués de Torre Tagle a la cabeza, se pronuncia a favor de la Independencia.

30 de diciembre. Tomás Guido, emisario de José de San Martín, firma en Guayaquil un convenio con las autoridades del puerto donde se señalaba que esa provincia conservaría su autonomía y que se declaraba bajo la protección del libertador rioplatense.

## 1821

4-6 de enero. Piura y Cajamarca se pronuncian a favor de la Independencia.

29 de enero. En el campamento de Aznapuquio, Pezuela es depuesto por un grupo de altos jefes españoles liderados por José de La Serna, quien asume como nuevo virrey.

15 de mayo. Antonio José de Sucre, enviado de Bolívar, firma con la Junta de Gobierno de Guayaquil un convenio por el cual se ponía esa provincia bajo la protección de las armas de Colombia.

2 de junio. San Martín se reúne con el virrey La Serna en la hacienda Punchauca, cinco leguas al norte de Lima y reitera su propuesta monárquica para un Perú independiente.

4 de junio. Jaén, perteneciente a la Presidencia de Quito, decide formar parte del Perú por voluntad de sus pobladores.

24 de junio. Victoria de Bolívar en Carabobo. Se consuma la independencia de Venezuela.

25 de junio. El general español José Canterac inicia la retirada realista de Lima hacia la Sierra.

4 de julio. Proclama del virrey La Serna anunciando que abandonaba la capital por razones estratégicas.

9 de julio. Los primeros soldados de la Expedición Libertadora ingresan en Lima.

12 de julio. San Martín entra en Lima.

14-15 de julio. Un cabildo abierto declara la independencia en Lima: "...la voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera..."

28 de julio. San Martín encabeza en Lima la ceremonia pública de proclamación de la independencia del Perú.

3 de agosto. San Martín es declarado *Protector* del Perú con poderes civiles y militares supremos.

9 de agosto. San Martín deroga en Lima la Constitución de 1812.

7 de septiembre. El Congreso de Cúcuta nombra a Bolívar primer presidente de Colombia. Con posterioridad a este episodio Bolívar marcha rápidamente hacia el Sur, bajo el temor "de que San Martín pudiera llegar antes a [l futuro] Ecuador y lo reclamara para el Perú" (Lynch).

10 de septiembre. Las fuerzas realistas de Canterac pasan cerca de Lima sin ser atacadas e ingresan por poco tiempo en el Callao.

19 de septiembre. El general realista José de La Mar capitula en el Callao y entrega sus fortalezas a las fuerzas de San Martín. La Mar se pasa al bando patriota.

27 de septiembre. Sobre la base de un acuerdo entre realistas y patriotas, se consuma la Independencia de México, con la entrada triunfal del ejército *Trigarante* en la capital.

6 de octubre. Luego de apoderarse de fondos públicos del gobierno de San Martín en Ancón, Thomas Cochrane abandona las costas del Perú con seis buques.

14 de octubre. Clausura del Congreso de Cúcuta en la frontera entre Venezuela y la Nueva Granada.

28 de noviembre. Panamá declara su independencia.

Fines de año. En Lima, en el contexto del deterioro del régimen protectoral, circulan pasquines que proclamaban "viva el Rey".

## 1822

18 de enero. En tono amenazador, Bolívar escribe a la Junta de Gobierno de Guayaquil, afirmando que ese puerto no podía convertirse en un estado independiente y que formaba, más bien, parte del territorio colombiano.

19 de enero. San Martín confía el mando supremo del Perú al marqués de Torre Tagle, con el título de Supremo Delegado.

30 de enero. El ejército realista ingresa en el Cusco.

28 de marzo. El Senado de los EE.UU. acuerda reconocer la independencia de los países americanos.

2 de abril. José Joaquín Olmedo, presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil escribe a San Martín explicándole las amenazas de Bolívar de tomar su provincia mediante “un golpe de fuerza”, y diciéndole que había llegado “el caso de cumplir su solemne voto de sostener la libertad de este pueblo”.

6 de abril. El viajero inglés Gilbert F. Mathison es testigo de la total desolación de las haciendas del valle del Rímac, en los alrededores de Lima.

7 de abril. Derrota de las fuerzas patriotas en Ica.

11 de abril. Ocupada por fuerzas del general Sucre, Cuenca decide de manera “espontánea” su anexión a la Gran Colombia.

2 de mayo. Clímax de la represión contra los españoles en Lima, dirigida por Monteagudo: unos seiscientos españoles son detenidos y deportados a Chile.

24 de mayo. Antonio José de Sucre derrota de los realistas de Melchor Aymerich en Pichincha, cerca de Quito, con la colaboración de un contingente auxiliar peruano.

16 de junio. Bolívar entra triunfante en Quito.

18 de junio. Carta de Bolívar a Olmedo: “Yo tendré la satisfacción de entrar a la cabeza de las tropas aliadas en

esa ciudad y espero que seré recibido como presidente de Colombia y protector de Guayaquil”.

22 de junio. Carta de Bolívar a San Martín sobre la situación en Guayaquil: “Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado [...] la Constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil una representación de lo más perfecta”.

6 de julio. Firma de un tratado de amistad y alianza entre el Perú (representado por Bernardo de Monteagudo) y la Gran Colombia (representada por el ministro colombiano en Lima, Joaquín Mosquera). La Gran Colombia fracasa en su objetivo de obtener del Perú el reconocimiento a la aspiración de la Gran Colombia sobre Guayaquil. // Los EE.UU. informan a todas las cancillerías, incluso la española, sobre su decisión de reconocer la independencia de los países americanos.

11 de julio. Bolívar ingresa en Guayaquil. Se inicia de inmediato la agitación a favor de la anexión de este puerto a la Gran Colombia.

13 de julio. Bajo presión política y militar contra el grupo partidario de la unión con el Perú, Bolívar decreta, a la fuerza, la formal incorporación de Guayaquil a Colombia “para salvar al pueblo [...] de la espantosa anarquía en que se hallaba [...] sin que esta medida de protección coarte de ningún modo la absoluta libertad del pueblo para emitir franca y espontáneamente su voluntad...”

25 de julio. Por la noche, una multitud enfurecida rodea el Palacio y el Cabildo de Lima reclamando la caída del ministro Bernardo Monteagudo.

26 y 27 de julio. San Martín y Bolívar se entrevistan en el puerto de Guayaquil.

29 de julio. Olmedo escribe a Bolívar una carta denunciando el “abuso” cometido contra el pueblo de

Guayaquil y anunciando que se autoexiliaba porque “así lo exige mi honor”.

3 de agosto. Carta de Bolívar a Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de la Gran Colombia, desde Guayaquil: “Tenga Ud. presente que el corregimiento de Jaén lo han ocupado los del Perú; y que Maynas pertenece al Perú por una real orden muy moderna y que también está ocupada por fuerzas del Perú”.

7 de septiembre. Proclamación de la independencia del Brasil.

20 de septiembre. Apertura del primer Congreso peruano. San Martín renuncia al cargo de Protector, entrega el poder al Congreso y abandona el Perú al día siguiente.

12 de octubre. Proclamación de Pedro I como Emperador del Brasil.

21 de octubre. Firma en Santiago de un Convenio de Amistad, Liga y Confederación entre Chile y la Gran Colombia.

23 de diciembre. Firma entre el Perú y Chile de un Tratado de Liga, Alianza y Confederación.

## 1823

21 de enero. Derrota en Moquegua de la primera Expedición a Puertos Intermedios, ordenada por el Congreso peruano.

26 de febrero. Golpe de estado de Balconcillo y cese la Junta de Gobierno peruana. Los militares imponen al Congreso el nombramiento de José de la Riva-Agüero como primer presidente del Perú.

Principios de mayo. El general Antonio José de Sucre llega a Lima.

1 de junio. Carta de José de la Riva-Agüero a Georges Canning recordando sus servicios a Gran Bretaña en

España “cuando ambos países estaban en guerra”, e instando a su Gobierno a reconocer la Independencia del Perú, con la consecuente firma de un tratado de “comercio y amistad”.

18 de junio. Las fuerzas realistas del general Canterac ocupan Lima por un tiempo; diez mil personas huyen de la capital bajo el temor de represalias.

22 de junio. El Congreso depone a Riva-Agüero.

16 de julio. Las fuerzas realistas abandonan Lima.

17 de julio. El Congreso nombra al ciudadano José Bernardo de Tagle (marqués de Torre Tagle) como jefe del Ejecutivo. Riva-Agüero se mantiene en rebeldía.

7 de agosto. En el cuarto aniversario de la batalla de Boyacá, llamado de manera oficial por el Perú, Bolívar parte desde Guayaquil rumbo a Lima con la convicción de que su presencia allí era vital para la seguridad de Colombia.

27 de agosto. Batalla de Zepita, previa al desastre de la segunda *Expedición a Puertos Intermedios*, ordenada por Riva-Agüero.

1 de septiembre. Bolívar llega al Perú.

2 de septiembre. El Congreso peruano se reúne para pedir a Bolívar que termine la rebelión de Riva-Agüero quien permanecía rebelde en Trujillo.

4 de septiembre. Carta de Bolívar a Riva-Agüero instándolo a reconocer al Congreso peruano y deponer su rebeldía.

10 de septiembre. En tácita degradación de la autoridad de Tagle, quien queda reducido a la figura de un jefe del Ejecutivo formal, el Congreso peruano otorga a Bolívar el título de Director, con poder militar y político ordinario y extraordinario.

3 de octubre. Tratado de *Alianza y Confederación* entre México y Colombia.

Octubre. *Memorandum de Polignac*. Con el objeto de aparecer como favorecedor de la Independencia americana, Gran Bretaña persuade a Francia de renunciar a utilizar la fuerza contra las jóvenes naciones sudamericanas.

7 de noviembre. El líder liberal español Rafael del Riego es ejecutado en Madrid.

11 de noviembre. Se declaran incompatibles los títulos de Castilla con las instituciones republicanas.

25 de noviembre. Caída de Riva-Agüero en Trujillo, quien había estado en conversaciones con el virrey La Serna para establecer una monarquía peruana independiente, previa unión de las fuerzas peruanas y realistas con el objeto de expulsar a los colombianos del Perú. Es apresado y deportado por el jefe peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente, quien actúa bajo la influencia de Bolívar.

2 de diciembre. Enunciación de la *Doctrina Monroe* por el gobierno de los Estados Unidos, que expresaba el principio de no colonización contra las aspiraciones rusas a los territorios americanos Nor-occidentales, y que representó un advertencia a la Santa Alianza para que no interviniera en el Nuevo Mundo en tiempos en que la independencia de las naciones hispanoamericanas tomaba un rumbo definido.

18 de diciembre. Firma de un tratado de límites entre el Perú y la Gran Colombia, conocida como la Convención Galdeano-Mosquera. El Perú acepta el principio del *Uti Possidetis* de 1809, pero no acepta que la ciudad de Tumbes quede fuera de su territorio.

Fines de año. Llegan noticias al Perú sobre el fin del régimen liberal en España y la restauración de Fernando VII en su trono absolutista.

## 1824

1 de enero. Bolívar llega enfermo de gravedad a Pativilca, presa de un ataque de tuberculosis.

5-7 de febrero. Fuerzas del Río de la Plata se amotinan en el Callao bajo el mando del sargento Dámaso Moyano. Los castillos de ese puerto caen en poder del coronel realista José Casariego, que había estado preso allí.

10 de febrero. El Congreso nombra a Bolívar Dictador del Perú.

11 de febrero. En sintonía con los sucesos políticos de la Península, Pedro Antonio de Olañeta entra en Chuquisaca (Alto Perú) y proclama la monarquía absoluta en rebelión contra el virrey La Serna.

29 de febrero. Los realistas ocupan Lima al mando del general Juan Antonio Monet. Pocos días después, Torre Tagle, el vicepresidente Diego de Aliaga, numerosos funcionarios y más de doscientos oficiales del ejército se pasan al bando realista.

6 de marzo. *Manifiesto* público de Torre Tagle: “De la unión sincera y franca de peruanos y españoles, todo bien debe esperarse; de Bolívar, la desolación y la muerte”.

9 de marzo. En el Alto Perú, el general español Gerónimo Valdés y Olañeta firman un acuerdo por medio del cual el último reconocía la autoridad de La Serna. Este tratado será después desconocido.

11 de abril. Bolívar ordena la confiscación temporal de toda la propiedad privada de cualquiera que viviese en el territorio controlado por los realistas.

Junio. El grueso del ejército de Bolívar sube a la Sierra por diferentes puntos e inicia la ofensiva contra las fuerzas realistas.

23 de junio. El Congreso de la Gran Colombia promulga una ley de demarcación territorial. Sin disponerse de los títulos jurídicos ni de la posesión efectiva, el ámbito

selvático peruano de Maynas es incluido en el Departamento de Azuay.

19 de julio. De un documento suscrito en Lima por Thomas Rowcroft, Cónsul General de Su Majestad Británica en el Perú: “The distress of this city begins to be great. Beef, bread, etc., are all becoming scarce by means of the mountain of soldiers which surround it. Everything is in requisition, horses, mules, carts, labourers and artisans” (“La angustia de esta ciudad empieza a ser grande. La carne, el pan, etc., se están volviendo escasos debido a la cantidad de soldados que la rodean. Todo es requisado: caballos, mulas, carretas, labradores y artesanos”).

6 de agosto. Victoria de la caballería patriota en Junín, en el Perú Central.

15 de agosto. De la nota de Bolívar, suscrita en Huancayo, tomando nota del nombramiento de Thomas Rowcroft como Cónsul General de Su Majestad Británica en el Perú y del *Memorándum de Polignac*: “...con un amigo tan poderoso como Gran Bretaña [los estados nacientes de este Hemisferio] estarán en posición de desafiar la ira de los tiranos de Europa”.

7 de diciembre. De vuelta en Lima, Bolívar invita a los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala al Congreso de Panamá. Después, invita al Imperio del Brasil.

9 de diciembre. Batalla de Ayacucho. Concluye la era virreinal en el Perú.

21 de diciembre. Bolívar convoca a una nueva instalación del Congreso peruano.

Fines de año. El gobierno británico decide hacer público el reconocimiento de las Provincias Unidas (acordado a mediados de año), así como de Colombia y de México.

## 1825

7 de febrero. Luego de cruzar el Desaguadero, el ejército de Antonio José de Sucre ingresa en La Paz.

10 de febrero. Un sumiso Congreso peruano renueva la dictadura a Bolívar.

9 de febrero. Sucre emite un decreto convocando a una asamblea para determinar la suerte posterior de las provincias altoperuanas, que es cuestionado por Bolívar.

1 de abril. Olañeta es asesinado en el tumulto de Tumusla. Concluye la resistencia española absolutista en el Alto Perú.

10 de abril. Bolívar parte desde Lima hacia el interior del Perú, rumbo al Alto Perú.

16 de mayo. Desde Arequipa, Bolívar da marcha atrás y termina aceptando el sentido del decreto de Sucre para convocar una asamblea que decidiera el destino del Alto Perú, aunque reservándose para sí la última decisión sobre la materia.

10 de julio. Instalación de la Asamblea de Chuquisaca.

6 de agosto. La asamblea de Chuquisaca declara la independencia del Alto Perú y da a la nueva república el nombre de “República de Bolívar”, en homenaje al Libertador.

18 de agosto–29 de diciembre. Bolívar gobierna Bolivia.

30 de noviembre. El Emperador del Brasil acepta la invitación para participar en el Congreso de Panamá, “pero con tantas reservas y condiciones que equivalían a una negativa” (Mariano Felipe Paz Soldán).

## 1826

23 de enero. El brigadier José Ramón Rodil capitula en el Callao, último bastión realista en el Perú.

27 de enero. Carta de Sucre a Bolívar, desde Chuquisaca: “Sería bien que usted mostrase algo al

Congreso peruano de la pretensión de esta república (Bolivia) para que se le ceda Arica”.

7 febrero. Bolívar se establece en el pueblo de La Magdalena, cerca de Lima.

10 de febrero. Apoteosis del régimen bolivariano en el Perú: entrada triunfal de Bolívar en Lima.

19 de marzo. Instalación del Congreso peruano.

15 de abril. Fusilamiento de Juan de Berindoaga.

1 de mayo. Cese de funciones del Congreso peruano.

12 de mayo. Carta de Bolívar al general Antonio Gutiérrez de la Fuente, explicando su idea de la Federación de los Andes, con la división del Perú en dos estados: “Unido el Alto y Bajo Perú, Arequipa será la capital de uno de los tres grandes Departamentos que se formen a manera de los tres de Colombia”.

25 de mayo. Una Asamblea Constituyente de Bolivia nombra a Sucre como presidente del país.

22 de junio. Inauguración del Congreso de Panamá.

4 de julio. Luna Pizarro es exiliado a Chile por orden de Bolívar.

15 de julio. Conclusión de las sesiones del Congreso de Panamá.

6 de julio. Dos escuadrones del regimiento peruano Húsares de Junín se rebelan en Huancayo contra el régimen bolivariano.

27 de julio. Represión en Lima contra el sector opuesto a la Constitución Vitalicia. Por la noche, piquetes de tropas recorren las calles y entran en las casas para prender a los complicados y sospechosos.

7 de agosto. Ejecución del patriota peruano teniente Manuel Aristizábal en la Plaza de Armas de Lima. Antes de morir, declara haber querido librar a su patria del “yugo extranjero”, en alusión a Bolívar y las tropas colombianas.

3 de septiembre. Bolívar abandona el Perú, dejando a Andrés de Santa Cruz como presidente del Consejo de Gobierno y comandante en jefe de las fuerzas armadas.

15 de noviembre. El representante del Perú en Bolivia, Ignacio Ortiz de Zevallos, concluye con el gobierno de ese país un tratado de Federación y otro de Límites, el último de los cuales acordaba la cesión peruana de Tacna, Arica y Tarapacá a Bolivia a cambio de la provincia de Apolobamba o Caupolicán y el pueblo de Copacabana.

30 de noviembre. El Consejo de Gobierno peruano declara a la Constitución Vitalicia como Ley Fundamental del Perú.

18 de diciembre. El Consejo de Gobierno peruano decide no ratificar los tratados con Bolivia.

## 1827

26 de enero. Estalla un motín en la tercera división del ejército colombiano en Lima.

28 de enero. Abolición de la Constitución Vitalicia en el Perú.

8 de marzo. La división colombiana abandona el Perú.

4 de junio. Instalación del Segundo Congreso Constituyente.

9 de junio. José de La Mar es elegido por el Congreso Constituyente, dominado por una mayoría liberal enemiga de Bolívar, como nuevo presidente del Perú.

26 de junio. Expulsión del representante colombiano Cristóbal Armero del Perú.

29 de septiembre. Desde Bruselas, José de San Martín saluda al presidente La Mar y ofrece sus servicios al Perú en caso de existir alguna amenaza a su independencia.

12 de noviembre. Desde Chuquisaca, Sucre, presidente de Bolivia, escribe a Bolívar alentando una federación entre Argentina, Chile y Bolivia para contrarrestar lo

que percibía como una amenaza peruana contra este último.

## 1828

18 de abril. Motín en Chuquisaca; Sucre es herido.

1 de mayo. El ejército peruano interviene en Bolivia.

3 de julio. Proclama de Bolívar: “¡Colombianos del Sur! Ármense y avancen hacia las fronteras del Perú, y aguarden allí para la hora de la venganza. Mi presencia entre ustedes será la señal del combate”.

6 de julio. Tratado de Piquiza: se abroga la constitución boliviana y se establece la partida de Sucre y de las tropas colombianas de Bolivia. Después, las tropas peruanas abandonan también el territorio boliviano.

Fines de año. Primeras acciones militares de la guerra entre el Perú y la Gran Colombia. Avance de las fuerzas del presidente La Mar.

## 1829

19 de enero. Luego de una exitosa operación naval, las fuerzas peruanas ocupan Guayaquil.

27 de febrero. Derrota de las fuerzas peruanas de José de La Mar en la batalla del Portete de Tarqui: Sucre detiene el avance del ejército peruano, aunque no consigue destruirlo. Se firma al día siguiente el Convenio de Girón.

7 de junio. Agustín Gamarra traiciona y depone a José de La Mar.

22 de septiembre. Tratado de Guayaquil (Larrea-Gual) que establece como base para el establecimiento de los límites entre el Perú y la Gran Colombia “los mismos que tenían antes de su independencia los antiguos virreinos de Nueva Granada y el Perú”.

26 de octubre. De una carta del plenipotenciario colombiano en el Perú Tomás Cipriano Mosquera a

Bolívar, desde Guayaquil: “En los documentos que me entregó el general Espinar para la Legación de que he sido encargado, hay una copia de la Real Cédula española que mandó agregar en 1802 la provincia de Maynas al Perú [...] en caso [los peruanos] me presenten documentos fehacientes, desearía tener instrucciones sobre el particular, pues como el artículo quinto del Tratado (de Guayaquil) sienta por bases el *Uti Possidetis* de 1809 podrían con justicia reclamar la ribera izquierda del Marañón”.

### 1830

13 de enero. Venezuela, con José Antonio Páez, se proclama independiente.

20 de agosto. El presidente peruano Gamarra dispone la conclusión de la misión diplomática de Mariano Alejo Álvarez en Bolivia.

13-15 de diciembre. *Conferencias del Desaguadero* entre el presidente boliviano Andrés de Santa Cruz y el peruano Agustín Gamarra. La delegación boliviana insiste en que cualquier alianza entre esos países debía comprender a la Gran Colombia y que todo tratado de límites debía incluir la cesión del puerto de Arica a Bolivia.



GOBIERNO DE EXTREMADURA

